



JUAN PALAZZO

LA CASA POR DENTRO

Indice

Mi patio
Miseria
Un visitante nocturno
Redención
El vecchio
La noticia
El castigo
Bohemia triste
La separación
Me voy

MI PATIO

A Albino Chiariello, intenso, individual y estremecedor paisajista de extramuros.

Yo también tengo mi patio, un patio pintoresco y humilde, alegre y sombrío; un patio que en las tardes invernales se sume en penumbra y durante la primavera resplandece de luz.

Yo siento por mi patio un apego orgánico, que aumenta con los años. Es una

especie de íntimo cariño, como el que sentimos por un rostro familiar, por un objeto querido, por el retrato de un ausente, por la voz templada y afectiva que oímos de la madre al regresar de un largo viaje...

Lo quiero, porque en él aprendí a caminar, porque ha sido el sitio de mis primeros juegos y el mudo testigo de las nacientes ilusiones. Lo considero mío, porque allí pasé horas gratas y feas, felices y trágicas. No en balde transcurrieron veinte años, la mitad de una existencia. En cuatro lustros ocurren grandes acontecimientos y se ven muchas cosas; una vida santa, que cierra los ojos con la resignación del cristiano; otra vida pura, que agoniza poco a poco en el cuarto silencioso; otra más, tenaz y fuerte, que se quiebra a pesar de todo. ¿Hay algo de mayor intensidad que esto? Luego, el mundo de sensaciones cotidianas, simpáticas y siempre nuevas. Oír, al levantarse, pasos que se alejan, murmullos de voces, correrías de niños. Contemplar la casa a distinta hora y en diversa estación. Sentir el placer de estar solo y en compañía. Pasar, en fin, por una escala de matices sensoriales, que en conjunto constituye la vida.

Por lo tanto, emotivamente, para mí vale más que una mansión señorial. Esta noche el patio aparece blanco. Mientras los demás duermen, yo lo miro extasiado. La luna derrama una transparente claridad, que es gris de escarcha en la ropa tendida; capullo de seda en los intersticios de las hojas; nieve, nieve pura, pero cálida, en los cuadrados que tapiza el suelo. Por los rincones vagan las sombras. Algunas se alargan, finas, traslúcidas; otras cortadas; otras curvas; otras densas, voluminosas. La magnolia que sirve de centro y en cuya copa anidan gorriones, surge gigante, extraña, esquelética, reflejando en el paredón el zigzag de su ramaje. Las plantas, húmedas de rocío, se abisman en la sombra y parpadean en la láctea lunar. Las puertas cerradas, se dirían de ermitas o celdas conventuales. En sus vidrios blanquea la cortina de la gente pobre. Los postigos, sin embargo, atajan el claror nocturno. Pero en mi pieza penetra, porque la he abierto de par en par, ansioso de verla siquiera un instante envuelta en rica magnificencia.

Es la hora del conticinio, la hora del general silencio. Nadie lo turba, nadie anda. Todos yacen en la cama, entregados al descanso, que es el egoísmo del único bienestar que gozan. Sólo a intervalos interrumpe el silencio las armónicas campanadas de un gran reloj cercano, cuyos golpes suenan en el fondo acompasados y lentos: pam, pam, pam. Luego, otra vez la calma, el misterio, la idealidad.

Esta noche mi patio es la poesía misma. Nunca termino de acariciar con los ojos su aspecto subjetivo. Principalmente el octogonal aljibe y esas sábanas que caen de las cuerdas, serenas, amplias como velas desplegadas. ¡Qué fresca sensación producen las ropas tendidas! ¡Cuánta pureza y blancura! ¡Cómo atraen en la honda quietud de la alta noche y en un patio original como el mío!

Yo estoy solo, y lo mismo que el inmortal poeta de las Noches ,

Plego mi boca y callo
para escuchar en silencio,
mi corazón hablar bajo.

Yo estoy solo, y siempre quisiera que mi soledad fuera así, mezcla de

esperanza, de afirmación y ensanchamiento emocional. Yo estoy solo, y velo por lo otros, tristes seres de caras afligentes y miradas pálidas, que viven en la penuria. Mi aliento es para ellos, mi espíritu los acompaña, porque son parte de mi existencia. En cada corazón anhelaría depositar una luz que los guíe eternamente. En cada cueva desearía que entrara una nubecilla de luna. Mas, ved; los postigos permanecen herméticos y todos duermen ajenos a mi lirismo. No quieren saber nada de estas cosas. Pero yo respeto esa indiferencia. Que duerman dichosos...

La noche avanza, el alba se aproxima. Mientras el día viene, de súbito, bruscamente, oigo que un hombre tose, tose fuerte, bramando, con sacudidas espasmódicas capaces de romper las entrañas. Sus arranques me ataladran los oídos. Y me pongo a pensar. He ahí otro árbol que cae y ya no sirve para nada; otra vida inútil que aguarda a la Ingrata.

Mi patio es así, pintoresco y terrible, luminoso y sombrío, alegre y trágico. De día lo anima el ir y venir de vecinos. De noche se recoge. En verano es algo que causa solaz y en invierno nubla los ojos, atrista el alma y hasta provoca la tos. A veces me parece el paraíso y otras el luctuoso patio de un hospital.

Por todo esto yo lo amo.

MISERIA

El sol irradiaba a lo largo de la vereda, dorando puertas y fachadas de edificios, calcinando los toldos abiertos, formando fuertes sombras bajo los balcones y en los zaguanes.

La calle ardía en movimiento. Pasaban tranvías, carruajes, automóviles, en rápida sucesión. Ruidos de cornetas, de campanillas; fragores de ruedas sobre el adoquinado; voces múltiples de vendedores que aturdían los tímpanos. Y luego un ir y venir de gente; aquí, ante la puerta de la carnicería, el corro infaltable de mujeres que picotean a media voz, codeándose y tirándose de la manga en señal de inteligencia; allá, en la bodega, algunos pegajosos parroquianos, con los ojos entornados y lamiendo sus labios sedientos de alcohol; más allá, una mujer lozana y rubia que mete su cabeza en el interior de un carrito de verdulero, mientras coge unas frutas.

Era mediodía. Aprovechando el segundo en que la calle quedaba libre, Inocencio Peñalva, su hijo Virgilio y el mozo de cuerda, cruzaban la calzada, llevando a cuevas los muebles y trebejos del primero a la nueva morada.

Doña Concepción les alcanzaba los objetos. Ellos cargaban, doblaban por los tres corredores, bajaban una escalera, atravesando en seguida la calle para penetrar en el caserón de enfrente. Llegados a éste, trasponían dos grandes patios, haciendo alto en la pieza vacía. Pero casi al final de la mudanza, doña Concepción tropezó con un lío de ropas. Le clavó fijamente la mirada; después lo tomó con ambas manos y lo puso sobre su pecho, apretando fuerte, muy fuerte. Eran los trapos del nene, del primogénito que una semana atrás cerrara los ojos para siempre.

-¡Qué pena!- exclamó. Y comenzó a llorar en silencio, para ella sola, con

el dolor de una dicha que queda trunca.

Inocencio bajó los ojos turbios, como sintiéndose en parte culpable.

Había conocido a Concepción en los bailes de matinées, que frecuentaba a escondidas de la madre. Allí trabaron relaciones, se hicieron íntimos. Por ese entonces, Inocencio era un muchacho alegre, bromista y tomador.

Concurría a casi todas las fiestas de las sociedades recreativas, y él mismo presidía una que se llamó "Los esponjas", fundada con el fin exclusivo de abaratar el alcohol que consumían los contados socios. Ella, locuela y contestadora, iba de taller a taller, como costurera. Los domingos y días feriados, hacía las escapatorias a los bailes, burlando a la vieja que tomaba en serio las patrañas de la señorita. Con el tiempo consiguió salir de noche, y en ocasiones sin avisarle nada. La ingenua mujer aguardaba su llegada. El reloj marcaba la una, las dos de la mañana; y la joven no aparecía. Mas de improviso, tropezando de cien maneras, caía cerca de la madre lo mismo que un rayo.

-¿De dónde vienes?- era su eterna pregunta.

-De un baile en casa de una amiga.

Pero eso de la amiga ya no conseguía éxito. Comprendiendo que mentía, comenzaba a sermonearla, demostrándole el peligro que corría yendo a los salones. Era una reprensión tan tímida como razonable. Concepción, si venía fresca, fruncía el ceño y callaba, mas cuando los vapores de un licor le subían a la cabeza, sin mucha ceremonia mandaba a la madre a freir papas.

El continuo roce de los cuerpos había acelerado la posesión. Ese acontecimiento, en lugar de atemorizarla, estimuló sus instintos y veleidades de mujer. A las obligaciones y deberes, oponía cuatro frases rotundas y descaradas; a los pruritos del qué dirán, se encogía de hombros, exclamando: -¡Qué me importa!-; a las lágrimas de la buena madre, objetaba que ella en su juventud había hecho igual o peor.

Su pensamiento era de que no había gente honesta, virtuosa, en que no asomara sobre los pliegues de sus faldas los borrones de una mancha.

Con este cómodo criterio procedía en todo; y nadie, por lo tanto, regía en su persona. Así, cuando vio que de un momento a otro sería madre, mientras los vecinos del barrio hilaban tremendas hipótesis y demenzaban mordaces disquisiciones alrededor de su porvenir, ella, con una parsimonia llena de altivez y desprecio, legalizó ocultamente la unión, prescindiendo de la intervención materna.

Más tarde tuvo el hijo, a quien prodigaba renovadas caricias. Lo quería entrañablemente, con pasión. Por él velaba noche a noche sin que esto la malhumorara en lo más mínimo.

El siguiente año nació el segundo, Virgilio, de piel oscura semejante al padre.

A medida que transcurría el tiempo, el primogénito exigía grandes cuidados, pues era enclenque de constitución. Por otra parte, contaba ya tres años y todavía no articulaba sonidos. Se le oían frases sueltas, pocas. como mamá , papá , y eso de raro en raro, tras un esfuerzo penoso que agotaba la voluntad de los padres. En la mesa, veinte veces decían sopa , vino , y alguna otra expresión de uso cotidiano para que el chico la repitiera; pero nada, imposible. Quedaba en silencio o hacía esfuerzos por decir algo, y entonces se le trababa la lengua y parecía que iba a

ahogarse. Un día, sin embargo, impelido por una fuerza extraña que asombró a los padres, pronunció: opa . La alegría fue intensa. Doña Concepción lo besó hasta cansarse, y él, loco de contento, le metió la cuchara a la boca, muy adentro, inundándola de caldo, que al desbordarse le bajó por el mentón y cruzó la desnuda garganta.

Con la llegada del invierno, el niño enfermó de nuevo. Y fue para no sanar más, porque murió.

En seguida resolvieron cambiar de pieza para olvidar los tristes recuerdos, para eludir las horas opresoras, que siempre amilanan y resquebrajan en los primeros golpes. Continuando allí, renovarían a cada rato el dolor, pues, según ella, el espíritu del nene vagaba por la superficie blanca del cielo-raso.

Todavía sus manos aprisionaban los trapos. Inocencio, ahora cruzado de brazos, proseguía mirando con resignación al suelo. De pronto, cesando el lloro, supersticiosa y remordida, interrogó ella:

-¿Te acuerdas que decía mamá que Dios nos castigaría?

-Bueno, vámonos.

Cogió ella la lámpara, él varias colchas, y después de echar una última mirada a la pieza, mirada profunda, mirada de amor, de pena, de despedida, escepticismo y desengaño, cerraron la puerta, colgaron la llave en un clavo, y franquearon los corredores, bajando pesadamente la escalera que parecía hundirse a sus pies.

En el turbulento caserón vivían familias de diversas naciones; grupo cosmopolita que reunía en un solo cuadro la mitad de Europa.

De izquierda y a la entrada, la casera. En la habitación siguiente moraba un matrimonio; él era alemán, rosado de cara; ella era suiza, alta, enjuta, ágil. Sustancialmente romántica se alimentaba de recuerdos, evocando con los ojos húmedos las montañas y lagos azules de su pueblo natal. Luego seguían en orden una familia italiana y otra española. Las tres piezas que daban a la derecha, eran alquiladas por turcos y beduínos; hombres rudos y primitivos estos últimos, que adoraban desde lejos la singular figura de Mahoma.

Pasando un portón, coronado por cuatro estatuas decorativas y plebeyas, estaba la cueva de Inocencio. En la contigua vivía la rubia Mercedes, mujer de nobles facciones, que a pesar de ser esposa y madre, soñaba con volver algún día a las tablas en calidad de tonadillera. Venía en seguida el matrimonio más serio, más modesto y ejemplar del caserón. Madama Margot y Mons. Laurí. El lucía, como precioso tesoro, una enorme barriga globular y flotante, que meneaba de izquierda a derecha. Madama Margot, la pobre, no sobresalía en nada. Era seca, rugosa, bajita, insignificante. Fregaba siempre los platos y pocas veces hablaba mal de uno. Ambos llevaban una existencia apacible, ordenada: comer bien, beber bien, dormir bien. La vida para ellos era una eterna asimilación de grasa, de vino, de sueño; tres principios capitales que se completaban forzosamente, pues todo empacho y toda borrachera termina en la cama.

Cerraba el fondo el curioso taller de un muchacho, de un artista tan pintor como revolucionario. Por último, frente a la cueva de doña Concepción, se alojaba una pareja catalana.

La vista de aquel grupo heterogéneo fue una especie de hallazgo para ella.

La distraía sobremanera, como que residía en su medio. En las horas de la tarde, especialmente, cuando disponía de más tiempo, mientras Virgilio seesteaba, ella, sentada cerca de su puerta, recorría con la vista los rincones de las cocinas, escudriñando uno por uno los gestos y ademanes de la gente que había en el patio. Lo que verdaderamente absorbía su insaciable curiosidad eran esos beduinos de complexión robusta y cara cetrina, que entraban y salían sin saludar ni mirar a nadie, discutiendo entre sí y lanzando al aire tremendos alaridos como anatemas.

A menudo formaban rueda. Ella los veía, asomándose por entre la enredadera que cubría las rejas del portón. A un paso suyo, había uno, displicente, fantástico, que de hora en hora fumaba narguile, haciendo canturrear al agua del botellón su eterno glá-glá, semejante a las gárgaras. Y un poco más allá, otro, Said, espíritu trashumante y furibundo fanático, que vendía artículos de tienda a las mujeres recusadas. ¡Cómo se henchía de humor, oyéndole tocar en una lata de dos cuerdas los aires tristes de su país, al son de un canto más triste y más incomprensible aún! El pobre beduino desahogaba en esa forma las nostalgias de su corazón.

De visita, y a cada rato, aparecía un turco, corpulento, ridículamente amable, por demás compuesto en el vestir. Decía llamarse Emilio Amado. Alardeaba elegancia, soltura y retorciase siempre los bigotes. Ninguno en la casa le conocía medios de vida. A éste, doña Concepción le puso por mote "el tilingo", aunque en el fondo le fuera muy simpático.

Cuando largo y vibrante el pito del puerto señalaba las cinco, servíale la leche a Virgilio, y a seguida, con la botella en brazo, cruzaba a la vinería de enfrente. Después hacía cualquier cocido. Inocencio llegaba, decía dos o tres palabras, las necesarias, tomando asiento junto a la mesa. Durante la cena, reinaba un glacial mutismo. Inocencio venía rendido, sintiendo aún el ruido entorpecedor de la minerva, y chamuscado por las copas que se empinaba en el camino. Ella, por costumbre, rehuía conversar con el marido.

-Virgilio, quedate quieto; Virgilio, comé; Virgilio, no grités.

El:

-Servite vino; servime a mí.

Y basta. ¿Qué cosa podían contarse, que no se hubieran ya comunicado? ¿Para qué repetir la cantinela cotidiana? En el gesto y en el movimiento se adivinaban; más todavía: solían obrar por señas. Eran como esos seres demasiado simples que se agotan en la primera plática, en el primer esfuerzo, en el primer goce, incapaces por naturaleza de renovar y diferenciar las mismas sensaciones. Invariablemente, apenas concluían de engullir, solo o bien con Virgilio, Inocencio iba a la vinería, su mejor paseo. Allí era expansivo. Las nubes del aburrimiento que envolvían su espíritu, se dispersaban, y en tanto que entusiasmado jugaba al truco, afluían de sus labios frases intempestivas de elocuente originalidad.

Aquel hombrecuelo, de piel mulata, vientre abultado, cara inexpresiva y de dormilón, que era un viejo a los treinta años, contaba con el numeroso auditorio de la bodega, a quien entretenía espléndidamente.

Igual le ocurría a ella. En presencia del esposo era tarda en el decir, pero a espalda suya picoteaba en todas partes. Valida de cualquier excusa, se metía en la pieza de los catalanes; paraba a la rubia; avanzaba hacia la pileta para cuchichear con Madama Margot; y sin mucho violentarse, como

llevada por la sorpresa, se escurría en la habitación-ropería de Said, inventariando, sarcástica, la excesiva cantidad de trajes y sombreros que cubrían totalmente las cuatro paredes.

Para aquella gente sabía ser amena, chispeante. Relataba sabrosas historietas; remedaba las frases y maneras jeroglíficas de los beduinos. Por ella, los ánimos comenzaron a levantarse y la casa se inundó de alegría. Con frecuencia celebraban tremendos aquelarres en el cuarto de la rubia. Madama Margot servía de blanco. Vieja y horrible como era, la convencían de que aún conservaba rasgos vivaces de su ya lejana juventud; que su vestido no podía quedarle mejor; que sus botines valían por la durabilidad. A todo esto Madama Margot asentía con un entusiasta movimiento de cabeza, repitiendo, no obstante, letánica:

-¡Oh, sí, ya lo creo que sí! ¡Oh, sí, ya lo creo que sí!

Este hermoso sí producía un cosquilleo, que contagiándose y aumentando rápidamente, concluían las otras mujeres por agarrarse a la barriga para estallar en descomunal risotada.

Otras veces era con la casera, señora de sesenta años. Cuando se dirigía al fondo, doña Concepción la chistaba:

-Isabel... Isabel; oiga.

Y ante el gesto malhumorado de la encargada, por esas maneras impropias, el grupo solidario sonreía maliciosamente.

Así pasaban la vida. Pero entre otras, había una cosa que a ella le preocupaba en serio. Era el turco Emilio, cuyo golpe de vista fascinador turbaba su parsimonia característica.

El tilingo la tenía loca. Este, sin embargo, permanecía impasible, retorciéndose los bigotes. Doña Concepción asediaba su llegada, interceptándole el camino. Esquivando su encuentro, el turco saludaba solemne, siguiendo adelante.

Fracasadas esas tentativas, recurrió a la insinuación. Cuando lavaba, inclinando su voluminoso torso sobre la silla que sostenía el tacho, dejaba ver las piernas a la altura de la fosa poplítea. Era un arranque acelerado, furioso, carnal. La ancha pollera se abría y cerraba. Las dos porciones del glúteo se estremecían palpitantes. Y nunca concluía de frotar las ropas; nunca cesaba de darse vuelta, respirando sofocada y oprimiendo los labios con dolorosa voluptuosidad. En vano. El otro miraba, sí, pero ni entusiasmado ni indiferente, acaso con cierto desencanto frente a un objeto que quisiera, mas no puede ser mejor; tal vez por puro cumplimiento; quizás para satisfacer su orgullo de hombre festejado. La verdad era que habían corrido tres meses de inútil espera. Ella sabía de sobra que las líneas de su cuerpo eran enormemente desiguales; que su cara, chica y punteada de manchitas, lo mismo que los brazos, repelían al mirador; que sus cabellos eran una mixtura de amarillo y castaño; que llevaba los senos caídos; que bebía indecorosamente; que era una mujer rara, infrahumana; que el marido era llevadero; que su pretensión estaba muy mal, muy mal. Mas, ¿cómo refrenarse? Sus antojos eran imperantes, y exigían rápida realización. Se le había metido en la mollera atraerse al turco, y atacaba impertérrita.

Al verlo llegar, le brindaba con cien sonrisas. Y nada. Volcánica, por último, usó el guiño manifiesto, decisivo e interrogante, como diciéndole: ¿vienes? Tampoco nada.

Cierta mañana, tras un breve cambio de palabras, le zumbó veloz, como en broma:

-Vea, por cinco pesos, a cualquiera le doy esto.

Y señaló su trasero.

Emilio, rojo de vergüenza, se marchó de allí.

Perdida la última esperanza, entregóse a la desesperación, a la rabia, a la envidia.

-¡Se ha fijado usted en ese tilingo!

En la mesa conversaba menos que nunca. Permanecía cabizbaja, masticando con lentitud. A ratos enhiestaba la cabeza, dibujándose en su rostro la expresión del pleno aburrimiento, los gestos mal disimulados de su desamor hacia el infeliz allí presente. Inocencio le preguntaba:

-¿Por qué ponés esa jeta?

-¡Qué sé yo!

Cogía la botella, y llenaba su vaso una, dos, tres veces. Se sorbía el líquido de un trago, golpeando ruidosamente con la copa sobre la mesa.

Ocurría que Inocencio, fuera de sí, comenzaba a dar patadas en el suelo.

Fingiendo ignorancia, ella interrogaba a su vez:

-¿Qué tenés?

-¡Esto sí que está lindo! Servime a mí como corresponde.

La botella se vaciaba, y allá iba por otro litro, que asimismo desaparecía.

A la tarde de nuevo cruzaba a comprar el agrio y turbio campeche. Virgilio seesteaba. Sentada junto a la mesa de aquel cuarto maloliente y desordenado, ajena al mundo, bebía y bebía atiborrándose por completo. Su cabeza era un caos y ardía en fiebre. Sus ojos relampagueantes, brillaban igual que cristal húmedo. En la región de su labio superior, bordeaba la señal violácea del vino. Deshecha, se balanceaba de uno a otro costado, estirándose de piernas, moviendo los brazos, replegándose luego. A sus contorsiones acompañaban muecas horribles. Después parecía serenarse. Entornaba los ojos, vencida por el amodorramiento. Después despertaba, reaccionaba y se prendía al vino.

Una tarde, completamente ebria, se retorció como un junco. Quiso continuar bebiendo, pero le faltaron las monedas necesarias. Sin reflexionarlo, agarró la botella junto con el vaso; salió del cuarto y bordejeando por el patio, llegó hasta donde vivía la encargada. En tono autoritario le pidió dinero, y ella se negó a dárselo. Furiosa, volvió a la cueva.

En ese instante el chico lanzaba ensordecedores ronquidos. Inundada de cólera, avanzó resuelta en dirección a la cama. Lo asió de la cintura, y en seguida, ciega, brutal, sus puños cayeron a martillazos sobre los omóplatos y los riñones.

-¡Chino! ¿Esas son formas de dormir? ¿Lo aprendiste de tu padre? ¿Eh? ¿sí?

Bueno, tomá, tomá -respondía con golpes a sus mismas preguntas.

Agotada, se echó en la silla. Virgilio, machucado, profería gritos que partían el alma. Los vecinos salieron al patio. Algunas mujeres, más olfativas que indignadas, dirigían la vista hacia el cuarto cerrado; otras protestaban a media voz; Said arrojaba incomprensibles anatemas, blandiendo los puños al aire. El paisano vecino, sin inmutarse, filosóficamente, transfundía su pacífica sensibilidad en el humo azul del narguile, que lanzaba a grandes bocanadas. Sólo Madama Margot fue a

reprenderla. Intentó abrir la puerta, pero en vano. Nadie respondía. Virgilio ya no gritaba, Madama Margot insistía, ahora amenazante. -Abra, le digo; abra, que si no será peor.

De pronto asomó en el marco del vidrio la minúscula cabeza de doña Concepción, y observando a la otra de hito en hito, la apostrofó despreciativa, escupiendo en el cristal:

-¡Andá al diablo, vieja franchuta!

Y se dejó caer otra vez en la silla. Ya estaba harta de su vida, de la gente, de todo. Muerto el primogénito, no deseaba saber nada de hijos ¿Para qué? Le nacían enfermos, raquíticos. Virgilio era un manojo de carne blanda. Tenía la sangre viciada igual que ellos, y en la mesa reclamaba siempre su parte de vino, de lo contrario lloraba. ¡Tener hijos! ¿Para qué?

Esta interrogación la inquietaba de veras. Pero Inocencio que, engolfado en un mundo de vagas sensaciones, apenas veía la realidad de las cosas, oponía razones morales, para ella de escasa solidez, como la sociedad, el deber, el instinto de la especie, la familia.

Habían pasado dos años. En la casa ya no predominaba su espíritu versátil y tramoyista. El cambio de varios vecinos, y el aislamiento que se le hizo a consecuencia de los inevitables chismes, fueron los móviles principales. Posteriormente a la cómica ruptura formal con el tilingo, se enemistó con Madama Margot y la pareja de catalanes. Todo esto la obligó a librar una formidable batalla con la rubia, enviando al marido de ésta un equívoco anónimo, en el que campeaba la más negra trapisonda. En ese papelucho, ausente de ortografía, llamaba a Mercedes "cochino", y al esposo "honrrado hombre que sudava la gota gorda, travajando, mientras la infame en brazos de otro le desteñía la sábana".

Malquista con todos, a la postre se encontró sola, condenada al silencio que, para doña Concepción, era uno de los mayores males.

Por ese tiempo la sorprendieron de consuno el nacimiento de un nuevo hijo y la enfermedad de Virgilio.

Próxima a parir, intentó convencer a Inocencio sobre el punto que éste no admitía, por considerarlo escabroso y despiadado. Ella forcejeaba, arreglándoselas para aparecer persuasiva, convincente. Con una perspicacia ya ejercitada, le tendía el señuelo de las caricias, de los lloriqueos, de sus sufrimientos. Ahondando siempre, lograba sumergirle en un mundo terriblemente dantesco, donde sus hijos danzaban sin tronco ni extremidades.

Fueron para ella días de rabietas, de violentas discusiones y amenazas horrendas. A la terquedad de Inocencio se unía algo más grave que la tenía fuera de quicio. Apenas traspasaba los umbrales de su cueva, la mirada de sus enemigas caían como flechas en el vientre fecundo. ¡Ah, cómo sonreían las muy puercas viéndola andar despatarrada y con pesadez! Con frecuencia las sorprendía cuchicheando en los rincones, contra las paredes, dentro de las piezas, detrás de las cocinas. Sólo llegaba a ella el runrún de las frases dichas a boca entrecerrada. Radiante de furor, solía acercarse de puntillas, aguzando el oído. El desbando era inmediato, pues quien más, quien menos, todas la temían. Pero con claridad entendía lo que murmuraban de ella. Seguramente la desmenuzaban por su crueldad con Virgilio, por sus

frecuentes borracheras, por su falta de puntualidad en el pago de los alquileres, porque sopló a Fulana su deseo de abortar, por el anónimo, porque nunca las dejaba tranquilas. -No importa- decía. -Ya me las pagarán.

Y se mordía los labios.

A pesar suyo, se abandonaba y cedía al impulso dominante de la naturaleza. Rencores, propósitos, ideas, se esfumaban poco a poco en el vacío. El egoísmo acabó por vencerla. Así nació el hijo. A los breves días enfermó Virgilio.

Virgilio jugaba y corría con los demás chicos, pero a lo mejor deteníase, fatigado, dolorido, poniendo una cara de prematura tristeza. Cuando esto sucedía, acurrucábase en un rincón cualquiera para descansar. Al cabo de un rato, volvía a sus diabluras de muchacho, corriendo, montado en una escoba, por el fondo del caserón.

Más tarde, le resultó doblemente penoso traquetear a su gusto. A la fatiga, se agregó un abatimiento físico casi continuo. No ya correr, hasta caminar le era imposible sin experimentar en los muslos y en las piernas una especie de entorpecimiento.

Con frecuencia se quejaba a la madre.

-No es nada- replicaba indiferente.

De noche, sin embargo, y en presencia de Inocencio, solía frotarle la espalda con una tintura. Virgilio, al levantarse, iba en busca de los otros. Transcurrida una hora, recomenzaban los dolores dilacerantes como en la jornada anterior; y entonces, caminando a gatas, se acercaba a la madre gimiendo, insistiendo, suplicando:

-Mamita, ¡me duele!

-No es nada.

-Mamita, mamita, ¡me duele mucho!

-Son mentiras.

En esa forma siguió dos meses jugando y sufriendo. Un día se le formaron supuraciones. Después, en la región lumbar, asomó una pequeña prominencia angulosa. Su estado les inspiró miedo, y recién resolvieron llevarlo a un hospital para que lo revisaran. Allí le dijeron que padecía el mal de Pott.

A indicación del médico, todos los mediodías le hacían recibir baños de sol en pleno patio. Era una escena extraña y afligente. Rodeado a cierta distancia de los otros pequeños, doblegaba la cabeza lo mismo que un perro vencido por el hambre. Los rayos benéficos caían oblicuos sobre la espalda amarilla y de omoplatos unidos, cuyas alas se teñían de un sudor violeta. Y vino el invierno, como decir la muerte. Debido a las paredes demasiado altas, el sol no llegaba al suelo, sumergiéndolo la casa en una enfermiza semioscuridad. En cambio de baños, intentaron darle aceite de Noruega. Desde el primer instante lo rechazó.

-Es feo- había dicho. -Me gusta más el vino.

Cosa que no le negaron. Mientras tanto amamantaba a Roberto, su tercera desgracia.

En esas mañanas de crudo frío, lo paseaba en brazos por el patio, yendo y viniendo, alzándolo al aire, moviéndolo de diestra a siniestra, besándole en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicaresca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza

de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidriales del taller bohemio, atisbando por las juntas; daba unas vueltas alrededor de la magnolia; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contonear la mole de su cuerpo en un travieso y diabólico vaivén o lanzar una ojeada de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvía monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arropado en sucios pañales, dejábalo en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constante. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella, no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada.

La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes; en el mantel de la mesa, en los guiñapos de los chicos, en el piso destartado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el pan que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

-¿Ves lo que son los hijos?- le decía a Inocencio.-¿Comprendes ahora?

Inocencio hundía la cabeza. Doña Concepción proseguía subiendo de tono, de tal modo, que Virgilio, atemorizado, se escurría de la pieza.

Estas escenas se repetían diariamente, en la mesa y en el lecho. El nunca replicaba, lanzando sólo, como al descuido, ciertos vocablos conciliadores y fatalistas: es la yetta, el destino, qué le vamos a hacer, sin saber que así la enfurecía más.

Pero quiera que no, al cabo tuvo que batirse. Y entonces empezaron a lanzarse insultos.

-Vos tenés la culpa- clamaba doña Concepción.

-Y también vos, ¡qué diablo! ¿Acaso no te revolcaste conmigo?

-Callate, perro.

-¡Vaca!

En cierta ocasión, mientras altercaban, ella con el dedo índice trazó en el aire un círculo demasiado gráfico, que Inocencio, comprendiéndolo al punto, la fulminó con esta magistral frase que rara vez salían de sus labios no estando borracho:

-Para eso nací antes que vos.

A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo giboso, la pena invadía su ser. Los domingos, especialmente, cuando lo llevaba consigo a la plaza San Martín para que el chico jugara en la arena, no podía contemplarlo fijamente cinco minutos sin que asomaran en sus ojos unas lágrimas. Pues el contraste era violento. Había allí una bandada de criaturas sanas, de mejillas sonrosadas, de labios purpúreos y eléctricos en los que chispeaba la fresca sonrisa de la infancia. El suyo permanecía tieso, grave,

aplanando arena para hacer una montaña que nunca subía lo suficiente. Montaña que, como él, caía al más leve soplo.

Si era en el taller, la imagen de Virgilio se le aparecía gráfica. Lo veía en la cueva, arrinconado, con la boca entreabierta; en la mesa, sin probar bocado y a la zaga del vino sobrante; en el patio, haciendo simulacros de soldadito que al andar doblega la columna vertebral. Lo veía más tarde en la escuela, desatento y siendo la mofa de sus condiscípulos. Lo veía ya joven, inútil y exhausto, acodado sobre el mostrador de los almacenes. Luego, sucesivamente, lo veía en el hospital, en el manicomio, en la cárcel con la nariz fuera de la reja... De lejos venían los acentos de reproches, las amargas recriminaciones. Por asociación llegaba a Roberto. ¿Sería también un perdido? ¿Un incompleto? ¿Andaría como el otro hociqueando el suelo, bajo el peso de una herencia de pesadumbres? Sí, no, quién sabe. De cualquier modo, él era un inconsciente, un atolondrado, un pobre de espíritu, que obraba según la presión de los vapores alcohólicos.

De mañana, y a su regreso del trabajo, movido por el desastroso arrepentimiento, colocaba en sus rodillas a Virgilio. Así quedaba minutos largos, aparentemente encantado. A ratos le sonreía, pero era una sonrisa agria, aniquiladora. Por momentos le estampaba un beso, pero era un beso rápido, maquinal. A petición del chico, le narraba un cuento, un cuento insulso que suspendía a la mitad.

Después de cenar, lo sentaba en el mármol de la puerta, y él, parado, miraba sin ver, la bóveda del cielo, el rodar de los carruajes y tranvías. Había jurado no pisar más la bodega, huir de ella, empleando el dinero en cosas útiles. Pero un nuevo plan de vida era tarea ardua. Una, dos noches se abstuvo de cruzar la calzada. Luego fue y pidió vino y hasta se bebió la porción que en vano rehusara probar. Más aún. Se trataba de medios litros, que los repetía a solas en varias sesiones. Volver borracho se convirtió una costumbre. Si en semejante estado antes le mordía cierto pudor por los vecinos, ahora como ex profeso buscaba la compañía de los mismos, sin medirse en las palabras, sin contener su aliento fétido.

Una noche salía de la bodega delirante, fantástico. Había bebido de manera tan escandalosa que el vino le chorreaba por la camisa. En su cerebro bullía una idea, una idea negra, macabra, que surgió al principio nebulosamente, y después precisa, clara, contorneada. Espantado, recurría al vino. Su espíritu se embotaba, pero la idea avasalladora le oprimía, acorralándolo, vencéndolo. El reloj, que él no percibía, marcó las doce, y luego la una. Su petrificamiento era absoluto. Cuando cerraron el negocio, vació todavía otra botella. Entonces abandonó el local, obligado, de lo contrario, hubiera permanecido así hasta despuntar el día.

Ya en la calle, cruzó la acera y se detuvo ante la puerta del caserón.

Desde luego entró, caminando a tientas, pues la noche era completamente oscura, y en la casa no se distinguían los objetos. Se palpó los bolsillos buscando fósforos. No llevaba. Anduvo algunos pasos y de nuevo se detuvo. En su volcánico cerebro bailaba la idea. Esa idea lo iluminó, haciéndole apresurar la marcha. Al penetrar en la cueva, la luz de la lámpara que encontró encendida, ardía tenuemente. Aquello se le figuró un antro del vicio, la representación de su vicio, de su ancestral vicio.

Todos roncaban. Balanceándose, pensaba, pensaba siempre en la misma idea.

Los oídos le aturdirían por la afluencia de la sangre. Los dientes le castañeteaban, la respiración le era dificultosa. Sentía en su cuerpo temblor y escalofrío.

Maquinalmente y tropezando, se dirigió a la cama. Agachándose todo lo que pudo hasta juntar sus labios a la cara de ella, le dijo bajito, dándole tirones:

-Concepción, escucha. Escúchame, Concepción. Despierta. ¡Ah!, oye. Se me ocurre una idea, una gran idea.

Sorprendida, se incorporó.

-¿Qué pasa?- inquirió con un ademán.

-No te asustes- prosiguió en un lenguaje cariñoso y cortado; -no te asustes. Tienes razón; nuestros hijos no valen nada; son como gallinas enfermas. Tienes razón; no valen nada, nada, nada, pero lo que se llama nada. Tienes razón. Es mejor matarlos.

-¿Qué dices?

Y mientras, atónita, lo contemplaba ella, Inocencio se llegó a la cuna de Roberto. Por la luz tenía el niño un tinte de cera pálida. Procurando no despertarlo, lo tomó en sus brazos, y luego, cuando le quitó los trapos de encima, cuando lo hubo amordazado con un pañuelo, estampó sus manos abiertas a cada lado de la cintura, y apretó, apretó, hundiendo las uñas en la carne blanda, sedosa, informe...

Como la otra vez Virgilio, Roberto libre de la mordaza, comenzó a gritar. En el silencio, los gritos sonaron desgarradores.

Doña Concepción, que preveía las consecuencias del drama, saltó súbita del lecho, le arrebató el niño, y corriendo, fue a golpear a la puerta de la encargada. Esta salió y ambas volvieron. Roberto que renacía, continuaba gritando. Doña Concepción, antes que todo, expresó que le había dado un ataque.

Entonces Inocencio se interpuso entre las dos, y en el mismo lenguaje cortado, lento, finalizó:

-Ella miente. Falta a la verdad. No es eso, ¿sabe? Es la miseria, la puerca miseria, esta vida de miseria...

Y sin poder tenerse en pie, se desplomó en la cama, boca abajo, estallando en ese convulsivo llanto de los borrachos.

1918

UN VISITANTE NOCTURNO

A José Revello Torre, amigo de corazón.

Llegaba invariablemente a la misma hora, con la bolsa montada en hombro y una mano puesta en el bolsillo.

Era la suya una figura que movía a compasión: todo flaco, giboso, pigmeo. Un amplio sombrero escondía su cara de perfil afilado. Su pecho formaba un pequeño saliente oval.

Yo lo miraba noche a noche, en el oscura zaguán de casa, cuando hundía la cabeza en los cajones repletos de basuras, mientras sus manos ágiles y grandotas iban a la zaga de los papeles. A veces interrumpía de súbito la

muy puerca rebusca, y apoyándose contra la puerta, comenzaba a toser, procurando, vanamente, contener los accesos bruscos. Era al principio una tos ronca, estallante; luego, entrecortada; después, débil, lenta, recóndita, muriente, cuyas variaciones al repercutir en el ámbito del corredor, parecían los bramidos lastimeros de un perro que llama en el reposo de la alta noche. De verdad, pobre hombre. ¡Cómo desesperaría al verse así, tan deforme, tan enfermo, tan poca cosa!

Más tarde supe su vida, vulgar como casi todas las vidas, pero plena la suya de sufrimientos. Era solo en el mundo, y nunca había conocido el calor de un corazón amigo, el afecto de la familia o el amor de una fulana que siempre encuentra cualquier hombre.

Vivía al margen, a la expectativa de las sobras que solían darle en los fondines. Aquí recibía un trozo de pan, allá una moneda o un cigarrillo. Durante el día ambulaba por los alrededores del puerto, en continuo codearse con borrados, con trajinados, con atorrantes, gentes que, como él, no representaban nada en la baraúnda del circo social. Tarde de la noche, se escurría por una angosta cortada, que en verano olía a género, a jabón exacerbante, a grasa, a cebolla frita, a tienda árabe. Allí tenía su rincón, en un ángulo de paredes que por lo menos le evitaba morir de frío. Así siguió varios años, chapoteando el lodo de su existencia miserable, sin caer más, porque ya había caído por completo.

Estaba seco y enfermo del pulmón. Cada semana enflaquecía tanto, que era una enormidad. Para atender a su salud quiso someterse a un trabajo. Vano intento. Le faltaba el tuétano poderoso: la energía. Sus manos, tan grandes, no resistían el menor peso. Además, era enano, fragmentario. Todo iba en desfavor suyo. Entonces imitó el ejemplo de otros. Empezó a pisotear calles, especialmente las céntricas, mirando a diestra y siniestra los umbrales y rincones. En donde encontraba desperdicios, deteníase. A veces sentía repugnancia, otras veces no. ¡Ah!, pero el mal olor, el olor pestífero se respiraba en todas partes, lo mismo en la urna plomiza de la casa rica como en el largo baúl de los conventillos.

Al amanecer giraba hacia el Paseo de Julio, ya rendido, somnoliento, con la boca amarga y los labios secos. Allí, un hombre grueso, sucio, revisaba desconfiado la papelería; la pesaba y entre refunfuños y maldiciones, arrojaba la bolsa al carro. Desde arriba, otro hombre, también grasiento y ventruado, vaciaba el lienzo y lo devolvía al papelerero junto con unas monedas.

Siempre como siempre se oían insultos, regateos, amenazas.

Un centenar de hombres, en su mayoría escuálidos y alcoholistas, llenaba la calle esperando turno. Permanecían inmóviles, algunos fumando; otros, estoicos, viendo fumar; otros con los ojos entornados; otros sentados en cuclillas; otros durmiendo; otros hablando con monosílabos; otros rascándose de abajo a arriba y viceversa; y cuando alguien prorrumpía en quejas contra el tirano, todos despertando de ese ancestral embrutecimiento, alzaban los puños, rugían, aullaban, blasfemaban con el odio, el desprecio y la rabia del menesteroso, del desesperado, del vencido, del que jamás tuvo nada.

En ocasiones contendían entre ellos. Al menor descuido, desaparecía una bolsa. El ladrón andaba por ahí, escondiéndose, alejándose. El otro seguía sus pasos, le corría dando vueltas; se paraba, volvía a correr, hasta

atraparlo. A la disputa de derechos, sucedía la violencia, triunfando el más fuerte.

Luego se desparramaban en grupos, hacia el río, hacia las bodegas, hacia sus escondrijos. El, con los compañeros, subía la cortada, entrando en la piecita de un conventillo.

Sin embargo, el tardío cambio no le ofrecía ningún encanto, ninguna mejora. Vivía en un cuartucho húmedo, de techo bajo y atmósfera sofocante. La implacable tos convulsionaba su cuerpo, robándole el sueño, la calma. No podía dormir mucho. A la hora despertaba sobresaltado, sudoroso, presa de fiebre, el cerebro débil, mientras el corazón tocaba a rebato en la insonora campana de su pecho. Entonces, su conciencia le decía incesante, inexorablemente, que dentro de poco iba a morir, sin tener a nadie a su lado. Los amigos de pieza dormían siempre, como animales, ajenos a su dolor. Y luego, en una ambulancia, llevarían sus restos y lo arrojarían a cualquier parte, basura de su última basura. Y luego de él no quedaría nada, nada... En esos instantes, le ardía la garganta y redoblaba la tos. Las noches eran frías, terriblemente frías. El hombrecito venía con un pañolón al cuello, que le cubría mitad del rostro. Tiritando, se acercaba a los cajones. En seguida partía, desapareciendo ligero por la vereda desierta a esa hora.

-Usted está mal -le dije en una oportunidad.

-¡Cuándo me encontré bien! -exclamó con asombro y emoción.

Desde aquel momento, dejó de acudir noche a noche. A lo sumo aparecía cuatro o cinco veces por semana. Después menos. Después de cuando en cuando, como de escapada.

La última vez que lo vi, quiso conocer el fondo del caserón. Era una noche rumorosa, de luna, y los vecinos habían cerrado sus puertas. Adentro, miseria, afuera, la desnuda belleza del patio. A medida que avanzábamos, salían de su boca frases extrañas de júbilo pueril. La impresión exterior de las cosas le sugería ideas de bonanza, de estabilidad, de dulce contentamiento. Ante el parpadeo luminoso de las plantas y el hueco amplio del caserón, sus pupilas se dilataban, moviendo la cabeza con entusiasmo.

-Esto es un paraíso. ¡Qué lindo! ¡Qué bien se vive aquí! Si yo tuviera plata...

-No se crea- repuse. -Aquí la gente está casi casi en la misma situación que los presos en la cárcel. Allá, al menos no desesperan por la comida. Hay obligación de darla. Tienen pan, duro, pero lo tienen, ¡qué diablos! En cambio, si no se trabaja, se roba. Y éste es un arte difícil, que los vecinos ignoran.

Púsose triste y calló, algo avergonzado por el derrumbe de una falsa creencia muy arraigada en su espíritu.

Al irse, me estrechó con efusión la mano, y en seguida de echar una mirada larga, una de esas miradas tensas y trágicas que exteriorizan un gran dolor recóndito, prorrumpió a grito herido:

-¡En todos lados se sufre!

Terminaba el invierno. Como de costumbre, yo salía a la puerta. Mi espera, infundada, era el efecto del hábito.

Con el tiempo, a pesar mío, lo fui olvidando, lo eché a menos, hasta que finalmente sólo recordaba con precisión una tos seca y la sombra informe de su minúscula figura, agitándose en el oscuro zaguán de casa.

REDENCIÓN

Carola era la única hija del primer matrimonio; era el alborozo, la flor reidora, el pájaro cantor, la mariposa diurna que revolotea incesante; el ángel alado que anida en el paraíso terrenal. Carola jugaba, reía, cantaba; se la veía en todas partes y en todas partes llegaba como el anuncio de un mensaje glorioso. Carola tenía el alma en los labios, el corazón en las manos, alargadas en todos los momentos para acariciar al recién llegado. Carola era pura, tierna, sensitiva, primorosamente sensitiva.

Pero los tres hermanastros de Carola lloraban, gruñían, pateaban, rompiendo la suave calma solariega. Una diferencia sanguínea, anímica los desunía, hasta el extremo de que Carola iba por un lado y ellos por otro, seguramente pensando cada uno la mejor manera de hacerse trampa. Enjutos los tres, los tres huían de la primogénita para respirar a gusto en el regazo materno. Esta debía unirlos por la persuasión y la igualdad de simpatía; en vez no. Erguida en cólera, atrapaba del trasero a la señorita que muy oronda pretendía fugarse. ¿Conque sí, ya tan saltarina? ¡Ah!, ¿la pizpireta galopaba sin freno? ¿La mona mimada de la otra desoía sus llamados, por no convenirle, y estaba presente como las moscas cuando había queso y jalea? Rataplán, rataplán.

Y la madrastra a toda hora en venas de hablar, seguía la arenga abundante en improprios, salpicada de frases malignas, verdinegras, alusivas a la otra, la muerta, que la niña no acertaba a comprender, pero que presentía su contenido, por oirlas a menudo, en la mesa, ante el papá y los vecinos de visita. Era sólo el prólogo, pues al ensancharse la voz de la señora, parecía comunicar a todos sus miembros una energía impetuosa, incontenible, que fatal y bestialmente la descargaba sobre los hombros de la niña.

Al lloro, a los gritos, a las quejas sucedía rápido el contentamiento, la primaveral risa que por la edad no podía tenerla cautiva; y Carola, volandera, rumorosa, en los ires y venires lanzaba al aire los suspiros de su pecho:

Yo tenía un canario que era muy lindo
y una fría mañana lo hallé muerto.
Yo tenía un canario que era muy lindo,
pero el pobrecito no sabía hablar.
Por un descuido se le dejó afuera,
¡desde entonces nadie lo pudo

despertar!

Su gorjeo nítido y fresco hacía como un rezongo al repetir el estribillo:

Cuando pienso en él, me pongo a llorar,
¿por qué el pobrecito no sabía hablar?

Cierta mañana, Carola despertó con el cuerpo dolorido y los ojos febricantes. El día antes había altercado con el mayor de los chicos, quien adrede negábase a devolverle una naranja suya.

-Dámela, te digo.

-Nada.

Amenazante, reclamó otras tres veces.

-Dámela, te digo.

-Nada.

En seguida se oyó el crujir de una recia cachetada, y el golpe seco de un cuerpo que caía al suelo.

Vino la madre, y temblando de arriba abajo sometió a la chica a un castigo corporal de lo más inicuo. El sentimiento de hostilidad, la rabia concentrada minuto a minuto, día a día, la mezquina creencia de suponerla culpable del abotagamiento lechuzón de sus hijos, fiero aspecto que resaltaba sus menudas extremidades, hicieron que sus manazas cayeran tremantes, como si deseara asestar unos martillazos definitivos.

A la noche viudo y mujer andaban a los tirones en el cuarto, sin preocuparse del espectáculo que ofrecían a sus hijos.

En adelante las cosas tomaron otro rumbo. Convencida de la maldad de la niña, la fustigaba con el masculino Caín. El ladrón envidioso, según la leyenda, renacía en la chica que por una fruta sería capaz de enlutar el ya negro libro de la historia con otro homicidio semejante. La señora no sólo ignoraba el derecho a la apropiación, sino también de quién era la naranja.

La designación de Caín fue tomando cuerpo, amplitud, realidad, y lo que al principio era como un hierro para marcar a las bestias, por efecto de la costumbre se convirtió en algo mecánico, común.

Ella misma respondía únicamente al nombre de Caín.

-Caín, tomá. Caín, vení. Caín, movete.

Pero lo que era peor, mientras los demás abrían la boca, Caín tenía que ir al almacén; Caín debía barrer; Caín preparaba la mesa; Caín hacía la cama.

Su carácter había sufrido una transformación. Ya no cantaba, apenas reía. El temor, el cansancio, la incipiente noción de su aislamiento ponían un sello triste en sus finas mejillas.

Contaría diez años, y ya era una sierva laboriosa, diestra en los labores domésticos, con tendencia a una mayor sujeción. Como sucede en la mayoría de los hogares, donde siempre uno capitanea a los demás, ella cargó a costas el fardo de los otros. Atendía a sus menores, con cierto orgullo de madrecita. Ayudaba a la madrastra en los lavados de ropas, que ella misma los tendía en la azotea. Servía el café con leche, la sopa de caldo aguachirle, y con suma gracia, metía a sus hermanastros bajo el frío chorro de agua, mientras sus dedos espigaban las sucias orejas.

A medida que crecía aumentaban las obligaciones, en parte por la situación de la familia y asimismo por voluntad propia. Durante el día concurría a un taller de vestidos, y en las horas libres, que eran de noche, junto a la mesa y con las piernas cruzadas, hacía los remiendos de la vieja ropería.

La muerte del padre, ocurrida años más tarde, vino a perturbar el relativo orden de la casa. La madrastra tuvo que colocarse de sirvienta, la

muchacha cambió de oficio, yendo a una fábrica de licores, y los pequeños dejaron de ir a la escuela, tratando cada cual de ocuparse en algo útil. Hasta cierto punto esa desgracia la dirimió de las opresiones y azotes, de las burlas y malquerencias de su segunda mamá. Esta empezaba a sentir una piadosa simpatía, que exteriorizaba las veces que venía a su recuerdo el nombre querido del muerto. Era una mujer torpe, inconsciente, un tanto huraña y bastante subida de sangre para avalorar con serenidad los actos, las intenciones, las consecuencias. Había maltratado a la pequeña porque la creía mala, desamorada. Pero ahora que se veían solos; ahora que debían batallar para el sustento de todos; ahora que una nube negra y torva se cernía sobre sus cabezas, ahora comprendía la sinrazón de sus arranques, la doméstica tiranía, que era la peor esclavitud, en contra de una plena inocente.

La vida en la fábrica era triste. Allí asistían varias docenas de mujeres; algunas pálidas, huesosas, de pechos hundidos y ojos que nunca miran arriba; otras, llenas de carne, tenían un aspecto fuertemente sensual, un aire despreciativo y provocador al mismo tiempo; otras, las menos, eran graciosas, frescas, arrabaleras y gastaban zapatos finos, trajes de una elegancia humilde, que dejaban al descubierto las sugestivas medias caladas. Muchas cargaban en el seno botellas de licores, que luego vendían, y muchas también, llevadas por sus apetitos y el consuelo de una momentánea mejora hacían sus aprendizajes, al salir de la fábrica, costeano lentamente las calles céntricas.

Carola las contemplaba con asombro y disgusto. En su interior latía la llama de la inocencia, el pudor de virgen indomable, el recio orgullo de un corazón sentimental. Que era eso ignoraba, pero ella no sería de las tantas que envenenan sus cuerpos con el favor de los hombres y luego terminan pobres y tísicas, en un hospital. ¡Ah, no! Antes de marchitarse así, tan estúpidamente, prefería la disciplina de un trabajo duro e interminable, prefería los azotes del hambre, prefería el sacrificio de su misma vida.

-No lo hagas más; mira que es feo- solía decirle a una compañera.

-Vos que sabés, ¡doña Honesta!- exclamaba la otra, encogiéndose de hombros.

Vez hubo que la sujetaba del brazo en una esquina cualquiera, y trémula, cariñosa, tal si se tratara de una hermana, le suplicaba:

-Vuelve atrás; no vayas por esas calles desconocidas. ¿No ves que la gente es mala y se aprovecha y te engaña?

Pero nada. El eco de rumores lejanos, el centelleo de las luces que palpitaban a lo lejos, la arrastraban hacia allá, a confundirse en el remolino humano.

Y Carola regresaba sola, cabizbaja, dolida por las vueltas extrañas que daba su compañera.

Un día, era primavera, salió a su encuentro un pálido joven que con acento tembloroso desarrolló como una teoría del amor. Había en sus palabras, en sus ademanes, en su porte, majestuosidad, finura y pasión. A medida que ordenaba el discurso un tanto embrollado, ya en posesión de sí mismo, movía rítmicamente toda la testa, incluso el sombrero, como si saludara, y en las breves pausas, la mantenía erecta, inclinándola luego a un costado,

tal vez para percatarse si se le oía con interés, o de lo contrario, si causaba una impresión desagradable. Ni lo uno ni lo otro. El silencio de ella, su total silencio emocional y eximio, infundióle esperanza, sin embargo, respondiéndose a sí propio: sus ojos dicen que sí.

Atravesaron varias calles, a paso lento, medido, los dos juntos y sin desplegar los labios, como si desde largo tiempo se conociesen. En el cielo y hacia el oeste, una mancha de púrpura se unía a otra violácea. El disco sangriento del sol coronaba el horizonte, derramando una brillante claridad. Hacia allá iban mudos de emoción, mientras atrás de ellos avanzaba la noche, oscureciendo las casas apretadas en angostas calles. A sus oídos llegaban el rumor confuso del cuantioso movimiento. Poco a poco, aquella impresión de férrea vida fue apagándose en el ámbito sereno, y sólo se percibía, como un zumbido de abejas, suave y cadencioso.

Finalmente, ya en el arrabal abierto y solitario, notaron el ruido de sus pisadas, de sus pisadas secas y firmes. Empezaron a burbujear las llamas de los faroles; palidecía el camino por donde marchaban; ennegrecían los charcos con tonalidades untuosas de belladona; refulgía el agua inmóvil y verde de las zanjas; aumentaba la sombra de los plátanos, sumiendo en penumbra las paredes blancas de las casas diminutas, pero en el horizonte, por encima de los entristecedores caseríos, prevalecía aún una luz vívida e imponente.

Se respiraba un aire fresco, un efluvio de tierra húmeda, de flores perfumadas. Ladraban algunos perros, y las ranas de cuando en cuando emitían al aire sus quejas recónditas y lánguidas.

Los dos seguían con el mismo paso, sonriendo, respirando voluptuosos la modorra y embriaguez espirituales de la gran primavera. Dichosos, no podían exteriorizar de otro modo la sensación de regocijo íntimo.

Creeríase que ambos se hallaban privados del órgano parlante y sólo tenían oídos para escuchar el latir de sus corazones y ojos para mirar las estrellas y abarcar la vasta extensión nocturna.

Hicieron alto en una esquina; y ella, deseosa de escapar cuanto antes, le extendió sus manos, agregando serena: Yo lo quiero a usted.

En seguida se alejaron.

Gastón Bordenave contaría veinte años. Era delgado, de fina piel y ancha frente. Sin traspasarse, vestía con pulcritud y a la usanza romántica. Su ropa holgada, su negro corbatín volandero, su sombrero amplio, le daban un aire de personaje antiguo, "muy antiguo y muy moderno; audaz, cosmopolita", como diría el querido poeta. Amaba la vida, la mujer, las flores, el campo, la ciudad. Gustaba de las conversaciones, de la música, de los libros. El encuentro con un amigo le arrancaba frases entusiastas, fraternales, como éstas: ¡Pero hermano, cómo te va! ¡Che, viejo, tanto tiempo! ¡Qué suerte la de encontrarte! Aunque al amigo lo hubiese visto la víspera. Chopin, Listz y Padereski eran los autores que mentaba con frecuencia. Sentía por el angustiado polaco un respeto religioso, porque su música tensa y macabra le hacía hasta llorar; admiraba risueñamente a Listz, porque le sugería visiones románticas de mujeres, y al tercero, porque le transportaba a un mundo eglógico, a una campiña sonriente, circundada por casas con ventanas desde las cuales se veía el cielo amplio, el cementerio lejano y una cuesta que serpenteaba enharinada de oro fino. La literatura era para él un verso largo y armonioso. Fuera de

la poesía, la prosa, no le llenaba, le tenía indiferente, con excepción de aquella académica o vibrante, impulsiva, que suena a río desbordado. Veneraba por igual a Vargas Vila y Víctor Hugo. Había leído y releído La Bohème. Rodolfo era un poeta máximo; Colline, un singularísimo filósofo; Mimí, la mujer más inteligente de la tierra. Pero en todo esto se traslucía el mero afán del arte por el deleite. En el fondo no había inquietud ni finalidad alguna. Era un empleado constante y de porvenir, más inteligente que sus compañeros, pero que lo mismo que ellos, anteponía al arte un habano puro, un café aromático, un sorbo de ron.

Carola, que lo conocía por enfrentarse con él a las salidas de la fábrica, sintió nacer en su pecho el pájaro de la ilusión. Por ese entonces la vida se le aparecía como un jardín hermoso, entechado por un cielo riente de lejanías azules. En su casa adornaba el cuarto tal si aguardara visita; hablaba con acento moduloso a sus hermanos, tal si les echara la bendición; besaba a la madrastra una y varias veces, tal si fuera su misma madre. Era inmenso su gozo, su ausencia de cálculo y prudencia. El día siguiente de la inicial relación, le había enterado a Bordenave de las minucias domésticas, de la muerte del padre, de la madre, a quien no conoció; cómo ella soportó desde niña los bárbaros azotes de la madrastra y luego cómo ésta fue achicándose, amansándose, cediendo, comprendiendo lo feo que era usar palabrotas. A la tercera tarde, como si se explayara ante un ciego, le puso al tanto de las troterías de varias compañeras. Mientras marchaban, la voz de ella hacía requiebros y sus frases afluían cortadas, convulsas, gráfico reflejo de una imaginación amplificadora.

-Figúrese el fin de las pobres. Por el dinero se entregan a cualquiera. ¡Oh, qué horrible! ¿No le parece a usted que es una indecencia? ¡Ah!, siempre me dije: antes robar, antes morir, antes matar.

Gastón abrió los ojos, tomando nota, y agregaba a cada pausa de Carola:

-Es verdad, es verdad.

-Y luego, ¿en qué emplean ese dinero? En comprar una bata, un frasco de perfume, un vestido a lo artista. No, no. Todo eso lo compra un marido, y si no puede, una misma, con los ahorros de su trabajo, o bien nada. Yo seré del primero que me quiera; yo lo querré siempre que él me quiera. Lo dijo tan suave, que Gastón estimando el obsequio, cerró el departamento con esta promesa:

-Juro amarla eternamente. Le prometo juntar su nombre con el mío.

A la cuarta tarde, tras un silencio exorbitante, ella le propuso:

-Tratémonos de tú. Me fastidia oír a cada minuto usted, usted.

Y tomando aliento, principió:

-¿No te parece mejor así?

En seguida:

-Hoy te noto algo extraño. ¿Qué tienes?

Gastón se confundía.

-Nada; te escucho.

-¿Por qué no conversas?

-Estaba escuchando, por eso, se lo aseguro a usted.

-¡Siempre usted!

A la quinta tarde, apoyados del brazo, enfilaron por la Avenida Díaz Vélez arriba. Andaban lentamente, las cabezas juntas hasta sentir el tibio calor de las mejillas. En el cielo vagaban las nubes, multiformes, multicolores.

Se alargaban, unas pasando del esmaltado rosa al pálido violeta y de éste al tenue gris, último tono de la etérea escala cromática, que por grados desaparecía, borrándose como una humareda. Se ensanchan otras, se agrupaban, formando inmensos oleajes de coloración compacta, que al empastar el horizonte, lo inundaba de plena luz. Distante, refulgían las primeras paredes del caserío, la verdura esmeralda de los árboles, los caminos terrosos y solitarios que llevan a las afueras. Soplaban una brisa fresca, embriagadora. A cada rato se oía el silbido pintoresco y musical del tren oeste que se alejaba raudo.

Cruzaron un puente aéreo y metálico y se metieron en una calleja miserable. Carola, arrullada por el ensueño, por la fantasía del amor, se dejaba llevar, reclinando su temblorosa sien en la diestra pectoral de Bordenave. El contacto de sus cuerpos, el fuego de sus sangres, la impresión cálida, ardiente, del paisaje sumía a ambos en un mundo ideal, de infinita bonanza. En un arranque expansivo, como todos sus arranques, ella alargó el cuello, y cerrando los párpados, tensa, puro nervios, estampó fogosa un beso en los labios de Gastón. Este le devolvió el beso y la apretujó más y más contra sí mismo. Al separarse se besaron de nuevo. Ante las efusiones de la joven, Gastón Bordenave iba mudando de parecer. Apasionado como era, no se explicaba que otro ser fuera insólitamente sentimental y apasionado. Las luces de su inteligencia suspicaz, sin embargo, le fueron aclarando lo que nadie tomaría por un misterio. Y empezó a razonar a favor suyo, lógica común. Claro, se había prendido de él como el chacal a los cadáveres. Era ingenua, semianalfabeta, algo exótica, tal vez liviana. No en balde tenía carne, y qué bien formada. Y la entregaría. Mimí, Mimí, ¡viva Mimí! Cuando así pensaba, una sonrisa histriónica gesticulaba en los hoyos de la cara y abría los ojos llenos de malicia.

Con el transcurso de los días, las conversaciones se polarizaron en el giro lento y familiar, sólo que en Carola prevalecía el impulso natural, espontáneo, de la verdadera estima, y en Gastón, la reflexión seca, tendiente a un fin, con un barniz de hipocresía. A Gastón había dejado de interesarle la cháchara ociosa, el sentimentalismo enfermizo y libresco, según él, de Carola. No obstante, solazándose en mentir y engañarla, la adulaba mezquinamente.

-El timbre de tu voz me encanta. Eres una muchacha noble, de un vivo idealismo.

El absoluto dominio que ejercía sobre ella, lo convirtió a la larga en un perverso cínico. Acostumbrado al silogismo, al juego de las frases, llegó a hacer tremendas y absurdas disquisiciones sobre la moral, sobre la sociedad, sobre la dignidad humana, sobre las excelencias del amor libre.

-El amor libre- le decía-, es la divisa primordial del hombre independiente. El matrimonio es el círculo de hierro de los espíritus estrechos. La sociedad es una mala cocinera que mete el hocico en la olla del vecino.

Cierta vez, a fin de horadar en su fondo, le propuso:

-Los dos viviremos felices como si nos hubiéramos casado.

-Pero dijiste que te casarías.

-Lo sostengo. Legalizaremos la unión ante la ley civil, y nada de frailes. Entonces no nos casamos, es decir, nos casamos, pero como ciudadanos

liberales.

No obstante, crecía el espejismo, la ilusión. Carola soñaba; Carola sonreía cerca del bien amado; Carola mantenía viva la imagen del bien amado durante su ausencia.

Los domingos, ¡qué bellas dominicales! De mañana rehacía los adornos de su eterno y primoroso vestido. Luego, entre probárselo, para ver el efecto, y ceñirlo al cuerpo definitivamente, ya era la tarde. Entonces salía, cruzaba veloz las calles primeras, a fin de despistar a los estúpidos mirones. Después, en otros barrios, acertaba la marcha, y seguía pasito a paso, bajo el sol, contoneando las caderas con sensual coquetería. El traje color de rosa resplandecía con suaves reflejos, volcando una sombra que iba en pos suyo como prendida de los talones. Un moño celeste aleteaba por encima de sus cabellos. Su andar cadencioso, su atavío humilde, elegante y de color fuerte; su cara nívea, de labios rojos; sus piernas redondas, largas, tensas; su espalda abultada, pero de gráciles líneas curvas; toda ella surgía palpitante en el paisaje sereno de lujosa reverberación etérea. En el Once se reunía con Gastón, y juntos entraban a un biógrafo de por allí. Cuando volvían a la calle, iba anocheciendo. La estación se alzaba pardusca, y por poco, desierta. En la plaza veíanse parejas de horteras, sirvientas apretujadas en los bancos, niños saltarines y bullangueros. Sobre las arcadas que siguen a un costado del paseo, dos chimeneas ascendían, graves y rojizas, y un poco más allá la cúpula negruzca del Congreso, con su aspecto vulgar y triste. En la relativa calma dominguera, el grito de los vendedores de periódicos y el son discordante de los tranvías, sonaban persistentemente. Las calles, con los negocios cerrados, se extendían bordeadas de edificios, informes, feos, antiestéticos.

Gastón y Carola se alejaban en busca de las callejas y rincones propios a la ensoñación, a los besos, a los abrazos. Bien de noche, se separaban hasta el otro día.

Un domingo penetraron por la antigua calle de la Piedad. Caminaban sin ver, sin hablar, a paso largo, como si alguien los persiguiera. Al llegar a una casa, entraron sigilosamente.

Carola temblaba de la cabeza a los pies.

Era en los principios del otoño. La tarde calmosa declinaba lentamente. Un oro viejo, cortado en franja, bruñía las superficies superiores de las casas, con destellos que vibraban fugaces a ras del suelo. En la altura clarísima, en la inmovilidad de las nubes, en la calma plena, notábase aún la estación estival, tan plácida y reconfortadora. Generalizando y exteriormente, había en las cosas, en los rostros, un viso de sosiego; mujeres y hombres, niños y viejos; trafagadores y no trafagadores parecían deslizarse con ánimo tranquilo, con voluptuosa pereza, con el cerebro limpio de pequeñas o grandes preocupaciones.

En grupos salían las mujeres de la fábrica, cuchicheando y riendo al notarse libres del cotidiano atadero. Sus parloteos, sus frescas risotadas, sus exclamaciones juveniles, picantes, enjundiosas de arrabal, se confundían en un solo murmullo que llenaba la calle de báquica alegría. Muchachas tristes en el fondo, sentían necesidad de expansionarse a fin de que la función fisiológica matara las negras representaciones.

Carola, junto con su amiga volandera, marchaba a la retaguardia. Al llegar a una esquina, se detuvieron. Carola miró a los cuatro costados, hizo un gesto entre despreciativa e indiferente y con violencia estalló:

-Sigamos, ¡es un gran puerco!

La otra no repuso. Con parsimonia la cogió de la manga y continuaron andando.

-¡Es un cochino, un canalla!- prorrumpió nuevamente, tras un tenso silencio.

-Todos los hombres son así- dijo en seguida. -Quien te compra con dinero, quien con mimos. El tuyo siempre lo creí un cajetilla. ¡Ah!, hubiera querido ser yo la muñeca de ese. No es por echarme agua colonia, pero a mí nadie me atropella.

A la par que concluía, toda acción y gracia, hundió el dedo índice en el seno y luego lo agitó en lo alto, significando: no.

-Pavota- insistió. -Vos no calás a los novios de hoy día. Todos buscan la empanada. Primero te besan, te prometen una cama de bronce y al último te palpan como si fueras una ladrona. Y ya está.

La noche se acercaba. Hubo un rápido cambio en la atmósfera. Las veredas, ahora húmedas, proyectaban las sombras de algunos edificios. Los faroles, en lontananza, brillaban mortuoriamente. El parpadeo estrellar palidecía envuelto en una amplia y sutil mortaja de neblina. Esta al espesarse parecía vapores de humo surgiendo del seno de la tierra. Todo se esfumaba, y al paisaje riente de un rato antes, sucedía uno vago, plumizo, con rachas mojosas de viento que traspasaba la ropa y producía escalofrío.

A medida que se deslizaban, ajena casi a los soplos amigables y festivos de la otra, ella reavivó las llamas de la mal denominada relaciones espirituales. Sí, había sido una tonta. Pero qué iba a hacer. No estaba en ella el don reflexivo, que calcula y sondea las intenciones humanas.

Sentimental como era, obedecía a los ingenuos dictados del corazón.

Bordenave le leía versos, la internaba en el limbo sugestionador de la música, le hablaba de la dulzura de la vida campesina, de lo lindo que sería tener una choza sobre verde pradera, y pasarse allí la existencia, amándose, venerando día a día los goces de sus almas. Naturalmente eso embriagaba a ella, huérfana de halagos. Y cedió. Durante los primeros meses, todo era entusiasmo, dulces arrumacos, suspiros interminables.

Después la cosa se entibió. Gastón variaba. Permanecía callado o bien contestaba de malas ganas, con un tono seco y agrio. Un día, al dejar la casa de reunión secreta, le dijo que él no era rico para cargar tanto gasto y que en adelante se verían menos a menudo. Empezó a faltar, y ella esperaba horas frente a la estación Once. Otra vez, al llegar al punto convenido, sin saludarla, gritó: Cierra esa boca, ¿no ves que tienes un diente roto? Otra tarde tuvieron un altercado. Ella le pedía, le rogaba que fuesen a vivir juntos. Trabajaría, ahorraría dinero, sería más buena que nunca con él. Gastón, en tren de bromas, meneaba la cabeza y argüía el encarecimiento de los comestibles, la tasa arbitraria de los alquileres, la reciente rebaja de su sueldo como empleado.

-Yo noté que se burlaba de mí, y le repliqué que era un mentiroso, que faltaba a su compromiso; ¿y sabes lo que hizo? Se adelantó y me dio una bofetada, diciéndome: "A mí nadie me desmiente". Y se marchó aparentando profunda indignación. No le vi más.

Calló, y tomando aliento, repitió:

-Es un canalla, un sinvergüenza.

Se detuvieron de nuevo. Colérica, lanzó varias amenazas que terminaron en llanto, en un llanto débil, quejumbroso, doliente, angustiador. Las lágrimas, al resbalar por el rostro, caían lentas, apenas perceptibles, confundiéndose con las gotas del creciente rocío nocturnal. Un halo azul de niebla envolvía a ambas, y la otra, su amiga trotadora, conmovida en lo íntimo, la alentó:

-No llores, no llores. Me duele verte así. De veras, no llores; no seas tonta. La vida no se acaba fácilmente y tendrás lo que tú quieras.

En seguida, como abochornada por una mala acción, arrojó a la calle una botella de licor, que cantó al romperse.

Empezó a lloviznar. El agua mansa, silenciosa, mojaba apagando el rojo fuego de sus caras.

-Déjame. Hasta mañana.

-Mira, no le digas nada.

-¿A quién?

-A tu madrastra. Le evitas un disgusto.

Se separaron, y ligera, nerviosa, temblando de emoción, de espanto, de frío, penetró en su casa. Su aparición brusca, la expresión desencajada de su rostro, su aspecto fantasmal y trágico impresionaron bruscamente a la señora. Le preguntó repetidas veces lo que le ocurría. Carola no contestaba, fijos los ojos en el suelo, la cabeza hundida y los brazos caídos. Paralizada, sentía, sin embargo, una convulsión en el cerebro y sus ojos negros y verdosos pretendían escaparse de la órbita. La madrastra la atrajo hacía sí, esforzándose en vano por arrancarle una palabra.

-Cuéntame, ¿qué te pasa? Dímelo, por Dios. ¡Pero muchacha!...

Carola, tambaleante, se arrojó a sus brazos, llorando a gritos heridos. Y masculló algunas frases incoherentes, oscuras, pero tan vivas, que sin decírselo, la comprendió al punto.

La madrastra la tomó de la nuca, la besó fuertemente, exclamando:

-¡Carola, Carola! ¡Hija mía! ¡Pobre mi hijita!

Después se hizo el silencio, un silencio hondo.

Afuera monologaba la lluvia.

Meses posteriores, cuando al dolor vivo del cuantioso desencanto sucedió la tristeza resignada, otro hecho vino a conturbarla, a sacudirla de modo violento.

Desde aquella tremenda noche en que ambas mujeres estallaron como explosivos, la madrastra tan piadosa, tan flacucha de corazón, fue abatiéndose, amilanándose tal si toda su energía de mujer de acción la hubiese derrochado en ese último desahogo. El ver de continuo la faz mustia de Carola, de su "hija", andando cabizbaja, rehuyendo el trato humano, la señora hizo suya la congoja de la joven. Era la madre, la madre espiritual, la verdadera madre que, desconociendo los prejuicios, los estúpidos prejuicios sociales, lavaba el pecado con el tibio calor de su seno, con besos de enorme ternura, con exclamaciones cálidas. Solícita y oportuna, infundía a Carola valor. En la mesa, de noche, solía despertarla de su total ensimismamiento, arrullándola, envolviéndola en sus brazos.

-Pero hija, levanta el cuerpo. Muchacha, no achiques la cara.

Y Carola obedecía, un tanto cohibida por la presencia de sus hermanastros, ya grandes.

Mientras, la señora decaía de ánimo; gustaba encerrarse y a veces transcurrían varios días de involuntaria dieta. La debilidad, primero, la declaración brusca de la enfermedad, después, acabaron por sumirla completamente.

Entonces, Carola dejó la fábrica, internándose de nuevo en un mundo de temores, de pesadillas. El estado de la enferma exigía cuidados, y ella permanecía las horas junto al lecho, con los puños sobre la falda y la mirada perdida. Su pensamiento giraba al margen de las mismas preguntas. ¿Se salvaría? ¿Moriría? ¿Qué novedades tendrían en lo por venir? ¿Cómo finalizaría todo eso? Respuestas vanas. Las razones poderosas de la realidad, no las aceptaba, no las quería ver. Sin embargo, cerca suyo, un organismo destrozado clamaba, imploraba a Dios, si era cierto que existía, a fin de que suprimiera de una vez sus tormentos.

En los ratos de fugaz reacción, mantenían coloquios mal expresados, por la imposibilidad física de una y la cortedad y emoción de la otra. Carola procuraba retener las palabras que oía, con la gravedad universal de esos casos en la que un enunciado vulgarísimo adquiere cierto sentido profundo y misterioso. Eran en su mayoría consejos, referencias caseras, minúsculas observaciones relativas a cosas minúsculas. Y de tanto en tanto, una que otra queja común, pero lanzada en un tono lento, armonioso, expresivo, como cuando decía: ¡Sufro demasiado! ¡La vida es mala! Había un punto engorroso para Carola. La madrastra insistía siempre, segura de convencerla, y sobre todo, de hacerle un estimable bien.

Visitaba la casa un antiguo amigo de la familia, hombre joven, morrudo, de cara ancha y bigotes amarillos imperiales. Era parco de lenguaje, asentía con una inclinación de cabeza, movimiento mecánico que denotaba a las claras cerrazón mental, pristina autoidealización y carencia de fibras. A primera vista, resaltaban en él la vestimenta flamante de última moda, los botines de barniz lustroso, con burdos arabescos en relieves, y una gruesa cadena adherida al reloj junto a una mano que se complacía en desembolsarlo de seguido, seguramente para relucir en el aire dos anillos de viva fulgencia. Pero sus manotas parecían de albañil y tenía los dientes sucios. Su inmovilidad, su silencio, sus ojos limpios de no mirar nada, no eran por modestia o recato, sino por la petulancia de creerse agasajado con pompas en el humilde hogar que frecuentaba. Por eso los domingos, al entrar, hacía un saludo frío, se sentaba estirando las piernas, fumaba, eso sí, mucho, y de cuando en cuando abría la boca para decir sencillamente una necedad. Luego de permanecer toda una tarde clavado en la silla, tras una sacudida de brazos y un bostezo largo, saludaba de nuevo, retirándose a paso militar.

Carola lo odiaba abiertamente. Era un bruto insoportable, que no establecía diferencias entre las personas. Todo lo juzgaba por el lustre, excluyendo el verdadero contenido. A más, como una gracia, solía ofender, menospreciar con ese vocabulario híbrido y repelente del caló porteño. A las mujeres las apellidaba futuras ramerías, como si en cada mirada sorprendiera un guiño secreto. Ya varias veces había chocado con Carola, riendo ufano ante la vergüenza de la muchacha. El muy zonzón no sospechaba el efecto que producía su jerga de burdel, y de ahí que siempre

arremetiese. Pero un día Carola lo colocó en su sitio. Se encontraban solos en la pieza. De repente Plano, en seguida de examinarle su atavío dominguero, le dijo:

-Es usted bonita y compadrona. ¿Por qué no estudia para bailarina? Ella se avalanzó.

-Vea, si pretende seguir visitando esta casa, limpie antes su lengua. ¡Atrevido!

Plano enmudeció, y sin excusarse, sacó un cigarrillo.

Desde entonces sujetó las riendas a su bestia interior, en la creencia de que así avasallaría el fundado orgullo de Carola.

El miraje de la madrastra era otro. Ella moriría y anhelaba unirla a Plano. Las negativas de Carola fueron en los primeros momentos rotundas, indomables. Más tarde, no osando contrariar la idea dominante de la enferma, cambió de actitud y se sometió a un fuerte mutismo. En su conciencia había surgido un conflicto. Ella no podía conciliarse, ni siquiera simpatizar fríamente con Plano. No lo tragaba. Su exterior era grotesco; sus maneras eran de verdulero; su fondo era ambiguo y acaso revuelto. Sin embargo, no debía aumentar las penas dobles de la señora. ¿Qué hacer? ¿Cómo salir del atolladero? Si perseveraba en la manifiesta repulsa, quizás acelerara el final tan temido. En caso contrario, si ella dijera por formulismo sí, el otro lo sabría y eso traería forzosamente mayores complicaciones.

-Acéptalo, pequeñota. Yo voy a morir; no te quepa duda. Hazlo por mí. Acéptalo.

Un anochecer, presintiendo ya próxima su muerte la llamó. Carola se deslizó a pie juntillas, la tomó ambas manos y antes de que la madrastra hablara, le juró:

-Bueno; me casaré con él.

-Repítelo, dilo otra vez. Vamos, pronto, ¡dilo, dilo!

-Sí, mamá; me casaré.

El júbilo de la noticia le provocó una suave calma. En toda la noche se sintió tranquila, mejorada, con ganas de levantarse apenas saliera el sol.

Y cuando el sol descorrió el velo penumbroso del cuarto, cerró los ojos. Nunca había calculado, con haber sufrido y abrigar del futuro una pésima aprensión de doloroso fatalismo, el enorme vacío, la inmensa angustia que viene tras la muerte de un ser amado, con el cual uno ha vivido, compartido las alegrías, las desazones, los pormenores diarios que son el hilo de la existencia, a quien ya nunca se verá ni se le oirá, borrándose su corpórea figura, su plástica realidad del espacio. ¡Ah!, eso era abrumadoramente triste. La vida dejaba de tener sentido. Las cosas presentaban un aspecto monstruoso, árido, seco. El pan sabía amargo, el piso se hundía, el cielo también se hundía y el sueño no era otra cosa que una cruenta pesadilla que concluía dejando en el corazón un dolor muy áspero. Andar, distraerse, ¿para qué? Aferrarse obstinadamente a la vida, ¿para qué? Tragar la sopa, si no hay apetito, ¿para qué? Si todo se cae, se aplasta, desaparece; si nada es posible de retener, entonces que la corriente de los hechos siga su curso hasta que se desborde en el gran río del abismo.

Carecía de voluntad. Le faltaba humor, nervio que pusiera de nuevo en

tensión las masas musculares. Puro sentimiento, el suyo se convertía ahora en un sentimiento corrosivo, aberrante. Igual a un borracho, amargado e inconsciente, daba tumbos, a causa de los mareos; perdía la memoria sin recordar lo dicho cinco minutos antes.

Antonio Plano proseguía sus visitas, más frecuente, por indicación de los muchachos. Aparecía dos o tres veces por semana, aún de noche, adoptando posturas circunstanciales. Incapaz de resoluciones eficaces, ante el hondo silencio que laceraba el alma de los deudos, movía compasivamente la cabeza, como diciendo ¡qué lástima! y encendía, impertérrito, un cigarrillo, contemplando las bocanadas que ascendían y flotaban como telas de arañas azules y grises. Y cuando el humo desaparecía en guías sinuosas, daba otro chupón, volatilizándolo bajo su infantil custodia.

Seguro él también de que su presencia se hacía forzosa en la casa, enviaba tarjetas de anáquica ortografía, anunciando su imposibilidad de acudir o bien requiriendo noticias sobre la salud de todos. Carola las leía con la frialdad merecida. Cierta noche era una carta la que llegó a sus manos, una carta extensa, de frases largas y difíciles, llenas de lamentos, de suspiros, de esperanzas, cuyo final calculadamente conmovedor la dejó suspensa. Pero una esquila fiel a la gramática, no era en verdad Plano quien la escribiría. Y la hizo pedazos, sintiendo como una repulsión frente a un objeto desagradable.

No obstante, había jurado pertenecerle, y Plano no lo ignoraba. Ella en cualquier forma iba a cumplir la promesa. ¿Que no llenaría la soledad de su vida? No importaba. Bordenave, con sus finuras, valía menos.

Llevada por esta idea, en el primer encuentro con Plano, le participó su decisión. Más aún, quería sincerarse, confesar su falta, pero lo creyó innecesario. Plano lo sabía, según la madrastra. En ese instante tuvo vergüenza de sí misma, vergüenza por Plano, por sus hermanos, por la ausente que supo perdonarla. ¿Qué hubiera dicho en este caso su madre, la que no conoció, y que según decían, de buena era una santa? ¿Y su padre, un poco severo, grave, taciturno? Quién sabe.

Sentada en la silla se agitaba nerviosa. Plano la agarró de las manos y, como enterado de su pensamiento, la alentó amable:

-Cálmase. Olvide lo pasado.

Al principio creyó que se refería al luto de la familia. Luego pensó que también podía aludir a sus relaciones con Bordenave. Y la dominó otra duda, otro escrúpulo más delicado. Una vez casados ¿no le enrostraría su caída? Indudablemente. La afrenta ¿la repetiría hora por hora, minuto por minuto? Imposible. No, no sería tan cruel.

-Señorita ¿qué le ocurre?- insistió Plano.

-Nada. No sé si servirle mate o café.

-Me es igual, me es igual.

Y Carola se alejó, con una gran confusión en el cerebro.

Hecho el contrato civil, Carola y Plano se trasladaron al otro extremo de la ciudad. Ocupaban la pieza de un tercer piso. Era un caserón cuadrado, viejo, triste, sucio, especie de cuartel que se asentaba en una esquina de la otomana Reconquista. Había una escalera en el ancho y oscuro zaguán, que daba una impresión espantosa. Se subía a tientas, con recelo, como temiendo una emboscada, y una vez arriba, la desconfianza se trocaba

súbitamente en un sentimiento de agudo malestar ante el cuadro de abandono y miseria. Eran familias pobrísimas, gentes sin fojas de servicio, en su mayoría vendedores al menudeo, y en su minoría, hombres de inactividad dudosa. En los balcones, en las ventanas solían asomarse criaturas enclenques y madres con trajes raídos que mostraban sus pobres carnes macilentas. Y todo eso en una calle angosta, penumbrosa, en la que durante el día la cruzaban tranvías, carros, automóviles y el innumerable y alocado mosquerío humano; en una calle llena de tienduchas, en cuyos negros agujeros con dificultad se percibía las estanterías, el cuerpo de los hombres; en una calle al final de la cual, por fiero contraste, se hacinaban los edificios que atesoran el divino dinero.

Sola, casi siempre sola, la nueva vida era estarse como una momia dentro de los muros del cuarto, viendo los días y las noches sucederse con pesada monotonía. Le resultaba penoso salir al patio. Asomarse al balcón, lo mismo. Desde la vereda, ciertos gandules, falsamente impresionados, la interrogaban con miraditas venales, con sonrisas que variaban de precios, subiendo si era ella el objeto único, bajando si en la apreciación entraba el precario continente de la casa. ¡Una porquería!

Antonio Plano, por encima de las apariencias, era sombrío y malo.

Participaba poco del nido matrimonial, y frecuentaba los cafés, las casas de juegos. Breve tiempo después de haberse casado, dejó de trabajar. Pasaba los días fuera, y a su regreso, por lo regular ya anochecido, decía: no encontré nada. En seguida se alargaba en la cama, sin quitarse los botines, mirándola a ratos de soslayo, pero con una pertinacia de médico que sondea en la abertura del enfermo. Carola fingía no caer en la cuenta. Como era natural, al principio interpretó aquello como una excusa, como una tácita súplica del hombre que, involuntariamente, por tropezones de la suerte, se vio en el caso de abandonar su puesto, creando así una situación anómala para ambos. Pero cuando supo que el juego lo absorbía; cuando examinó bien el porte compadrón de sus amigos, que de tarde en tarde caían a tomar mate; cuando notó que los objetos reductibles iban desapareciendo, entonces previó algo funesto, una tempestad de desenlace terrorífico. Más que prevención, la poseía el miedo. Al enfrentarse con él, inclinaba la cabeza, pensando: ¿por qué me habrá mirado en esa forma? Yo no comprendo. Si era en la mesa, con desparpajo, con una desvergüenza excesiva en relación a la desvergüenza de otros matrimonios que se solazan en rebuscar frases turbias de embriología, de arte sexual, Plano contaba historias pintorescas y macabras de bailarinas, de mancebas mejor acomodadas que muchas matronas ricas. En boca de su antigua amiga, los consejos impuros sabían a deseos ingenuos, desprovistos de segundas intenciones. Su amiga creía firmemente en el ascenso brusco, en eso de abrirse paso a manotadas, y pretendía que ella hiciera otro tanto. Mas en Plano la cosa cambiaba. Era su esposo, y no debía usar un lenguaje escueto, ambiguo, frío, con pausas regulares, seguidas de un fruncimiento de cejas, estudiado, que trocaba el superficial regocijo íntimo en una expresión adusta, capaz de confundir a cualquiera. No parecía sino que sólo tuviese verba para magnificar estercolero humano. Si era en los raros paseos, contrariando su negativa antigua de suyo, la llevaba por las calles céntricas; la hacía detener ante las grandes vidrieras de las tiendas, donde los modelos de madera lucían lujosas vestiduras. Vomitaba casi

siempre la misma exclamación afectada, comiéndose las palabras:

-¡Qué lindo uno de esos para vos!

Y seguían andando, deteniéndola en otra y así sucesivamente hasta la hora del crepúsculo. Después la metía en un biógrafo de variedades en el que afluían prostitutas y un público estruendoso, sibarita e insaciable.

Cierta noche, un encuentro con dos amigos suyos, motivó una larga parada en la vereda. Soplaban viento y como la cháchara persistiera, resolvieron entrar al café más próximo. Fueron al Carioca. Rebosaba de gente. En el angosto local, las mujeres fastuosas e inciviles, iban de mesa en mesa.

Una mujercita, gibosa, de ojos lánguidos y buscones, punteaba a su modo las teclas de un piano chillón, acompañado de un coro de voces cavernosas. Era aquello una procesión de locos, de borrachos, de rameras, que mataban estúpida y bestialmente el tiempo. Todos rostro lívidos, desencajados; todos labios teñidos de púrpura y cejas negras pintadas de carbón.

Carola miraba sin ver, clavada en la silla.

-Tomá alguna cosa- insistió Plano.

-No, no. Vamos pronto.

Uno de los acompañantes intercedió:

-Vea, señora, este café es como cualquier otro.

-Claro que sí- agregó Plano.

Cuando salieron de allí, ya solos, le dijo:

-Que esto no se repita.

-Ahora mando yo y nada más- prorrumpió Plano.

Desde entonces prefería el encierro, la soledad, privarse de comer a estar una hora en compañía de Plano. -Que no venga- era su plegaria diurna.

Y a la noche volvía, rugiendo, insultando si en el juego no le había favorecido la suerte.

Mientras tanto, la pieza iba quedando pelada. Plano, aún a la vista de Carola, buscaba y rebuscaba en el aparador, en la cómoda, en el ropero. Sólo trapos viejos, invendibles, y los muebles. La pasión lo dominaba. Una tarde cargó las sillas y trasponía el lumbral. Carola le detuvo, alzó la voz, suplicó, mas nada. Plano bajó las escaleras con la ligereza de un mozo de cuerda.

Cuando tornó, cerró la puerta y se puso a lanzar injurias.

-Esta vida no puede seguir así. ¿Para qué me habré casado con una... sí con una yegua, ni más ni menos? Qué diablos, va a pasar uno hambre, si nunca me faltó nada.

Carola enmudecía.

-Vos tenés la culpa. Para darte pan he tenido que vender las sillas. Y algún día los anillos, la cadena, el reloj ¡dónde vamos a parar!

Únicamente yo me voy a perder ¿eh? contéstame.

Y ciego de cólera la tiró de los cabellos, la postró de rodillas, subiendo de tono:

-Vos me engañaste. Vos tenías un macho y nunca me lo dijiste. ¿Te creés que yo no lo sabía? Mirá, mirá, bestia, pécora, hija guacha, tenés que ayudarme; tenés que salir a la calle, traer dinero, si no te mato. ¡Me comprendés, estúpida!

Sus rugidos ahogaban los sollozos de ella. La pobre, dominada, temblando como un junco, repetía:

-Sí, sí; lo haré. Déjame, déjame.

Y cuando se creyó libre de sus garras, vio en el aire oscilar un puño que como mole venida de lo alto, cayó sobre su cabeza. Sintió al instante un dolor profundo y en seguida un desvanecimiento. Sus ojos parpadearon y rodó al suelo.

Plano se sentó en la punta de la cama y contempló incommovible el cuerpo yerto de su mujer.

Luego que volvió a la realidad, bañó su frente con alcohol y se fue al balcón. La oscuridad de la calle que se extendía como una larga sombra; el cielo preñado de nubes plumizas; la techumbre del mercado y la torre de los ingleses, que surgían a la izquierda, tenían en ese momento para ella un aspecto de ruina, de algo fosco y amenazador. A la derecha, en la esquina, había una casa de frente encalado y con ventanas que jamás se abrían. Debía de ser un convento o cosa parecida. Su mirada febril penetró en los interiores, figurándose un patio silencioso, lleno de plantas y bordeado de cuartos, en los que seguramente morarían gentes de existencia apacible. Ah, qué envidiable vida la suya, si fuera suyo el poder encerrarse en tan solitaria casa. Pero qué. Dios no oiría nunca sus ruegos, los ruegos de una creyente a medias...

Como si alguien imperativo la llamara, entró al cuarto.

Esa misma noche, poco menos que a tirones la sacó de la casa. En la puerta, ella le imploró que no la maltratara, pues estaba resuelta a obedecer. Tomaron por 25 de Mayo, haciendo alto en el bailadero Parisiana.

Gacha la cabeza, le siguió. Una vez dentro, se colocaron junto a una mesa. En ese instante, una veintena de muchachas flacas, consumidas, maltrajeadas, daban vueltas alrededor de la pista, fingiendo culebros con las piernas y apoyando la sien en el pecho del hombre. Reinaba un reposado aburrimiento, un sosiego estólido y brumoso. Todo era mecánico, perezoso, obligatoriamente tardo. De raro en raro, se oía un grito indiano, un chiste horteril, una risa tonta y simiesca. Terminado el tango, cada cual corrió a su sitio, acentuando así la impresión de vacío de hombres y mujeres. Aquello era todo, menos un cabaret. La carencia de luz, la pobreza de las mesas manteladas, orillando la pista, la pobreza de ánimo, acababan por constringirlo a uno, como cuando se entra en un hospital. A los pocos minutos, otro tango. Plano se levantó, la tomó con afectada energía del hombro y la llevó al centro. Ella no se opuso. Ansiaba ser confundida, no traslucir su desesperante congoja. La música nunca terminaba. Le parecía que iba a rodar, que daba tropezones, que la empujaban, la arrastraban, la circuían en un infernal torbellino. Le parecía que los demás ojos estaban fijos en ella; que se burlaban a su paso. Y se dejaba llevar, alargando la diestra, rígido el busto, yendo a tientas como si jugara al gallo ciego.

Y bailó varios tangos más. Luego salieron, tornando por la misma calle. El siguiente día no se hizo comida. No había dinero y Plano repitió las injurias.

Empezó el terrible mal del hambre. El insistía en que Carola saliese a husmear por ahí. Ella, muda, dispuesta a morir antes que ceder, se mordía los dedos. Llegaba la noche y la debilidad creciente la sumía, obligándola a arrojarse al lecho.

Así tres días. Pero imposible continuar en ese estado. Los nervios la

sacudían a cada minuto y ya veía las cosas desfiguradas. ¡Qué suplicio, qué vida de perro! ¿Cómo vender su decoro, su cuerpo por unos pesos? ¿Quién la obligaría? ¿Plano? No, no, no. Nadie. Oh, sí, Plano, la miseria, la ultrajante miseria ocasionada por las maquinaciones de Plano. ¿Y la sociedad, la justicia que vela por el mantenimiento del orden, del mutuo respeto, de la libertad individual? Mentira, mentira, todo era mentira. La sociedad entera la obligaba, y esa misma sociedad, consumado el acto, la aislaría, la despreciaría.

Y al anoecer, traspuso el umbral de la puerta. Era invierno y en el fondo de la calle, por sobre la techumbre negricienta del mercado, palidecía el lamparón de una nube verdosa. Anduvo Reconquista arriba, buscando y al mismo tiempo disimulando que buscaba. Cuando veía avanzar alguno, pensaba pararlo, decirle su deseo e irse con él. Pero al tenerlo cerca suyo, alargaba el paso, medrosa y emocionada. Sentía frío, hambre, miedo. Se detuvo próxima a una pared, al amparo de la oscuridad. Ya la notarían, comprendiendo su intento. Así era más fácil. Y pasaban algunos hombres, rápidos, que huían del trabajo y carecían de tiempo para fijarse en una especie de bulto. Pasaban una que otra mujer, mirando con rabia o siguiendo con despreciativa indiferencia. Pasaban los tranvías, cuyas luces la denunciaban, pero en vano. Pasaban coches, automóviles y todos pasaban ajenos a su mudo ruego.

Qué cosa. Un curita pálido y melenuado, que ella conocía por verle entrar en la casa misteriosa, la empujó lúbricamente, rozando con sus sotas las nalgas de ella a la par que evaporizó un suspiro sensual y admirativo. ¡Ah, ese bribón, ese joven serio y grave, con cara de santo, de santo y poeta!

Confundida, lo miró alejarse como una sombra macabra. Detrás del cura venía otro hombre. Se paró, la examinó, le habló, convinieron y ambos enfilaron por la calle Tucumán.

Al regresar al cuarto, Plano la atropelló.

-¿Qué traes?

-Esto.

Y tiró sobre la mesa un billete de cinco pesos.

Fingiendo alegría intentó besarla; mas ella lo apartó de firme, y descargando todo su sentir acumulado hasta entonces, lo increpó en tercera persona:

-Yo lo odio a usted ¡miserable!

Se arrojó a la cama y escondió el rostro en la almohada:

-¡Miserable, miserable, miserable!

Desde esa noche, ambular por las inmediaciones se convirtió en una necesidad. Dado el primer traspie, no retrocedería. Había cambiado, había cedido, había claudicado, ella, la pura, la buena, la diosa casera. No importaba. Seguiría así, callejera, amante y sola, manceba del primero, del último, de todos.

Mientras tanto, Plano se acicalaba, vestía bien. El afán de dinero, acaso mejor, el orgullo que lo consagraría ante sus amigos como diestro en estas embrolladas cuestiones, le dio coraje y quiso ensayar otro sistema de explotación, más productivo, más reglamentado, más secreto.

Una noche recorrió los burdeles próximos, donde se le tenía por lo que era: un rebuscador sin suerte que iba a la zaga de alguna paloma. La idea

de que ahora lo tratarían con respeto, se eclipsó al escuchar las negativas de las patronas. En todos lados sobraban alumnas, y las maestras no disponían de tiempo para convencer a la novicia de la utilidad del negocio. Forcejeó, sin embargo. Fue a uno de la calle Sarmiento. Llamó a la patrona, la llevó aparte y en un rincón conversaron con la seriedad del que va a emprender un negocio. Era ésta una gorda cincuentona, bajita, cuya sórdida avaricia la llevaba a renovar continuamente el elemento a sus órdenes.

Fue un rápido arreglo, y el siguiente día, no sin gran esfuerzo, la llevó allí.

La casa abría sus puertas a las cinco de la tarde. Era un local estrecho, cerrado, con techumbre de vidrio por el que se filtraba una luz rota, indecisa y sucia. A la entrada había una escalera, que al subirse crujía sordamente y comunicaba a las habitaciones de arriba. Rodeaban el patio de la planta baja, varios bancos largos, rústicos y manchados a trechos. En las paredes, se veían figuras de hombres y mujeres en cueros, violentamente empastadas de púrpura y verde, propias para impresionar retinas de campesinos. Habría dos docenas de internas. Flacuchas, obesas, gigantes, menudas, de todos los tamaños, de todos los gustos, de todos los matices. Ostentaban trajes abiertos en la parte del pecho, de las mangas y la falda. Algunas parecían muñecas por su andar lento, por su vaivén frío, por sus ademanes breves; otras antiguas cocineras, por su carácter agresivo, por su presteza en la acción, por sus mezuquinos manipuleos; otras cadáveres, como escapadas de la morgue, por la finura de su piel hundida, por su aspecto de cansancio y por la cueva espectral de sus ojos. Todas coincidían en usar trajes de colores fuertes. Así, había trajes de violeta subido, de verde loro, de amarillo rabioso, de rojo sanguinolento, de blanco y de azul. Cada una tenía un nombre supuesto: Lili, Tórtola, Margarita, Julieta, Resedá, Nini, Mari y para distinguirlas más, se agregaba el país de su nacimiento, como la montenegrina, la polaca, la francesa, la gallega, la argentina.

Siguiendo la costumbre, Carola optó por el de Eva.

A esa hora, las cinco de la tarde, se metía de rondón uno que otro empleado u obrero del puerto. Llegaban con traza de aparente hastío o marcada indiferencia de viejo contertulio, y cada cual elegía su lugarcito. Venía una fulana, se le sentaba sobre las rodillas y entre un beso frío y un abrazo frío, le decía: ¿vamos? Entonces, si el mozo oponía resistencia, comenzaba el asedio de las otras, y más o menos repetía la misma escena. A veces, un poco de hipocresía, las hacía expansivas, melosas y ofrecían al cliente un trato especial, un momento de goce paradisíaco. Pero de noche, con el gentío creciente, todas iban y venían, pasaban y repasaban, sin detenerse, sin insistir, sin prometer mucho, yendo a la caza de aquel que según el primer vistazo, iría en seguida. Se daba el caso de una hermosa joven española, que nunca descendía al patio de abajo. Apoyada contra la barandilla de hierro, los pescaba con un picaresco guiño, una sonrisa y un llamado con el índice. En la semioscuridad, su vestido, sus ojos, su rostro ovalado, blanco, brillaban tentadoramente y casi nadie rechazaba el influjo de su imán.

La primera noche, la Eva se impuso. Era la más reciente, la más guapa, la más plácida, la más ingenua del grupo. La bestia civilizada, por

recomendación de la dueña, se apostó cerca de su puerta, aguardando turno, con la locura de la fiera que tras buscas inverosímiles encuentra al fin un trozo con que saciar el hambre. El instinto, la animalidad los poseía por completo, y de fijo, sentirían un odio mutuo, mal disimulado, porque todos querían adelantarse, todos agitaban su impaciencia y todos querían prolongar ilimitadamente la posesión de la hembra que vendía a bajo precio las primicias de su carne.

La impresión de asco nunca la llenó como entonces. Jamás supuso que el varón y su corolario, se reunían en fétidos escondrijos sólo para acoplar sus cuerpos, sólo para dar riendas sueltas a sus apetitos de animales, sólo para eso. Se le echaban encima, sudorosos, delirantes, convulsionados, respirando por los poros, por la boca, por la nariz. Ella apartaba la cabeza, rehuía los besos que como estiletazos, le daban en la nuca, cerraba los párpados, los puños, herida de muerte.

Y a cada rato oía un golpecito en los vidrios y una voz aguardentosa que se esforzaba por parecer dulce:

-Vamos, muchacha, apúrate.

-Vamos, vamos- insistía, golpeando las manos.

El corro aumentaba, tomando ahora un carácter cómico. El chiste, la burda mofa, corría de labio en labio. La patrona, un tanto intranquila, reclamaba silencio, yendo otra vez a dar golpecitos en el vidrio:

-Vamos, vamos.

En seguida palmoteaba a uno, reprendía a otro, pero nadie la escuchaba, atentos a la señal de un cabecilla que decía, parodiando:

-Vamos, vamos.

Y el coro imitaba a los platillos:

-¡Chint, chint, chint!

Se formaron dos bandos, el de los hombres y el de las mujeres. Estas iban contra la compañera, contra la dueña, contra el público, pues la mayoría rehusaba pasar a la pieza.

La Eva se encerró por dentro, resuelta a no descorrer el cerrojo. Apagó la luz y se quedó a oscuras, sentada en la silla, mientras afuera retumbaba el grito seco de la dueña:

-¡Esta es una casa decente!

Renació el orden, y media hora después la sobadoras volvían a la maniobra con la parsimonia rutinaria de siempre.

El miércoles era su Pascua florida. Pasaba la tarde encerrada en el cuarto en compañía de una planchadora, algunas internas y una señora vieja, encogida, angulosa, que traía en la mano derecha un diminuto evangelio con ribetes de oro. Sus ojillos, de un fulgor mortecino, desaparecían bajo las gafas. Era una mujer rica, de hogar y devota, que iba por los antros del vicio a predicar el Nuevo Testamento. Criolla de origen, procedía a la manera británica, desafiando el ridículo, la falta de eco. Allí concurría todas las semanas, y rodeada de las irredimidas, les conversaba sobre el bien y el mal, sobre la bienaventuranza del Evangelio, sobre el significado de las parábolas, sobre los mandamientos. Les leía y releía los versículos que trata de la pecadora que en la mesa del Fariseo bañó con lágrimas los pies de Cristo y los secó con sus cabellos. Y siempre al finalizar el capítulo, recalcaba la frase: "Los pecados te son

perdonados", y cerrando el librito para sorprender el efecto de sus palabras, añadía, paciente y ceremoniosa: "Tu fe te ha salvado; ve en paz". A modo de pasatiempo, también les leía cuentos candorosos y morales del humano Tolstoy, leyendas piadosas, vidas imaginarias de santos y versos ñoños que llenan los devocionarios. Les regalaba imágenes en yeso, relicarios, estampas y medallas benditas.

-Este es San José, guárdalo; esta figura representa la cena de Jesús con sus doce apóstoles, consévalo, mi bien- les decía, cariñosa, oprimiendo con fruición el antebrazo de la obsequiada.

Entre las muchachas las había escépticas, pero que, sin embargo, acudían, porque en el fondo de todas, por sus mismas vidas, flotaba el velo de la superstición. La patrona, incapaz de arrobamiento místico, riéndose a jeta llena, negaba la existencia de un ser divino, y no obstante, ella no se lo explicaba, permitía las reuniones, y hasta de vez en cuando, gorda y toda, subía atropelladamente la escalera, para ir a escuchar la verba de la católica evangelista. Y eso en detrimento suyo, pues sólo en un mes le había sacado de la circulación a tres mujeres, colocándolas de sirvientas. Eva era la más oyente y la mejor lectora. Su insensibilidad, su absoluta prescindencia en las cuestiones religiosas, se trocaron en un sentimiento de pura adoración. Percibía a Dios, intuía un dorado más allá, creía en la salvación del pecado por medio de las súplicas, de los rezos, de la paz del alma. Ansiosa de comprender, repasaba a solas los versículos bíblicos, y en presencia de la anciana, la interrogaba sobre puntos oscuros, imposibles de penetrar.

Pero pasado el fugaz instante, el para ella incomparable miércoles, la nube negra de la realidad se cernía de nuevo, haciéndola ver la enorme decepción de su inútil vida. El odio podía más que el deseo de acomodarse al nuevo estado de cosas, podía más que el fingimiento de simpatía hacia el cliente, podía más que su resolución de no chocar nunca con las compañeras.

En las madrugadas, cuando se tendía a dormir, el tropel de las ideas, muertas por decirlo así, a causa del ruido y el traqueteo de las horas precedentes, renacían en el silencio a turbarle el sueño. Por la ventana se colaban los primeros rayos del sol, recortando un extremo de la cobertura de cama, y siguiendo a lo largo del suelo, subiendo por las cortinas y polícromas gasas, que frente a los espejos, repetía en el fondo la iluminación vibrante de los objetos. Fuera, en la calle, la placentera algarabía de los gorriones, el lento rodar, barranca abajo, de los tranvías y el eco fragoroso y temprano de la característica recova. En la casa, negrura, abandono, olor a epidemia. El contraste aumentaba su angustia. ¿Por qué permanecía en ese cuarto, si ella sentía adversión por su cuarto? ¿Por qué vendía sus caricias, si ella despreciaba a los compradores? ¿Por qué no corría a tomar el primer tren o el primer vapor, a un paso de allí, marchándose lejos, muy lejos, a un distante pueblo, donde nadie la conociera, donde nadie la atisbara, donde nadie se ocupa de nadie, consiguiendo así un poco de paz para su espíritu, cansado de tantos males? ¡Ah! debía hacerlo ese mismo día, apenas despertase. Sí, lo haría, ninguno se opondría a ello. Primero prepararía un lío de ropas, saldría presta, y luego andaría sola, libre, respirando el aire puro, bajo el techo del cielo, el único techo que no oprime. Pero, ¿y después?

Ante el porvenir incierto, hilvanaba una confusión de cosas, ya favorables, ya contrarias, o bien ni uno ni otro, de cosas que no se explican. El enredo de las imágenes la internaban en un torbellino, y tras muchas dudas, muchas posibilidades y muchas incomprensiones, venía el sueño en su ayuda, pasando de la afiebrada divagación al divino paraíso de lo subconsciente. Y de tarde, la algazara femenina la arrebatava de su total desligamiento del mundo. Empezaba la vida en el burdel. Gritos, siempre gritos, ir y venir de pasos, preparativos del tocado, estrépitos de puertas, de platos, y en el aire contenido, un tufo picante de grasa derretida en la sartén. Abandonaba el lecho, y como si nada hubiera resuelto, descendía por la escalera. Durante la cena, la tropilla, con suma libertad, accionaba con las mandíbulas, reía, cantaba. Ella, muda, siempre extraña a cuanto ocurría a su alrededor, metía la cabeza en el plato, engullendo sin darse cuenta de su precipitación. La granujería y el papanismo de las otras la tenían sin cuidado. Porque era buena y rehusaba el trabajo extra, le decían pava. Ella se encogía de hombros. ¡Bah!, ¿para qué ser pordiosera, si una se hundía más en el lodo?

-Basta de catecismos. Aquí no es una iglesia. Aquí hay que hacer de todo- le zampó cierta vez una exigente señorita, con envidia de mujer fea.

-¡Bah!- le contestó. -Con la mano derecha limpias al cliente, y otro te limpia la mano izquierda.

Por espíritu de crueldad, la zaherían a diario, pero Eva se retiraba del comedor, matándolas de esa manera.

Abierta la casa, el grupo femenino elegía su sitio estratégico. Con la llegada de público, cada vez más numeroso, perdía por completo la noción de sus ideas anteriores, y a pesar suyo, como un lívido fantasma, automáticamente, gravemente, se acomodaba cerca del primer hombre, sin ánimo para sobarle, sonreírle o saludarle.

-¿Cómo le va?- le interrogaba, consecuenta con su resolución de no tutear a ninguno.

Tras una pausa formulista, añadía a media voz:

-¿Viene?

Iba o no, le era igual. Todo le era igual.

Trancurría otra noche lupanaria, otro amanecer de martirizante devaneo, otro sueño de corta dicha, y el logogrifo de su existencia se mantenía en pie.

En tales circunstancias conoció a Manuel Palleros. Este y otros amigos, todos nocturnaban en el patio. Por la charla, la prudencia y la vestimenta, los señoritos gozaban preferencia y hasta de cierta simpatía. La patrona jamás exigía que se despacharan pronto ni ponía coto a las bravatas de cada uno. Más aún, y eso provocaba envidia en algunos, los jueves, como privilegio especial, hacían tertulias en el comedor. Claro, era a condición de que cargaran con el gasto de la cerveza.

Al principio, se figuró que Palleros sería uno de los tantos jóvenes divertidos, que gustan recogerse tarde de la noche. Con el trato, invirtió el parecer. Era parlamentario, pero al mismo tiempo serio y bueno. En su presencia le renacía el humor, y cuando platicaban en la pieza, su acento tenía idéntico poder que las letanías sugestivas y balsámicas de la vieja y menuda predicadora. Al verlo entrar se largaba a su encuentro, le tendía familiarmente la diestra, y sujetos del brazo, trepaban la escalera. El

encierro era largo. Al salir solicitaba de él cinco minutos de espera en el patio. Palleros así lo hacía. De lejos le sonreía, con una sonrisa ingenua y peculiar. Mucha veces, a hurtadillas, lo examinaba espaciosamente. Era delgado, enhiesto, de cutis cárdeno y fino, y con su traje negro y con sus anteojos de carey dábale la impresión de un seminarista. De nuevo sonreía, se acercaba a él, y antes de decirle nada, le ofrecía un beso. Palleros lo acogía con algún dicho de pura cepa española.

Como consecuencia, vino la intimidad. Cierta noche, lo apuró de la siguiente manera:

-Acompáñame hasta mañana.

-No llevo dinero.

-No importa. Yo no pido eso.

Se fueron arriba. Una vez dentro, prepararon el mate. La cháchara los divertía a ambos de lo lindo. Palleros estaba cómico, ella graciosa. Así varias horas. Después, al susurrante parloteo, sucedió el silencio, el elemental silencio del lenguaje agotado.

- Acostémonos- suspiró ella.

Una luz violácea caía plena en el centro del cuarto, dando un tinte cadavérico a la superficie de los muebles. Los carbones se apagaban entre las azules cenizas. En la calma, se oía el confuso vocerío de la planta baja, el pujante silbido del viento que agitaba las arboledas próximas, y de tanto en tanto, la sirena de algún buque, el descenso lento de algún tranvía y las pitadas extensas, metálicas de los vigilantes.

-Acostémonos- suspiró de nuevo ella.

-Muy bien, muy bien- saltó Palleros, que apartado de las brasas, comenzaba a sentir frío en los pies.

Tranquilamente, cada cual se desvistió, depositando en orden los trapos en la silla. Primero ella, a continuación él, los dos se arrebujaron entre las sábanas, de cara a la luz, previa unas cuantas pataditas, a fin de que el cuerpo entrara en calor.

Por un momento brillaron ante la vista de ella, igual que el fuego fatuo en la foscura, escenas bonancibles que soñara años atrás. El anhelo, tanto como el recuerdo de lo vivido, liga los seres a las cosas, y las almas aman la esencia remota de lo inanimado. Aquello que nunca realizara surgía ahora con meridiana claridad. La dicha era la consonancia de dos espíritus, todo reposo, todo respeto, todo calor. ¡Qué hermoso sería andar con ánimo, sentirse llevar en cada beso, en cada palabra, en cada partícula de la naturaleza, como si la naturaleza nos perteneciera! ¡Qué bello sería soñar siempre, siempre, ignorar los oscuros arrebatos, la maldad ajena, no sufrir, porque el dolor mata y en ocasiones rompe los afectos! Pero...

Ese pero , que removía sus entrañas, la apartó de la ensoñación, arrugó su rostro y la puso triste.

-Te veo pálida- murmuró Palleros, que, en realidad, había permanecido hasta entonces con los ojos semiacortinados.

-Es que soy una mujer desgraciada.

-Habla, habla.

-Oye, presta atención.

-Bueno, pero desembucha. Hace tiempo, lo noto, deseas decirme algo.

-Tú no sabes las que he pasado.

-Me lo figuro. Habla, habla sin miedo.

-Bien.

Con pura emoción, relató los sinnúmeros choques de su vida. A medida que hablaba de las afrentas recibidas, de su miseria, de su cansancio, su voz crecía, se ampliaba, con finales que la conmovían hasta hacerla estremecer. Hubo un momento en que Palleros, de verdad impresionado, la interrumpía con trémulas y melifluas exclamaciones:

-¡Pobrecilla, pobrecilla!

De su vida en la fábrica pasó a las relaciones con Bordenave; de ahí a la muerte de su madrastra; en seguida al casamiento con Plano, de cómo la lanzó a girar por la calle y luego la internó. Ansiosa de llegar al final, se olvidó de los pormenores, para quejarse de su situación presente.

Palleros paró las orejas.

-Dime, ¿aun viene por aquí ese hijo de perra?

-No. Al mes, temiendo mis amenazas, desapareció.

Palleros, que desde el principio notó la intención de ella, creyó que ahora era el momento de decidirse.

Con la voluntad en los labios, la invitó:

-¿Deseas redimirte? ¿Me acompañas si te saco de esta porquería?

-¡Oh, oh, oh!

Y la sonrisa de ella parecía ascender como una llamarada.

-Mañana te retiro. Ya verás.

Con su ingénita desenvoltura, le explicó la forma más cómoda. Eva, fuera de sí, se prendió a su cuello y lo besó una y otra vez.

El silencio del lenguaje agotado, se sobrepuso de nuevo.

A causa de la hora y el frío, en el patio no había casi nadie. Apagaron la luz. En brazos uno del otro, al rato se durmieron.

Era tarde de la mañana, cuando Palleros, diciendo: "Vuelvo", se marchó volando para ganar tiempo.

A la par, con el júbilo de quien va emprender un viaje, Eva saltó de la cama y se abrigó. Seguía el frío. Había amanecido lluvioso. En la penumbra somnolienta de la pieza se respiraba un hálito húmedo, que salía de las paredes; un olor a cosa vieja, de ropa sin ventilar; una emanación agria, como de flores secas, que partía de los cajones cerrados; y un tufo de humo lanzado por Palleros en los ratos de un sueño interrumpido. Abrió la ventana, y un centenar de gotas mojaron su rostro, gozando una fresca y agradable sensación. Alrededor de sus pies, en breves minutos el agua brillantó la cera del piso. En seguida entornó la ventana. Coronó la frente sobre el vidrio empañado para contemplar la lluvia, que al vaivén del viento, danzaba en el aire, igual que innumerables y levísimas escamas. Inmóvil, absorta, seguía el giro de un corpúsculo que al caer parpadeaba, y luego se perdía. De éste a otro, como si en ello viera un largo hilo que viniendo de arriba, se deshiciese en grises lentejuelas, hasta desaparecer al dar en la tierra. Imaginó, por una triste asociación de ideas, que esa era su vida, un hilo que se corta, un descenso perpetuo, un desmembramiento de su energía moral, una disyunción de su yo. Al bajar la vista, le llamó la atención la limpia transparencia de la calle. Por contraste, se le ocurrió que aquella agua venía para barrer el lodo, la inmundicia, para arrasar con todo que no fuera natural pureza. Venía para

ella, para lavar la suciedad del camino, para purificar su carne que sirvió de instrumento a dedos chanchos, para desmanchar a todo ella en un baño de gratos efluvios.

-Es agua santa- musitó sonriendo.

Se acordó de la vieja devota, también tan santa, tan buena, tan sin prejuicios. Era miércoles, y quizás no vendría por el tiempo. Ahora que se iba; ahora que de prostituta se convertía en una mujer decente, sí, decente, muy decente, pues que siempre lo había sido, a pesar de sus cabezadas, a pesar de la sociedad honesta que repudia y acusa a las que pecan y no ocultan el pecado; ahora que emprendía la senda libre, anhelaba despedirse, darle las gracias.

Se apartó de la vidriera, y con suma lentitud, revisó la ropería para formar un paquete. El olor agrio que olfateara antes se mezclaba en ese momento con el de la naftalina, cuya bolitas, al arrojarlas escapaban ruidosamente. Revolviendo, halló un retrato. Era la cabeza de la madrastra, hecho poco antes de morir. Enflaquecida, su cara tenía esquinas angulosas, pero había en los ojos una expresión dulce, fuerte y austera.

Apenas lo agarró entre sus manos, prorrumpió convulsa:

-¡Pobre vieja!

A pesar suyo, recordó el mal que ella le había causado al elegirle un hombre de intenciones turbias. Este recuerdo, agrandó todavía la miserable personalidad de Plano. ¡Ah, cuánto lo odiaba!

Y tornó a mirar el retrato. La cabeza surgió más nítida, en todos sus detalles. Bajo la profusa cabellera, de un negro sedoso, el óvalo se recortaba en líneas agudas, tensas, como si en aquel instante la oprimiera un acervo dolor. Las arrugas, a los lados de la boca, decían la pesadumbre de una vida oscura. En la pálida transparencia de las orejas, en la flojedad de los músculos faciales, y sobre todo en la extraña y potente mirada, se adivinaba a un ser que dice su último adiós.

-¡Mamá! ¡Mamá!- exclamó en un grito ahogado.

Y por tercera vez la miró. Ahora le parecía que la muerta le imploraba mudo perdón. Las pupilas fijas y la cándida inmovilidad, eran como una actitud expectante. Sí, la muerta rogaba, suplicaba el humano perdón.

Temblorosamente escondió la cartulina.

-¡Mamá, qué mala que soy contigo!

Le asaltó el recuerdo de los muchachos.

-Enrique, Esteban, Jorge, ¿qué harán?

Interrumpida por un exceso de emoción, se puso a llorar con el desconsuelo de hermana que abandona el nido.

Fuera, la lluvia desgranaba las suaves notas de su silbatina. El reloj del comedor marcó las cuatro. En ese instante oyó un golpe de puerta, y a todo escape llegó al pasillo y se asomó a la barandilla, con la cabeza colgando. En las pisadas reconoció a la vieja devota. Efectivamente, era ella.

-La paz sea contigo, chiquita- masculló, mientras trepaba insegura los escalones.

Con el aplomo secular de vieja criolla, apenas le tendió la mano, tejió una serie de consideraciones sobre el tiempo y la Providencia y la voluntad de Cristo. Eva no escuchaba nada. Un sentimiento de íntima alegría la transportaba a otro mundo. Hasta entonces la idea de que pronto

gozaría independencia, era como un plácido bienestar, como el suspiro del presidiario que aguarda trémulo el sol matutino cuyos rayos inundará de lleno la celda cerrada para él. Mas al ver el rostro dulce e inolvidable de la anciana, al escuchar ese oleaje manso y familiar de las palabras, que oía sin comprender, le pareció que toda su persona crecía, se elevaba, se multiplicaba. Pretendió interrumpirla, zamparle la novedad. Y no podía, embargada por una emoción de dicha. La otra, en tanto, escalaba las cumbres verbalmente. Sus gestos, sus ademanes sucedíanse en rápidas variaciones. Las piernas, como cañas, se arqueaban, primero una, después la otra, transparentando en la angosta pollera, a cada movimiento, el puño de la rodilla. Sobre la floja bata, bailoteaba al desorden una cruz. De tiempo en tiempo, caían de su gorro gotas de agua, que resbalaban por la mejilla izquierda y derecha lo mismo que si fueran tardías lágrimas. Tras el torrente vino la calma, y entonces, como de costumbre, se acomodó en la silla, hojeando el diminuto Evangelio.

-Empecemos.

Eva la acarició sonriente con la mirada y le comunicó lo que le debía comunicar. Aquí era de ver el mecanismo auténtico de la evangelista. Se levantó y con efusión la oprimió contra su escuálido seno.

-Pero, chica, ¿has visto lo que puede Dios? Dios es omnipotente, Dios es el único bienhechor. Estás salvada. No olvides que Nuestro Señor Jesucristo murió por salvar al género humano.

Tomando aliento, después de lamer con la punta de la lengua la fosa palatina, muy inspirada, enmarañó otro discurso, pero sin base lógica, con abundantes citas del libro sagrado, con referencias de parroquiales sacerdotes y alusiones verdinegras contra las filosofías satánicas que ha tratado inútilmente de aminorar la grandeza de la santa religión. Tal en un púlpito, puso los ojillos en blanco, hizo reverencias, saluciones y dobló los brazos en cruz, cubriendo la reliquia de su pecho. A continuación, como si las razones dadas a sí misma ya habían iluminado a su oyente, respiró satisfecha, paladeó de nuevo, y de las disquisiciones acerca de la divina voluntad, se internó en otro no menor laberinto, el de las pasiones humanas. En este punto había perdido su lucidez. Los juicios que vertía aplastó a la vibrante teóloga. Discurrió despacio, a tirones por la ausencia de caudal empírico y todo se redujo a una retahíla de consejos, que resulta ser la única lamparita que temblequea en los antros cerebrales de casi todas las abuelas. Según ella, Eva debía comportarse en adelante como buena cristiana. Debía ser mansa, laboriosa. Debía rehusar el trato con los hombres y debía leer mucho los evangelios.

-Sí, sí, pero no hable alto, que pueden oírnos.

La vieja levantó los hombros.

-¿Quién podrá impedirte?

-Yo no sé.

En ese momento sonaron dos rudos puñetazos.

Eva salió. Era Palleros, revólver en mano, y un oficial de policía amigo suyo.

-Vamos, vamos- ordenó con voz de capitán.

Eva obedeció, cogió la maleta, abrazó a la anciana que temblando se había arrinconado entre la pared y el ropero. Luego bajaron, el oficial delante, en el medio Eva y atrás Palleros, como un verdadero actor esgrimiendo el

arma en el aire.

Eran las cinco. La gente entraba y las mujeres, como el día anterior, corrían a su encuentro. A las voces y risas sucedió un tierno balbuceo de alguien que llora. Todos a un tiempo callaron y todos dirigieron la vista al mismo sitio. Había un silencio trémulo, de pavor y curiosidad.

-¿Te vas, te vas, muchacha? Vení, dame un abrazo.

Repitió la patrona.

Palleros redobló la voz.

-Nadie se mueva, o tiro.

Las compañeras presenciaban la escena recogidas de miedo. Los hombres permanecían absortos. La patrona, abierta de piernas y con las manos en jarra, sostenía:

-Es la única que se marcha sin despedirse. ¡Qué ingrata!

-No, señorita; siga- la detuvo Palleros al notar un movimiento de Eva hacia la izquierda.

La evangelista, desde la barandilla, lo increpó:

-¡Perdulario, perverso, malvado! Conozco tu traza.

Y entre el adiós a coro de las internas, las desilusiones maternas de la patrona y los anatemas un poco embrollados, con mucho de amor propio, de la evangelista, enfilaron por el zaguán a la deshilada, como personajes de sainetes al bajarse el telón.

En la calle aguardaba un automóvil.

La lluvia proseguía, cayendo fina y rumorosa como a la mañana.

Una luz lívida acentuaba la penumbra de los seres y las cosas. Sobre las paredes polvorientas, el velo de la humedad desaparecía en la sombra del crepúsculo. Las baldosas, con la mojadura del otoñal rocío, tenían un centelleo viscoso. De las cocinas partían un crepitar de leña, llamaradas amarillas y azules, y luego un humo que se espesaba y corría lento, informe, agazapado, por decirlo así, como por abrirse paso ante la gravidez de la atmósfera. Los ruidos de las caserolas, de los platos comenzaron a mezclarse con las voces y el ir y venir de los vecinos. La noche se acercaba. El gorjeo de los pájaros sonaba tembloroso y contenido. En las piezas se encendían las luces, que al traspasar el patio, hacía olvidar por un minuto la realidad neblinosa y fea.

Extenuados entraban los que volvían del trabajo, saludando sin mirar y con ese desgano de gente egoísta, torpe, embrutecida por la sumisión a todo lo que oprime, a todo lo que ata, a todo lo que envenena la existencia del hombre. Primero pasó Miguelín, con las manos en los bolsillos, la cabeza de búfalo gacha y la gorra hasta la oreja; enseguida Castro, con su eterna jeta de ingenuo; después el francés del fondo, siempre borracho, siempre abarrigado y siempre con su andar de hembra embarazada. A poco apareció el sastre, amable, silencioso, escurriéndose sigilosamente como si hubiera faltado a alguien; y tras él el manco vendedor de billetes, y Carola, esbelta, sonrosada.

Cuando Carola estuvo dentro del cuarto, encendida la lamparilla eléctrica, arrojó el paquete sobre la cama, sentóse a horcajadas sobre una silla, y así quedó, algo extática, en una inmovilidad de aparente placidez. De cuando en cuando lanzaba un suspiro denso, largo, o hacía bailotear sus dedos, gordos y atornillados, por encima de las mejillas. El suave

chasquido que producía la piel, llegó a distraerla. Daba notas breves, más o menos claras, que a ella se le antojaban el roce de la seda, el sonido de dos labios pasionales, el martilleo de un revólver vacío. Llevada de sorpresa en sorpresa, ensayó un tango. No le salía. Sin embargo halló un recurso que lo aprovechó al punto. Oyéndose a sí misma, cantó a media voz la milonga, al compás de los dedos que punteaban la carne como si fuera un teclado. Al mismo tiempo sonreía, sonreía voluptuosa, picarescamente. Al llegar a la segunda parte, había perdido el ritmo de la música. Este pormenor la movió a risa, hasta que subiendo de tono se convirtió en una risa loca, desencuadrada. Con transición brusca de epiléptica, tornóse adusta, dibujándose en las cejas un encorvamiento expresivo. Se restregó los ojos, sus ojos negros, grandes e inquietos. Luego irguió el torso, se levantó, preparó la mesa, engullendo a duras penas unas frituras, restos del mediodía. No sentía apetito. Cuando uno almuerza sin compañía, generalmente apura el bocado temeroso de ahogarse.

Así, pasando de una cosa a otra, dismanteló la mesa, barrió el suelo, fue y regresó de la cocina, puso en orden las pequeñas chucherías que llenan el vacío de las mujeres, y alistó la ropa para la costura. Delante suyo, se alzaba una montaña de batones y blusas de todos los tamaños, que ella debía de entregar cuanto antes, no sólo por el aporte de las pocas monedas, sino porque le habían dicho: "Para mañana." ¡Ah, eran cochinos esos comerciantes! Había que reverenciarles, sonreírles y aguantarles a menudo un pobrísimo y repudiable chiste, anticipado de otros peores. Y cuidado, pues los muy zánganos apelaban al tono seco, feudal, para hacer un reparo, imponer una multa o rechazar la costura. Trabajar a destajo era consumirse, pero había que vivir, cosa que el mundo entero sabe, incluso el que no trabaja.

Y empezó la tarea. El resplandor de la luz heríala de frente, avivando los reflejos de sus cabellos castaños. La máquina zumbaba en su oído un disorde rum, rum. La tela pasaba bajo la aguja, trazando curvas, círculos, rayas rectas apenas perceptibles. Sus pies, sobre el pedal, parecían electrizados y subían y bajaban con rapidez vertiginosa, estremeciendo su cuerpo. Dentro de la bata, movíanse agitados los senos, y sus manos, blancas, sedosas, corrían serpenteando, como movidas por extraños resortes.

Poco a poco, aquellos fragmentos se unían, adquirían contornos, redondeces.

Listo uno, pasó a otro, luego a otro y otro más, sin darse tregua, sin enderezar la espalda, sin proferir una queja, aceptando ese suplicio necesario, que era el suicidio lento de los que anhelan aplacar las necesidades, las tremendas necesidades de la vida.

Carne y hueso como era, al fin tuvo que interrumpirse. En torno suyo reinaba el silencio. Sólo se oía de cuando en cuando un estrépito de puertas, seguido de pasos que avanzaban precipitados.

Era tarde, y él no volvía. Bastante nerviosa, no podía estarse quieta.

Paseó varias veces alrededor del cuarto, dirigiendo otras tantas la vista al reloj. Por el continuo mirar, los minutos sucedíanse tardos, la espera le resultaba larga. Quiso aguardarle en la calle y salió afuera. Pero las tinieblas del patio la amedrentaron. Retrocedió y entró de nuevo.

Entonces se echó en el lecho, vestida, y boca arriba. Le dolía la espina

dorsal y los huesos del antebrazo. Sentía un acre sabor en la boca, mas ella no iría, no, en busca de agua, aunque muriera de sed. Era el miedo, el miedo de verse sola, el miedo al miedo. A pesar de la fatiga, no quería rendirse al sueño. Y entabló una lucha contra ella misma, lucha ingenua de niña que piensa en los fantasmas, en los ladrones, en los animales horripilosos. Sus párpados se abrían y cerraban, pasando de la vigilia al entresueño, de la percepción a la no percepción, de la vida al letargo. Como atravesara rápidamente de un estado a otro, acaso por un comienzo de fiebre, ya no veía ni con los ojos abiertos. Reducidos, los objetos danzaban cerca suyo, como centenares de lucecitas que hacían guiños, saludos y muecas.

De improviso hirió el silencio un ronco grito, apenas articulado, que la sacudió con violencia, arrancándole un emocionante ¡ay!

-¡Qué tonta soy!- se dijo, y se abandonó a la risa, cuando oyó a la mujer de la pieza continua que llamaba por segunda vez: ¡Eh, chiquilín, despierta! No duermas del lado izquierdo.

Cinco minutos después, Palleros hacía su entrada triunfal.

-¿Por qué lloras, Carola?

Y añadió sonriente, halagado en su pequeño orgullo de hombre:

-No llores, Carola.

Le sobraban razones para prolongar la ausencia. Primero, ir a la vivienda de la madre enferma, que exigía cuidados, y cenar con ella, como siempre. Luego tuvo que correr casa por casa, a fin de que los muchachos acudieran al ensayo. De allí encaminarse todos al salón. ¡Oh, qué noche de rabieta! Nadie sabía su papel. El, director, páter espiritual del cuadro filodramático Gloria Artística, no iba a permitir, ¡eso nunca!, que tergiversaran el sentido de cada escena, el carácter, la mímica, la voz y los ademanes apropiados a cada personaje. El teatro era la grada superior desde la cual el actor dominaba a las muchedumbres expectantes. Mas los suyos no tenían sangre arterial. Carecían en absoluto, ¡pobrecitos!, del poder interpretativo y creador. En la calle, eso sí, emulaban a Talma, y quien más quien menos, todos se atrevían a representar "Los muertos", "Los espectros", "Los intereses creados". Bien les decía él, de suaves maneras, claro: Hay que ser modesto y no pedante; estudiar mucho; leer por entero el teatro español, desde López a Bretón de los Herreros, de éste a Echegaray, y más que nada, aprenderse íntegro el vocabulario de la lengua madre. No obstante, ya veía ella en un futuro cercano el triunfo de su petit compañía. ¡Oh, el público y la crítica pronunciarían gozosos el nombre de Manuel Palleros!

-¿A tí te gustaría, eh?

-Siempre el mismo- repuso, con un gesto que exteriorizaba profundo desencanto.

Poco penetrador de las frases sutiles, no sospechó la intención de ella. El concubinato era para él una función complementaria del comer y del dormir. Nada más. La creía una masa blanduzca, una mujer simplota, vasalla, determinada por la naturaleza y las circunstancias a la resignación; la creía un ser de medianos alcances, incapaz de liberar y gobernarse a sí misma; la creía tan inexperta en las cosas de la vida, que a no mediar sus consejos sesudos, andaría a tropezones como los borrachos.

Por otra parte, gracias a él, ya no era, desde hacía dos años, la mujer apaleada, envilecida en los feos rincones del vicio, causa ésta que le impulsaba a tratarla con afectada complacencia, y en ocasiones con cierto desparpajo de hombre egoístamente bienhechor.

Pero ella seguía sufriendo igual que antes.

Y cerró los ojos con ganas de no abrirlos nunca, pues sólo en la muerte veía la senda de la redención.

Agosto 1919.

EL VECCHIO

Fuerza es confesarlo, cuando lo vi tendido sobre la helada baldosa, panza arriba y con la boca abierta, en torno de la cual zumbaba una mosca, me invadió un sentimiento tan fuerte de repulsión, que oculté los ojos, atónito, tremante, colérico.

Dormía, y yo me aparté de allí con el mismo asco que si hallara de repente un cadáver a mis pies.

A la mañana volví al húmedo tabuco que servía de cocina. Aun dormía y en idéntica postura. Era viejo, barbudo, metido en carnes, y vestía trapos sucios. Tenía también la cara sucia, las manos sucias y los botines sucios. Su pecho globular ascendía y descendía penosamente, con broncos percutidos. En su interior fermentaba la fatiga asmática, una sorda y monótona quejumbre de carretón que rechina. La mandíbula, al abrirse, permitía ver los dientes enteros de amarillenta pátina. A cada minuto lanzaba un ronquido de cerdo, como rezongando por los azotes del adverso destino.

No era un borracho que erró el rumbo, como había supuesto la noche antes. Un borracho cuenta con algo, y ese no contaba con nada.

Un viento crudo de agosto entraba por la abertura sin puerta, abanicando las diminutas cacerolas de las paredes.

De pronto intentó despatarrarse. Puso las rodillas en puntas, se encogió, alargó los brazos y abrió los párpados. Recién pude observar sus ojillos azules y vidriosos de niño. Bajo las escasas cejas y en medio de las ralas pestañas, sus pupilas relampaguearon y las enderezó hacia mí como interrogándome compasivamente.

-No molesta.

-La vida es bruta, hijo mío.

-Bastante.

Se levantó, encendió la pipa y con doméstica parsimonia agarró una escoba y empezó a barrer. Yo lo contemplé, sonriendo para mis adentros. Era un barrido ultraminucioso, de pura complacencia. Se detenía en los hoyuelos, en las junturas, en los rincones. Retocaba el mismo sitio con excesivo amor propio, doblando el torso hacia adelante. Ladino y obligado, yo repetía sus movimientos a manera de indómito capataz. Después repasó un trapo y alineó la tachería de la mesa. Ya reinaba el orden.

A causa del traqueteo, sus mofletes se empastaron de carmín, que a la lívida claridad de la mañana sin sol, brillaban como claveles. Y eso en un

ser decrepito, asmático, lleno de harapos, de grasa, de barro, que imploraba la caridad de un pan y un lugar donde hubiese techo. ¡Cuántos jóvenes, junto a la estufa, en mejores climas, y en condiciones más ventajosas, languidecían pasando al silencio de la ulterior vida! Pero ninguno es culpable de su dicha o infelicidad.

Tomó asiento y prosiguió lanzando humo. Las bocanadas venían hacia mí en rachas azules, de un picante olor a tabaco ordinario. Saboreaba las delicias de su fumatina, y de cuando en cuando metía los dedos en el hueco de la madera, oprimía las hebras y dale que dale. Con sus ojos inmóviles, su tez curtida, sus manos enormes, nudosas, en una actitud pétrea, parecía un marino que añorara borrascosas peripecias. Mas no. A poco de examinarlo, reaparecían los vagos contornos de una mocedad sensorial, satisfecha, seguida de la madurez astuta y conservadora, para aferrarse, tirar adelante y arribar a las últimas etapas de la montaña que conduce al abismo. Tendría setenta años. Su vida, sin duda, había transcurrido serena, husmeando pucheros, mirando con voluptuosa estupidez las cosas vulgares, los simples acontecimientos, manteniéndose en un rudimentario equilibrio, hasta que un día dio algún porrazo, se encontró solo y se abandonó.

-Yo vine aquí, ¿comprende?, porque me trajo su hermano el grande, el más alto. El me conoce; soy una persona buena, educada y me da vergüenza. ¡Qué dirá su honorable familia!...¡ah, ah!

Meneó la cabeza de cabellos grises y continuó hablando en un italiano mal vertido al español. Su voz opaca tenía un acento lastimero y suplicante. Todo se reducía a su sincero, a su eterno reconocimiento por una hospitalidad, para mí absurda y mezquina. Ya me impacientaba de veras tanta cortesanía, no siendo él, sino yo el agraciado, cuando con un característico ademán me indicó que se marchaba.

Sin embargo, lo invité: vuelva esta noche.

Y entre gracias e inclinaciones, salió del escondrijo, traspuso el umbral, y casi al trote echó por Esmeralda arriba.

Como empujado por el viento, yo corrí en pos suyo hasta la puerta.

Desde lejos volvió la cabeza y agitó el sombrero hongo en el aire.

A partir de entonces, venía todas las noches. Engullía primero la comida que se le dejaba en el fuego, y después tendíase sobre el improvisado jergón.

El vecchio, como le llamábamos cariñosamente, se convirtió con el tiempo en un ser familiar. Los chicos de la casa iban a su encuentro, y él los divertía sólo con mirarlos. En los demás había despertado un sentimiento de compasión risueña. Pues era alegre, chistoso y amigo del canto. Muchas veces, en horas aciagas, con su voz gruesa sacudía los ánimos entristecidos:

Yo soy una española
que sostengo la parola,
y si él fuese un traidor,
le apuñalo el corazón.

Y así otras canciones que resultaban risibles.

A mí me repetía:

-¡Eh, levanta la cabeza! No hay por qué estar triste.

De vez en cuando le alargaba una moneda para tabaco.

-Deja; guárdala- decía.

Y sin darme tiempo a insistir, la atrapaba, agregando en bromas, pero a manera de reproche:

-Tú, sí que eres dichoso. Posees dinero y comodidad. La comodidad es todo, ¡qué más deseas! Caro mío, eres dichoso y siempre te veo con la cara oscura. ¡Bah, bah!

Yo le significaba mi nihilismo encogiéndome de hombros.

¡Dichoso! A la verdad, él era dichoso. Había perdido la mujer; los hijos, ya hombres, rehuían su presencia; dormía mal, vestía mal, comía mal; y no obstante, a cada rato cantando, riendo, bailando una tarantela, tan ajeno al dolor ajeno, tan lejos de sí mismo, que parecía un muñeco en perpetua agitación.

Su oculto encono, mezcla de adulonería y agrio despecho, lo exteriorizaba por fútiles motivos.

Durante el verano, nos reuníamos tarde a tarde en la plaza San Martín.

Allí charlábamos de lo lindo sobre la caza y la pesca; sobre las sirvientas e institutrices próximas a nosotros. Mi contemplación platónica, a veces contemplación de lástima por esas infelices mujeres que pasean hijos de otros, y no los suyos, porque resulta difícil tenerlos o acaso porque quedaron en la negra covacha, le arrancaban frases zumbonas y plenas carcajadas que ponían en contraste mi rígida juventud escéptica, y la de él, tenoril, seduciendo aquí una, allá otra, y corrido en todas partes por padres, hermanos y esposos.

En ocasiones me sorprendía leyendo en un banco a la sombra.

-¡Tira ese libro! Camina, mueve la sangre. ¡Te vas a morir!

Invariablemente, yo me encogía de hombros. Sin embargo, a pesar de todo, mantenía fija la atención en aquello que pudiera interesarle. Le arreglaba el ropaje de abrigo, encendía más carbón y me consideraba oportuno las veces que le ofrecía veinte centavos.

Una noche del invierno siguiente acudí presuroso al tabuco, atraído por una gritería infernal. En el suelo distinguí al vecchio con los pelos en puntas y bramando de odio, que golpeaba con los puños a un muchacho. Me costó separarlos. Ambos rugían, pateaban, se insultaban.

Hubo un silencio.

Me miraron a la par. Por los entreabiertos labios del muchacho aflucía la sangre en copos densos, se agolpaban en el mentón, descendiendo como un grueso y fosforescente hilo. Tenía el rostro chupado y expresión enferma que delataba hambre, insomnio y algo más. Sus ojeras, hondas y violáceas, destacaban todavía la palidez mate de la piel. Su cara tristonca ofrecía ciertas vaguedades que lo asemejaban tanto a un payaso como a una señorita. Solamente en el habla había fuerza varonil.

-Este es un ladrón- saltó el viejo.- Me robó la comida.

-¡Macanas! Su hermano me trajo a dormir y él quiso echarme.

El viejo mentía. La cacerola estaba intacta en el fuego.

-Déjelo- insinué.

-Dígame- me inquirió el vecchio en tercera persona: -¿quién manda más: usted o su hermano?

-Ninguno.

-¿Cómo, ninguno? Usted manda más.

-Aquí nadie manda, ¡y basta!

El otro batió palmas.

-Vea; yo no molesto. Sobra sitio. Es un crápula, un egoísta.

Me alejé, condolido de que la moral humana fuera tan baja.

La misma escena se repitió varias noches. Cada cual sostenía su derecho,

hasta que el viejo se impuso y el travieso tornó a casa de sus padres.

Como era invierno, el viejo se encontraba solo. Nadie salía a su

encuentro, y yo, a la verdad, aparecía de raro en raro. El frío, el

involuntario abandono, el deseo siempre frustrado de comunicarse o quizás

mi razonada indiferencia ante su animalesca bravura con el muchacho,

acrecentaron la hostilidad que latía en su pecho. Al entrar, de noche, y

no hallar un alma a su paso, empezaba a maldecir a voz en grito, para que

lo oyeran, contra las clases pudientes, olvidando que vivía en un

destartalado caserón, con piezas a los lados como calabozos.

-¡Dónde está la gente!- le escuché exclamar en cierta ocasión, pateando la tinaja de la canilla.

-Suspira, bosteza, duerme, descansa- contesté con el pensamiento, desde lejos.

Hecho una furia, insistió:

-¡Pero dónde está la gente, miseria de miseria! ¿Se puede saber?

¡Contesten!

Por única respuesta, oyó el eco de su voz sepultarse en el silencio.

-Pobre viejo- me dije. -El aislamiento lo mata. La soledad es para los hombres cerebrales.

Y a él, la cesación de ruido le oprimía el corazón, la garganta y los tímpanos. No le importaba tiritar en la inclemencia, con tal de sentirse en compañía de otro, fuese quien fuese, así un adulto, un niño, o el gato de la casa. Hablar, hablar y hablar: he ahí la terrible imposición, el eterno mandato.

Días después, un anochecer, permanecíamos sentados uno cerca del otro, en un banco de la desierta plaza. Todo era triste, gris, frío. Monumentales

nubes, muy negras, y con rasgaduras cenicientas, manchaban ásperamente el

cercano horizonte. Los árboles, en hileras, convulsionados por el viento,

temblaban, gemían, silbaban con estridentes silbidos de innumerables

latigazos. El longevo árbol, cuya enorme y creciente sombra cubría las

nuestras, minúsculas y encogidas, se estremecía a ratos en la parte más

alta, bramaba en las tensas braquideas, y a impulsos pesados roncaban

todas sus fibras de armazón ciclópea. Los pájaros no entonaban los

arrullos de sus vespertinas pastorales. En la obscuridad, las líneas

desaparecían y los caminos se acortaban. En el centro del paseo, la férrea

silueta galopadora de San Martín, resaltaba en la atmósfera plomiza. El

guardián iba y venía. Con su capote, la gorra hasta los ojos, las manos

atrás sosteniendo el bastón, daba la impresión de un raro, de un loco.

No había paseantes. Los bancos vacíos aumentaban la sensación de invierno.

Los bancos desocupados contristan a veces. A esa hora y en esa

circunstancia, me embargaron el corazón. Allí, durante el día, se acomodó

uno, otro, otro. Luego se fueron. Y los bancos continúan mudos, clavados,

hundidos en la tierra y en la oscuridad. En los hospitales sería lo mismo.

De tarde, lo ocuparían los enfermos, y luego, recogidos en el lecho, desde

un rincón penumbroso, volverían a verlos al través de los ventanales, inmóviles, vacíos, envueltos en bruma, allá en un recodo del jardín, mientras sus cerebros gastados, vacíos también, se llenarían de humo, de gases, de fiebre, avivando el temor a la muerte. Sí, para muchos la plaza es un hospital al aire libre.

El paisaje había provocado en mí un sentimiento de belleza trágica. Yo expectoraba de vez en cuando, y eso mucho influía. El viejo, recostada la nuca contra la palma, dirigía tranquilo la vista a las ventanas iluminadas del hotel cercano. El humo de la cocina, voluminoso y extenso, culebreaba avanzando amenazador como otra nube en el espacio, nube mezquina, grosera y fea, que al no poder subir, lamía las techumbres y los rascacielos. En la cara del vecchio se reflejaba el deseo, y al mismo tiempo, la muda ira del sacrificado.

Me puse en pie, y mi cómodo amigo hizo un mohín de enojo.

-Me voy. Tengo un resfrío...

-Quédate.

-No, no; vamos. Estoy helado.

-Siéntate otro rato, ¡por favor!

-¡Qué esperanza! ¿Quieres que me empeore?

-Bueno, anda. Yo no voy. Me encuentro bien aquí. Total...

Y siguió refunfuñando: ¡otra vez solo!, ¡qué país éste!, ¡todos son tuberculosos! Otra vez solo, yo no sé, yo no sé.

Lo saludé, sin ser respondido, y nuevamente quedó absorto en las rosadas luces de las ventanas.

Esa noche, por una omisión involuntaria, no dejamos en su mesa los cubiertos.

-¡Caramba!- vociferó. -¿Con qué como la sopa? ¡Qué abandono! ¡Qué barbaridad! ¡Caramba, caramba! Parece mentira. Y ese tísico, ¿qué hace? ¿Bebe leche caliente con coñac?

Yo, en la cama, leía.

A la mañana noté que no había tocado la comida. La noche posterior y las siguientes lo mismo: estaba intacta.

Y un día desapareció, con gran sorpresa de todos.

LA NOTICIA

Al dulce compañero Martín Ponce de León (hijo)

Era una mañana serena de verano. Por la pared del fondo bajaba una luz cálida que, poco a poco se iba agrandando, hasta llegar al suelo, siguiendo su trayectoria a lo largo de las puertas.

Recomenzaba la vida vulgar y cotidiana. De sus escondrijos salían las gentes de pasta común, yendo a paso lento y distinto; paso amortiguado y perceptible a causa de la hora. Las mujeres iban y volvían de la pileta, con el cabello en desorden, la vista entontecida y la pollera puesta como al desgano. Algunos pequeños reían, viendo que el más pequeño hacía volcar encima del pantalón la sopa de café con leche. De cuando en cuando se oía el saludo, rápido y sonante, de alguien que marchaba a sus ocupaciones. En el primer patio prevalecía la calma. Las persianas aún no se abrían; y

sólo en la entrada había dos jóvenes vestidas de negro, de un negro tan espeso, tan siniestro y voluminoso, que ambos manchones resaltaban pavorosamente en el esplendor matinal. Una era alta, delgada, ondulante y se llamaba Malvida. La otra, Palma, era algo redonda, de menor edad, y tenía ojos gruesos, salidos y enigmáticos.

En ese instante, la presencia del cartero produjo una impresión brusca, de sorpresa al principio, y en seguida de temor. Traía un aviso telegráfico.

A la par corrieron a su encuentro y tornaron corriendo al cuarto. Malvida no osaba desdoblar el papel, temblando como una máquina eléctrica. Su cara se descompuso. Una turbia palidez sucedió a la expresión natural. La otra miraba hinchados los párpados.

-¿Qué será? -parecieron interrogarse mudamente.

Siempre temblando, lo abrió al fin, leyendo con un fuerte acento trágico:

"Anoche murió Marta. Antes de expirar, dijo: recuerdos a las muchachas."

Con los puños en tensión, exclamó tres veces Marta, Marta, Marta, y alargando los brazos hacia arriba, los dejó caer en los hombros de la hermana.

La casa se llenó de gritos. Era un torrente de vivo llanto, una tempestad de agudos dolores, una explosión de quejas que se amplificaban cada vez más. Habían abierto todas las válvulas del dolor y los sonidos semejabán furiosas olas que venían de muy dentro, de una caverna infernal. La vibrante cuerda de Malvida crecía, palpitaba en el aire, repercutía a lo lejos. A cada estallido, a cada descarga de las potencias de sus fibras, el lamento subía intenso, aflictivo, amargo, desgarrador, y luego, como una nota que muere, descendía con finas modulaciones que parecían tragarlas el piso. El tono de Palmira corría extraño y enloquecedor.

A los primeros gritos, saltaron de la cama los varones, cruzando el patio a todo escape, uno en pos del otro. Y entonces los cinco hermanos dieron rienda suelta a la humana desesperación. El sentimiento de una pérdida tan cara, siempre temida y siempre imprevista, la consiguiente noción de un vacío más en la existencia, la pena de no poder salvar la distancia, de no poder verla, abrazarla y acompañarla hasta el postrero lecho, los unía en un solo, universal dolor. Aquella era una realidad dramática. Los cuerpos se estremecían con epilépticos ademanes y macabras gesticulaciones. Como si el piso fuera a hundirse, como si la pieza tambaleara y no encontraran un punto de apoyo, andaban de aquí para allí, sin ver, sin comprender, sin propósito alguno. Las mujeres, incontenibles, tropezaban con las sillas, con la mesa, con el aparador. Recostaban la ardorosa sien sobre algo y después se dirigían a otro sitio. Y siempre así. El mayor de los varones seguía los pasos de las hermanas, rogando, suplicando a éstas aplacaran por un momento la tempestad de sus almas, y al notar el efecto contrario de su absurda insistencia, la sin razón de su lógica, pues él mismo no era otra cosa que un aguijón trágico, se apartaba de ellas para llorar con fiero desconsuelo. El segundo había interrumpido el llanto. Permanecía sentado, con una mano en la frente y la otra sobre el pecho izquierdo. Junto a una flojedad total, sentía el corazón opreso por un dolor árido. El menor gemía despacio, blandamente.

Fuera, el resplandor de un sol quemante iluminaba de alegría la casa. Las cadenciosas notas de un canario alternaban, a ratos, con el arrullo monocorde y dulce de un pájaro ratonero. Los vendedores se detenían ante

los umbrales, ofreciendo a media voz el género o la fruta. Dos chicos mordían lentamente, por turno, la carne sanguinolenta de una ciruela. Una mujer, desgredada, sucia, con un trapo blanco adosado al cráneo, golpeaba la ropa contra la tabla, salpicándose de espumas, mientras reía maligna en un visible deseo de provocación. En el primer patio, dos mujeres miraban torciendo el cuello, sin aproximarse, como si hubiese una guarida de lobos. Cerca de allí, un viejo, con el chambergo hasta las cejas y en mangas de camisa leía serio, tranquilo, indiferente las cuantiosas informaciones de diarios atrasados. Más distante, había algunas personas que comentaban, lamentándose de veras, la reciente desgracia. Hacía calor y la claridad progresiva inundaba más en penumbra el cuarto. Contraste horrible. Como una muralla, el zaguán cortaba la luz, que al hacerse refleja ensombrecía el cuarto oscuro de suyo. Por ese motivo encendieron la lámpara eléctrica. Ahora los rostros húmedos de lágrimas, tenían un brillo aceitoso. Los párpados del segundo y también los de Palma parecían agrandarse y avanzar asustadizos. Palma empezó a quejarse del corazón. Se echó en el lecho, ocultó el perfil en la almohada, ahogándose de continuo. Medio dormida, movía los labios igual que si rezara. Y cuando creía que iba a dormirse, experimentaba un sacudón y de nuevo volvía al llanto, a un llanto cortado, quejumbroso, descompuesto; a un llanto que si no moría en la garganta, difícilmente traspasaba el reducido ámbito. En cambio, Malvida, no resistía al avance torrencial. Era la suya una cuerda demasiado sensible. A veces, se restregaba los ojos con el pañuelo y repetía la misma frase: ¡pobre Marta! Luego dale que dale llorar. El mundo no existía para ella, el sol no refulgía para ella. Ya nadie podría contenerla ni nadie podría consolar su espíritu. Un abismo se abría a sus pies y era imposible eludir la sombra amenazadora de la tétrica profundidad.

Resignarse, cosa difícil. La vida era una serie inacabable de decepciones y se necesitaba ser un poco tonto para considerarse del todo feliz. La miseria, aún la relativa miseria, siempre acarrea innúmeros trastornos. Tal les ocurría a ellos. Por lo tanto ¿cómo aceptarían la vana ciencia religiosa, que aconseja santa resignación, paz de alma, prudencia estoica? ¿Cómo decir que la naturaleza era justa, porque se nace para morir, si la misma naturaleza ha dotado a los seres de nervios, de fibras, de imaginación? ¡No, no había razones para arrebatarla siendo joven, siendo bella, siendo buena, siendo madre!

-Marta, Marta- plañía la canción de su angustia, de su eterna angustia. Después de mediodía, los dos menores se largaron a la calle. El otro, mudo, tético, aplastado en su asiento, liaba cigarrillos, fumando sin interrupción y a grandes pitadas que se deshacían en borrones azules. Bajo la frente amplia, sus ojos llorosos expresaban intensa inquietud. En apariencia inmóvil, notábase el poderoso esfuerzo de quien herido hasta las entrañas, anhela ocultar sus convulsiones. Intento inútil, tanto más inútil cuanto mayor era su resistencia al mal. A él le correspondía serenar a los otros, y él, contradiciéndose, complicándose despertaba de su mutismo y le decía a Malvida:

-También, para sufrir así...

Pero luego, seguro de que había hablado sin ton ni son, exclamó con profunda rabia:

-Esto lo subleva a uno, es como un crimen. Y a pesar suyo, tirante de nervios, anduvo por espacio de una hora dando vueltas alrededor del cuarto, como queriendo echarlo todo a rodar.

Palma, de carácter sereno, se había levantado, y sobre la silla quedó tiesa, firme, tal una esfinge, mientras la hermana sostenía en sus brazos al hijo último de la muerta. Únicamente el pequeño, de un año apenas, no quedaba quieto ni un minuto. El rosa vivo de sus cachetes, el cuello carnoso y las manos gordas decían de un brote sano. El niño pretendía gritar, agitarse, regañando con manotones a la tía sentimental, que en forma tierna, exquisita buscaba el contacto permanente de su cálida mejilla.

Estaba cansada, y no obstante, mantenía en el regazo al niño. La actividad explosiva que desplegara durante la mañana, el mediodía y parte de la tarde, la habían postrado totalmente.

Ese instante de tregua bastó para recogerse en sí misma. Se concentró en los recuerdos, hasta entonces truncos, borrosos. La imagen de la muerta surgía ahora con nítidos contornos, igual que si la tuviera a su lado. Y recordó, recordó muchas cosas. Había sido una hermana buena y dulce. Todo sentimiento, todo recato, todo interior. El velo santo de la tristeza se reflejaba en sus bellos ojos límpidos y claros. Era blanca como un lirio. Sus manos rosadas y con líneas de un azul tenue, caían a menudo sobre la falda en un lánguido abandono. Amaba el silencio, la contemplación y las flores. Las flores, principalmente, constituían para ella el sumo encanto de la vida. Entre todas, prefería las violetas, por su coloración firme, por el perfume raro y sutil, por ese poder de absorción que espiritualiza los sentidos. ¡Oh, las violetas, las violetas! ¡Cuántas veces el ramo de violetas, según le confesara, sumía en éxtasis su espíritu, sediento de romanticismo, haciéndola olvidar un disgusto, una congoja! Cuando frescas en el vaso de la mesa atraían su vista, sentía una suave embriaguez, una sensación particular, evocadora de momentos ideales, de otoños húmedos, de tardes calladas y noches blancas de ensoñaciones puras; y cuando en el desmayo, al marchitarse, se torcían hacia abajo como puntos interrogativos, despertaban en su alma sentimientos estéticamente piadosos.

Los días de su existencia deslizábanse mansos como agua de un arroyo, y a veces, se traslucía en su rostro una sonrisa juvenil, amable y resplandeciente como rayo de sol. Era joven cuando contrajo matrimonio. En los primeros años todo iba bien, pero vinieron los hijos, uno, luego otro y luego otro; y ella palidecía, enflaquecía, porque hacer hijos es la ruina de algunas madres. Ensayó un cambio de régimen, se sometió a diversos tratamientos, mas en vano. Un día partió a un pueblo distante. Allí se respiraba el aire abierto del campo. Notó una leve mejoría. Cuestión de semanas, y tal vez su organismo reaccionaría por completo. Dura experiencia que no pudo resistir. La embargaba una enorme pesadumbre, sentía un total vacío interno y de las cosas inmediatas, que hubo un momento creyó hallarse sola en el mundo. Así le declaró a su esposo en cartas breves y tristes. Deseaba ver a él, a sus hijos, a su familia. Ultimamente, ya en los límites de la desesperación, estampó estas palabras: "Ven a buscarme pronto. Aquí me muero", y más abajo, añadía: "me encuentro muy sola, sola como un árbol en la interminable llanura".

Y se vino.

Transcurrió todavía otro tiempo. Por esa fecha murió el padre. Estaba embarazada y el instinto materno hizo que considerara inmoral, el consejo lógico, científico del médico. Contra la voluntad de éste y de su cónyuge, tuvo el hijo. En el mismo mes expiraba el padre de ella, nació el varón y se le declaró la enfermedad.

El decaimiento aumentaba. Tras nuevas insistencias, lograron convencerla de ir a otro sitio. Marta presentía su fin y aceptó como una última prueba.

La tarde de la partida acompañaron a Marta, ella, su esposo, el segundo de los muchachos, la madre y dos hijos.

Era un día luminoso, y en el puerto surcaban las aguas doradas algunas lanchas. Varios buques brillaban con refulgencias de bronce. Las nubes, en flecos algodonosos, se teñían de ámbar, de rosa, de azul, de gris. En columnas gigantes ascendía el humo de las chimeneas, y a cada rato, rompía la calma un silbido corto y ronco, o largo y estridente.

Subieron al barco. Marta clavó la vista a una gabarra próxima con diminuta chimenea de cuya boca salían telitas grises y espirales negras que esparcían un agradable olor a leña quemada. Alrededor de la mesa, cinco hombres rojizos, nervudos, mordían el pan, masticaban el guisante y levantando el porrón, abrían la boca para mojarla con un chorro de vino. Esa sencilla escena tenía su parte poética. Era una égloga marina, pintoresca y sencilla.

-¡Qué felices son!- suspiró Marta.

Y se puso a gemir, oprimiendo entre sus temblorosas y pálidas manos un ramillete de violetas.

-¿Qué tienes? Cálmate. Allá sanarás- exclamó el muchacho.

-No, no. Yo me moriré. Estoy segura.

Entonces, ella se interpuso:

-Es un principio de anemia, nada más.

-¡El qué! Anemia, anemia.

Calló y sonrió a un tiempo: púsose seria y mirando la lejanía crepuscular, dijo lo que seguramente no quería decir por ese característico amor propio de los enfermos:

-Pero si soy tísica.

Esforzó una débil sonrisa de aparente indiferencia. Los demás enmudecieron. Después de los abrazos y sollozos mal contenidos, aflojaron las amarras y el barco emprendió la marcha precedido de un remolcador. En la popa, la madre y el esposo permanecían inmóviles. Los pequeños extendían los brazos, riendo de contento. Marta enarbolaba dramáticamente el pañuelo. La luz del sol hería sus ojos. Puso ante los ojos las inseparables flores y siguió saludando con el trapo blanco, pero ahora sin efusión, sin vigor, sin ganas.

Efectivamente, era la postrera despedida.

A través de los vidrios, veíase el patio llenarse de sombra. Palma dormía en la silla, con los brazos en cruz y la mandíbula adherida al pecho. El muchacho proseguía silencioso e inquieto, y Malvida empapaba la frente con vinagre, sorprendida de que ya fuese noche.

EL CASTIGO

Nina era fea, petiza, rechoncha. Tenía cabellera abundante y pecas en la cara, dientes anchos y nariz gruesa, ojeras pálidas y ojos cargados de malicia, de deseo. Chapurreba un francés callejero y festivo, y conocía ciertas casas de huéspedes en las que hombres y mujeres fuman, charlan, gritan, beben. La madre la solía llevar para los trasiegos de la cocina, evitando en esa forma la promiscuidad, ya que la niña gustaba ir a los biógrafos, jugar a la rayuela con gente de pantalones, tocar el timbre de las puertas señoriales, y en ausencia del portero, subir en ascensor hasta el último piso. Y claro, en esos sitios aprendía otras cosas. La niña sonreía a los pensionistas como pudiera hacerlo la más experta ramera, leía almanaques prohibidos y cantaba coplas picarescas. Pero el encierro duró poco. Un hombre de la casa le había ofrecido dinero, y como Nina desconocía el arte de rehusar a tiempo, lo aceptó muerta de risa. A una indicación penetró en el cuarto, siempre riéndose. Al salir, gemía dolorosamente, contrayendo los labios, oprimiendo los puños y echando el torso hacia atrás...

La madre llegó a su lado.

-Mamá; me caí. ¡Uf! ¡Uf!

En realidad parecía hallarse en la situación de los que al dar un tropiezo caminan con los tacos.

Pero la madre se opuso a que en adelante la acompañara. Y quedó en casa. Desde entonces trató, buscó de soliviantar el peso de su imaginación febril. Sus trece años imponían respeto y ninguno fijaba la atención en sus pantorrillas redondas, en sus labios gruesos, en sus senos abultados a fuerza de trapos, en su aire procaz y felino, lujurioso y arrogante de verdadero marimacho. Imposible. ¡Con una chica! No obstante buscaba, imperiosa, segura del éxito. Primero tentó a un muchacho de la pieza próxima a la suya. Este le mostró la espalda. Después fue a picotear a otra puerta. Se trataba de un joven pálido y triste, extremadamente triste. Nina lo aturdía con preguntas equívocas que el mozo esquivaba a tiempo. Un día lo atropelló de veras.

Desenfundando las manos de los bolsillos, la miró severo.

-Váyase, pronto ¡me entiende!

Nina tuvo miedo y enderezó hacia el fondo, cabizbaja, pasito a paso, mientras al alejarse repitió una canción de tonada lenta, que llegaba como un aire sofocante:

Adiós, mi amor
no vuelvo más;
desecho tu favor
de astuto montaraz.

Pero no tardó mucho en encontrar a su igual. Llamábase Mariano. Era un muchachote bizco, tan presuntuoso como sin suerte en sus conquistas femeninas. Atollado en el umbral de la casa inmediata, hociqueaba a cuantas mujeres veía. En ese trabajo lo conoció Nina. Nina lo acariciaba siempre con una larga y significativa mirada. Mariano sonreía

orgullosamente, encogiendo el ojo enfermo. Ambos se deseaban, sin ocultarlo. No hubo preámbulos. El dijo lo que pretendía, y ella mantuvo serena la vista como quien conoce ya el negocio. Se encogió de hombros y le repuso con una voz fría y hueca:

-Bueno; acepto.

Fue la misma tarde, en el cuarto de baño, sobre el húmedo y duro pavimento. Un acre olor a jabón turbaba sus sentidos. Ebrios de goce, se besaron, se abrazaron, se mordieron. Sonó una queja, sonó un estridente ¡ay, animal! Luego cruzó el aire una risa atropellada y cínica. En seguida se oyó un amistoso bofetón y varias frases que en vano pretendían ahogar: -estate quieta; -si quiero; -cállate, hija de ... -mejor, mejor -vos también sos una putita; -¿acaso te pido dinero? Malo, ingrato; -es en broma, tomá un beso...

Y la carcajada estrepitó de nuevo. Madama Margot que cerca de allí escuchaba todo, juntó las palmas elevándolas misericordiosamente. Ya en el patio, se enfrentó con el padre. Sus ojeras lilas se tornaron pronto rojas y la mirada de sus tremendos ojos abiertos cayó al suelo mendigando perdón.

-¿Me llamaste, papá?

-¿Quién? ¿Yo? ¡Qué esperanza!

En los días siguientes, la voz gruñona del padre horadaba la calma del anochecer.

-Nina, Nina, ¿dónde estás?

Después, a paso dormido, iba y volvía del fondo satisfecho de su estéril pesquisa. Cachazudamente entraba en la cocina de madera, como un alto y fantástico pajarraco en su covacha. Erase divertido buscar a la mocosa y no hallarla y luego pelar las papas, mientras en la sartén la grasa canturreaba dando saltitos y el humo de la leña hendía los agujeros de su nariz. Bastante advertido de que su hija gustaba despatarrarse con Mariano, prefería fingir desconocimiento, a fin de desconcertar a la gente, mofándose de la mofa, riéndose de la burla y de los moralescos comentarios, comentarios que aprovechaba como necesario vivificante, cuando la murria y el chocho temor de estar solo, lo hundían en la silla, en medio de la sombra nocturna. Pero, a su pesar, cambió de actitud. Le habían robado cinco pesos argentinos y tres napoleones. La culpa cayó sobre Nina. Nina acusó a su hermano. Este provocó el escándalo, pregonando furibundamente lo que era público y notorio, como dicen los procuradores. Entonces el viejo se hizo el víctima, el inocente que recién cae en las cuentas. Por contrariedad conyugal más que por otra cosa, renegó de su sangre materna, de sus instintos precoces y pérfidos, y para saciarse del todo, derramó su bilis yendo de puerta en puerta.

-Mi hija ¿sabe? es una zorra. Me robó los napoleones; me vendió un pantalón flamante, de rayas negras; y no conforme con eso, se llevó el bandolín ¡si señor, el bandolín sonoro! Me dejó unas cuerdas ¿para qué las preciso?

Después desaparecieron otros objetos. Mariano y Nina escapaban en dirección al hipódromo. El padre, fuera de sí, subía las escaleras para ir a insultar a la familia de él. Lo trataba de ratero cobarde. El muy sinvergüenza no sólo había enseñado a su chica hacer la porquería, sino también a robar en casa. Ya era demasiado.

A la noche arrinconaba a Nina, llenándola de improperios. ¡Arrastrada! ¿No sentía temor? ¿Seguiría ella el camino que lleva a la perdición? ¿eh? ¿Qué había hecho de su platita, de su reloj, de las sábanas? Accionaba como una fiera que va a lanzarse encima de la víctima, pero la mirada imperturbable y recriminatoria de la chica, lo detenían de súbito, bajando los brazos precipitadamente lo mismo que si fueran dos pesados martillos. El dinero que cargaba Nina tampoco era del padre. Ella lo sabía, y de ahí el embrollo.

Transcurrió un tiempo de aparente calma. Nina no se atrevía a revolver los cajones, segura de que así lograría alejar la desconfianza del viejo. Este desesperaba por sorprenderla y vengarse luego. Para eso había colocado diez pesos en el armario. A cada rato iba a ver. Una mañana no los encontró. La revisó de pies a cabeza. Igual que en los asaltos, el dinero había pasado a otra mano. Seguidamente atrapó a Mariano en la vereda. La punta azul del billete asomaba en un bolsillo del chaleco. No hubo reyerta.

La siguiente tarde, Nina no podía contener la risa. Reía al ver la gente, al saberse esposa, al pensar en el porvenir. Reía al recordar la inapelable e impostergable imposición paterna. Reía, reía y ya reía mucho a la sola idea de que en adelante no la fatigarían tanto, haciendo a sus anchas y en mejores condiciones el omnímodo acto sexual.

BOHEMIA TRISTE

Al gran Agustín Riganelli

Eran los últimos fríos de un invierno en demasía largo y melancólico para mí.

Yo volvía del cementerio con el alma trashumante de angustia, con los huesos helados y la espalda encogida bajo el caparazón de mi viejo capote ceniciento.

Atrás, en el fondo de la calle, entre colinas de nubes pardas, el cielo se teñía de rojo intenso, de verde ajeno, de azul fantástico, en una policromía glauca evocadora de lagos dormidos: y adelante, el manto de una pálida sombra tapaba poco a poco el claror vespertino.

Esa sombra venía hacia mí, a envolver mi espíritu en su seno incorpóreo, a traerme como una muda madre el inefable recogimiento. Venía igual que siempre, lenta, tenue, oportuna. Esa vez más a tiempo que nunca. Esa vez más que nunca me molestaban el ruido, la brillosidad, la vulgaridad callejeras. Los hombres me parecían seres extraños, las casas cuevas extrañas y el camino por donde iba también me parecía enteramente extraño. Ambos horizontes, el crepúsculo del día lo mismo que la aurora de la noche, me brindaban la sugestión de los colores y el bálsamo del sosiego, pero mi regreso del camposanto había agrandado la imagen permanente que conservara de esta ciudad fea, negra y fea, ordinaria y fea, no obstante su bello cielo.

Huyendo sin ser perseguido, llegué a casa y me metí en el cuarto, ansioso de descanso. ¡Al fin! Pero al revés de lo que esperaba, sufrí otro sacudón. Allí estaban los cuadros. Los consideré con dolor. Eran torsos

mórbidos, retratos psicológicos, interiores verdaderos, playas reales, cabezas bravías, apuntes característicos de vagos y atorrantes, de niños y mujeres: todo un mundo de modelos hondamente sentidos, profundamente estudiados. Día a día los contemplaba y siempre quería verlos, gozando, recordando, meditando, padeciendo con tan vivo espectáculo. Cariñoso testigo de una vida dada entera al arte, cada línea, cada conjunto, cada rasgo y cada tono me era familiar como el terrible sentimiento de su ausencia. Tenía a mi vista un museo, pero el autor había muerto, y muy joven. Dejaba maravillosas telas, pero él no existía. Todo aquello despertaba en mí religiosa admiración, pero asimismo me traía la inquietud, el desgano, el desconsuelo. Volvía del cementerio, volvía a vincularme con esos silenciosos personajes, y volvía de nuevo a estar solo, solo, solo. Entonces con el dolor de mi alma apenada, tomé el papel y escribí tembloroso sin parar en regla alguna:

Santiago

desespero	Un año...Yo estoy triste y
abandonaste	desde la tarde que no
compañero	sin decir, siquiera: salud,
olvidaste	porque abstraído, de ello te
sino,	Acaso ignorabas la hora de tu
indiferencia	tal vez fingieras profunda
camino	o bien quisiste acortar el
existencia.	que va de esta vida a la otra
marcharse,	Pero así como así nadie debe
caso omiso.	haciendo de los presentes
resignarse	¡Como si los tuyos iban a
compromiso!	Al ver que eludías el gran
menor el llanto.	No por eso ¿sabes? sería
quebranto,	En casa te lloran lo mismo;
	y nuestra vieja, en su doble
	hizo ya de ti un amargo

La familia de Laurí no tenía por qué envidiar a nadie. Monsieur Laurí era un vecino respetable, un hombre casi dichoso. Sus hijos lo adoraban locamente, no así la esposa, quien siempre le reñía, le observaba. En ese sentido era infeliz. Laurí de bueno, de formal, de prudente que era, no osaba darse la razón, en caso de tenerla, optando por un imperativo retraimiento, pues la experiencia le mostraba siempre una transición brusca de la tormenta a la bonanza, y santa paz. Todo marchaba bien, más o menos bien. Pero su esposa, olvidando los deberes de tal, las obligaciones de madre, el escándalo aumentativo del vecindario, tenía un amante. ¡Quién iba a pensarlo! ¡Un amante! Cuando cierto amigo, sincero hasta la brutalidad, le refirió detalle por detalle, creyó morir, enloquecer. Se agarró de la cabeza, lloró, gritó, se arrojó al suelo y golpeó con los puños el ladrillo del piso.

Laurí solía ir en sulky a una quinta suya. Era su distracción. Las ringleras de verduras, los árboles frutales, la variedad de plantas y flores, y especialmente, el cuartel de gallinas lleno de alboroto, ofrecían a su espíritu cansado y aburrido un rato de contentamiento. La idea de un posible desacato conyugal, había cruzado varias veces por su mente, como les ocurre a muchos esposos y a muchas esposas. Más aún. En varias ocasiones, le pareció ver el rostro de ella encendido como llama roja, aspecto éste que acontecía luego del acto culminante. Pero ¿quién lo afirmaría? No, no; su mujer sería mala, rezongona y también hipócrita. Nunca una cochina. Sin embargo, estando allí, en su terreno, a sus anchas, en pleno aire y en pleno sol, la marrana se entendía con otro.

Ese día, muy tranquilo, salió. A la media hora regresa, corre al fondo revólver en peto, y la sorprende sobre el catre, en camisa, los senos afuera y la vista fija en la pared. El traicionero, lo mismo que un ladrón, saltó la ventana y desapareció. Ella lo mira, se levanta y exclama: perdón. Imposible. Iba a matarla. Apunta con el caño y queda suspenso. El índice rehusó apretar el tirador, y el arma huyó de entre su mano, rompiéndose al caer. Ella cobra ánimo y se acerca como una gata. Imposible perdonarla. Iba a echarla, y no pudo. Le sobrevino una gran emoción que le trababa la lengua. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Salió del escondite y preparó la maleta. Después, ocultamente, corriendo despavorido, alcanzó el tren que lo trajo a Buenos Aires.

Aquí conoció a Madama Margot. Esta tenía un hijo en Europa. Vivía sola, gastando de a poquito los ahorros de cuatro lustros de trabajo. Se hablaron. Si él era un pobre hombre y ella una pobre mujer, nada mejor que compartir las míseras angustias de sus almas. El drama de los dos quedaría sepulto, empezando una nueva vida, vida de pobres, de viejos, de inválidos que necesitan un poco de calor, de consuelo, de tranquilidad. Ella quedaría en casa, siendo de su cargo la comida y limpieza de la ropa. El iría al empleo, entregando parte de su sueldo.

Madama Margot contaba cincuenta años. Hasta entonces había resistido la dura lucha, los embates de la suerte, el glacial frío de la senda solitaria. El fallecimiento del marido, la desaparición intempestiva del hijo, la falta de vínculos familiares acabaron por doblegar su débil organismo. Ya no podía más. Estaba exhausta, reseca como un tronco viejo. La bata parecía un saco vacío, y la pollera corta, algo que se movía por un mecánico resorte. Conversaba poco y nunca reía. En frases apenas

articuladas, en gestos inconclusos, en ademanes trémulos exteriorizaba su sentir. Sus días transcurrían penosos, oscuros, sin deseos, sin emociones que no fueran internas, de esas que la sobrecogían por la proximidad permanente del dolor, de la muerte, de la nada. Y por eso, cuando al final del camino encontró un compañero, sintió que aún había sangre en sus arterias, vio que aún había gente en el mundo y que el flojo corazón latiría regularmente en su inesperado renacer a la vida.

Laurí, por su parte, aquilató desde el primer momento los beneficios de su cuerda actitud. Amaba a una mujer mansa, humilde, obediente. Libre de toda cadena, su yo se ensanchaba como una nube en el cielo. Era dueño de sus actos y tenía el orgullo de toda víctima. Los quehaceres de la tienda, con sus trastornos, le brindaban blandas sorpresas. Allí gozaba la absorción del tumulto, la dulce contemplación de la luminarias, de los adornos y objetos múltiples. Entre cálculos y siempre cálculos, departía por lo bajo con los oficinistas, sonreía por motivos fútiles, iba detrás del jefe, soñando en un merecido ascenso.

De mañana, era un placer cruzar las calles céntricas, a la hora en que las casas abrían sus puertas, las veredas se llenaban de siluetas y el ruido heterogéneo ascendía, crecía, se multiplicaba en choques espesos e interminables. El miraje de los edificios, de las vidrieras ponían un claro luminoso en su imaginación. Ante la tienda, consideraba la riqueza que contenía, sumergido en un éxtasis de asombro. El lujo, la opulencia de los otros, que en la mayoría suscita envidia y en algunos justa cólera, en él provocaba un sentimiento de admiración. La causa, los resortes no entraban en su juicio, tomando los efectos como bases primordiales. El rico protegía al pobre, sin cuya ayuda el pobre rumiaba los desechos de su miseria. Una vez en el escritorio, sentado en el banco, doblaba la espina dorsal, mientras la punta de la pluma ascendía y descendía sobre el papel, rápida, energicamente. La hora de salida lo sorprendía en sus tareas, levantando la cabeza para oír el toque reglamentario. Era mediodía. En procesión se retiraban los centenares de empleados. El calor fraternal, la garrulería, el contento y cuchicheos de los camaradas, lo atraían, lo arrastraban, lo llevaban. En la calle, bajo el sol, marchaba hacia casa, tras breves paradas en algunos almacenes. Ya en la pieza, listo el puchero, narraba a su amiga los pormenores de la mañana. Madama Margot le oía satisfecha, encogida, con la cara en el regazo de las palmas. Sus ojillos sin luces e inmóviles, parecían reanimarse por las tantas cosas que ocurren en la vida. A veces, interrumpía el bocado para seguirlo en un canto cualquiera.

-Esta es la canción- decía Laurí.

Y sus dedos golpeaban la mesa, lo mismo que palos sobre un tambor.

-Tralalá, tralalá.

Y ella a continuación:

-Tralalá, tralalé, lé, lé...

La diestra de Madama Margot ascendía suavemente, su cuello doblábase como si recibiera el soplo de un beso y la voz de lata concluía en falsete al disonar con la gangosa y quebrada de Laurí. Los sonidos que emitían eran de corneta de carnaval, la una en buen estado y la otra rota. Pero el gozo de ambos sobrepasaba a todo lo demás, y a cada final se aplaudían como chicos. Después del almuerzo, al trabajo. De noche, las chanzas y

francachelas eran por excepción. Madama Margot se rendía fácil al sueño. Laurí, en un costado de la cama, leía minuciosamente el diario francés. En los primeros meses, la esposa adúltera y los hijos de ésta mandaban cartas, suplicando su retorno al lejano y triste hogar. Laurí había escrito una sola esquela al mayor de ellos. Les pedía perdón, si por un loco arrebató, los dejara así como así. La vida, circunstancias poderosas, que eran de su deber ocultar, lo retenían en Buenos Aires hasta quién sabe cuándo. Después, negóse a mantener correspondencia. Notó que la madre, aflictiva, temerosa, contó a los suyos todo lo ocurrido. Los muchachos insinuaban al papá la conveniencia de enterrar la falta. La pecadora padecía tremendos remordimientos y ellos penaban, asimismo, sin culpa alguna.

-Ni volveré ni escribiré más- se dijo.

En el fondo de su pecho mantenía viva la llama del odio, del desprecio, del asco. La imagen de la infiel surgía en su memoria con los contornos más repelentes. Esa mancha sólo la muerte la borraría. El hubiera permitido ser un muñeco dócil, un objeto aparte, un individuo sin personería marital, que se somete a las veleidades de la cónyuge, todo, todo hubiera permitido, pero eso nunca, por los hijos, por él. Y ahora más que nunca la odiaba, al rasgar el secreto, ese secreto que por mantenerlo intacto, lo arrojaba cuesta abajo.

El tiempo transcurría y Laurí era el mismo en la tienda, en la mesa, en las tertulias de bodegas. Pero el mal de riñones, los achaques de la edad, las alucinaciones dominantes del alcohol ponían un sello hosco en sus ojos. En la cara redonda de líneas pálidas, se leía el cansancio de un vivir tormentoso. Su cuerpo, grueso, pesado, informe, avanzaba con suma lentitud. Y cada día era mayor la carga. Cuanto más engordaba, más se sentía hundir. Entonces la influencia del tiempo gravitaba atrocemente sobre su espíritu. Entonces se vía solo, solo como una bestia. Entonces el recuerdo de los hijos oprimía su corazón. Y para ahogar las penas, para olvidarse, se emborrachaba. Madama Margot tan silenciosa, tan conforme con los pesares de su triste suerte; ella que aún llorando, ni lágrimas tenía, porque todo lo aguantaba con resignación, al mirarlo en ese estado, como consuelo, le refería su caso, idéntico en ese sentido. Laurí desbordaba amargura, y la oscuridad de las ideas, el atropello de las palabras, en una mezcla extraña de francés y castellano, lo impulsaban a desconocer o negar el dolor de su semejante. Según Laurí, había una gran diferencia. El hijo de ella, ausente en el extranjero, no merecía el nombre de tal, pues no era hijo quien abandonaba a la madre por una mujer peor que coqueta. Los suyos, en cambio, eran unos angelitos, y no había más que repasar sus cartas, repetuosas y dulces, que le dirigían mes a mes.

-Dios, dios- exclamaba- esto es muy triste ¿comprende usted?

Una vez, en tales circunstancias, tomó la pluma y escribió sobre la carilla: "Benditas almas. Cada día que pasa es un dolor más que se agrega al dolor del día antes. Yo vivo en la sombra. Necesito luz: manden a vuestro padre algunos renglones. ¿Son ustedes felices?- Charles Laurí." Enviada ésta, abundaron los intercambios de impresiones. Cada semana, Laurí remitía las suyas. Eso fue como una lucecita en las tinieblas de su sendero. El arranque pasional, el balbuceo tierno eran las notas predominantes. Por lo general, redactaba de noche. La luz vaga de la

lámpara resplandecía sobre el cráneo calvo, destacando la sombra de su voluminoso torso. Soñaba, primero, embebido en la ideal contemplación de la progenie. Luego, a media voz, masticaba los vocablos de sentidos no fáciles de penetrar y cuyos silabeos eran motivos de una tartamudez, que él traducía en sentimiento. Al instante, arremetía sin descanso, sin vacilación. Las letras apretadas, las líneas juntas, las comas y puntos y comas omitidos, agrandaban el borrón negruzco del papel blanco. Después, en grandes caracteres, estampaba en el sobre el nombre del receptor, el nombre del pueblo, el nombre de la gobernación, el nombre del ferrocarril, y a la vuelta, aunque jamás se daba el caso de extravío, su nombre y su domicilio. Hecho todo lo cual, tranquila, mansamente se tendía en la cama.

Para estrechar el amor, habían resuelto que él iría en los fines de año a reunirse con ellos. Los vería en una casa aparte, visitaría a los amigos y volvería de nuevo.

A partir de entonces, llegada la fecha, marchaba al pueblo para estar el breve espacio de una semana. El preparativo era todo un acontecimiento. De la tienda traía vestidos, lozas, juguetes. El adiós a los vecinos constituía un ceremonial sencillo y alegre. Y ya en el coche, de júbilo, saltaba del asiento.

Pero a su regreso, le invadían la angustia, el llanto ronco, la furia demente. Abatido, despedazado participaba a Madama Margot el cúmulo de negros pensamientos, que como una amenaza para su presente y porvenir, le asediaban noche a noche, durante el entresueño, concluyendo casi siempre en cruentas pesadillas, en terribles alucinaciones, en las que era a la vez actor y espectador. ¡Cómo sufría entonces con los sobresaltos, los gritos y el avance torrencial de la sangre a la cabeza! Los ojos le ardían de fiebre, un sudor helado bañaba su cuerpo y el despertar semejaba el decaimiento momentáneo de uno que estuviera bajo la influencia letárgica del éter. A pesar de sus esfuerzos, se abandonaba de nuevo a los horrores de la imaginación como se abandona el enfermo a los azotes de sus males. Los sueños tenían para él una significación especial. Una noche vio a sus pies la figura de la adúltera, mitad mujer, mitad fiera, que le mordía en todas direcciones. Laurí se encogía de piernas, doblaba los brazos, ocultaba el rostro. De su boca partían quejas, súplicas. De pronto gritó: ¡me mata!

-Le aseguro a usted- contó a Madama Margot- que esa perra habría pensado algunas veces la mejor forma de despacharme. ¡Ah, sí! era capaz de cualquier cosa.

En una de esos viajes, había notado claramente que sus hijos no eran tan efusivos, tan cariñosos con él, ni mucho menos, como lo creyera en su ciega idolatría. El mayor de ellos rehusaba todo trato, huía de su presencia. Altivo, serio, mordía los labios en señal de rabia, y acaso, de desdén.

-¿Qué tienes, muchacho?- le preguntó.

-¡Qué había de tener! Nada. No es vida la que usted lleva. Deje a esa mujer, deje el alcohol y reconcíliese con mi madre.

Ah, no; jamás. Laurí era Laurí, y si el desamor de los bravucones era sólo por eso, bastaba decirlo, que él emplearía los gastos de viajes en comprarse ropas. ¡Qué diablos!

Las explicaciones no redundaron y el litigio quedó trunco. En lo sucesivo las cartas que leía eran breves y circunstanciales. Le enteraban de la cosecha, de las variaciones atmosféricas, de la piratería política, agregando algún encargo que Laurí, solícito, despachaba a vuelta de correo.

Por ese tiempo, una tarde, mientras la Señora Margot entre bostezos y parpadeos, zurría medias, le entregaron un sobre con franjas negras. No sabía leer y lo guardó en el armario. Y siguió su tarea de astuta araña, hilando con dedos sutiles las pequeñas aberturas. Era un día gris. La sombra del cuarto la envolvía casi por completo. Cerca suyo y enroscado sobre la silla, dormía sacerdotalmente el magnífico gato, adorno y amorosidad de aquel nido vacío. El ronco tic-tac del reloj sonaba como escarbar de ratones bajo los escombros. Afuera, el patio, solitario y penumbroso. Las rachas invernales sacudían las ropas tendidas, que al doblarse y ensancharse parecían repetir la voz del viento. Las palmeras, a la deshilada, se arqueaban como abanicos. El árbol jazminero, sin flores, sin hojas, solo, triste en un cuadrado de tierra, agitábase desesperadamente. Y la alta pared siempre alta, siempre adusta, siempre cercana, como si en castigo la hubieran alzado para estrechar el horizonte, cargaba de tristeza los ojos y las cosas.

La tarde quieta por la ausencia de gente, traía a su memoria horas lejanas, imposibles de tornarlas a vivir. El ensueño, la aguja dócil, la bruma, el páramo de su alma, contribuían a distanciarla del presente. De pronto tuvo una especie de inquietud. ¿Quién escribía? ¿A quién iba dirigida? ¿Cómo no lo había preguntado antes? Se levantó y llamó a una vecina. Esta leyó sin poder terminar. Le anunciaban la muerte de su caro hijo.

-Enrique, Enriquito...- balbució, poseída de un glacial estremecimiento. Osciló como la rápida proyección de una luz, y se echó de bruces en la cama, en tanto que la amiga sollozando salió al patio. La realidad del dolor vinculaba en ese instante a las dos mujeres; la una vieja, la otra joven, pero gemelas en el sufrimiento.

A la noche, muerto de frío, venía Laurí. Cuando entró en la pieza, la encontró boca abajo, mordiendo las sábanas. Enterado de la noticia, la agarró de un brazo, la levantó, la habló en tono de circunstancias.

-Murió su loco corazoncito. Mala suerte. El suyo ha muerto y los míos me abandonan. Estamos perdidos. ¿Qué vamos a hacer? Mi buena amiga; tenga valor ¿quiere?

Y Laurí, sin desearlo ni esperarlo, lagrimeó durante toda la noche.

Días después, los empleados de la tienda requerían mejoras. Contra sus cálculos, seguía ocupando el lugar del último monigote. Se declaró la huelga y él no gritó ni dijo nada, pero apoyó a sus compañeros quedándose en casa. Los dueños no cedían y la masa huelguista, como un documento patético de sus fuerzas, había resuelto celebrar un mitin.

La espera y el curso de los acontecimientos, le mostraron las acechanzas del porvenir. Tuvo miedo. Sintió la sangre hervir en la cabeza y fue.

Una lluvia fina bañaba el rostro de los manifestantes, que a paso lento y desigual enfilaba las calles céntricas. En primera línea, bajo el paraguas, iba Laurí. La adustez de su rostro, el fiero fulgor de sus ojos, el negro reguero de su boca semiabierta, junto a su andar atropellado, lo

destacaban del grupo un tanto risueño, parlachero y burlón por la inacostrumbrada presencia de mujeres con sombrero y el chasco de la lluvia.

-Viva la protesta. ¡Abajo los cochinos patrones!- gritaba enardecido. Sus exclamaciones no repercutían, ni mucho menos, apagándose en la atmósfera pesada. La impotencia, la cobardía de los compañeros le pusieron fuera de quicio. No quiso saber más. Se apartó de las filas, y colérico, rugiente volvió a casa.

El tiempo transcurría y la derrota era segura. Algunos tornaron a sus puestos, otros aguardaban ser citados. Convencido del fracaso, Laurí esperó todavía dos semanas, y nada.

Entonces decidió conversar con el jefe. Fue y éste le manifestó rotundo:

-Queda usted cesante.

-¿Cómo? Oiga.

-Señor Laurí; -le dijo- to-do ha ter-mi-na-do.

Todo terminaba. ¿Qué terminaba? Ah, sus afectos, el amor al trabajo, su pan, su vida, la vida tormentosa que soportara por espacio de diez años, padeciendo como un loco, trabajando como una bestia, recurriendo a los venenos alcohólicos para matar la evidencia, la aplastante realidad.

Terminaba su negro humor, su abatimiento. Y en seguida tornaba a padecer.

-No, señor; no ha terminado. Usted es un ignorante. Una cosa termina y comienza otra. Siempre es lo mismo. Además de ignorante, es usted un miserable.

Y cabizbajo, a paso lento, se marchó de allí.

Las promesas eran muchas, el capital era pequeño. En todas partes, entre excusas y reverendos saludos le ponían, como quien dice, de patitas en la calle. Esperó un mes y otro mes aún. Y de pronto, vio que no tenía dinero, ni ánimo para proseguir la lucha. Los acontecimientos lo envolvieron, lo arrastraron. Laurí cerró los ojos y se sumergió en las tinieblas.

Iba a separarse, fatal, irremediabilmente.

La noche antes venía hecho una calamidad. Traía la galera aplastada, la corbata caída sobre la camisa violácea de vino y los botines sucios de barro.

Caminaba en medio de los transeúntes, bamboleándose, palmoteando las paredes, haciendo caprichosas eses, y en cada esquina, cruzando la calzada de un tirón. Un rumor sordo hería su cerebro, como si enjambres de bichos picones le mordieran muy adentro. Junto a un umbral, se detuvo. A su ver, tambaleaba la escalera blanca, y en el centro, arriba, la luz verdosa de un farol le sonreía con una terrible mueca cadavérica. No, no, pareció decir al torcerse y continuar la marcha. Un poco más distante, se detuvo de nuevo. Tras una ojeada ávida, entró; se acomodó en la silla, ocultando la cara entre los brazos que resbalaron por encima de la mesa. Levantó la frente y miró sin ver. Sí, señor; pedía vino, un vaso de semillón. A su lado no había nadie, mas él aguardaba. Se sucedieron los minutos y por orden del dueño, se largó a la calle.

Aturdido, vejado, quejoso, siguió andando. La noche le parecía oscura, oscura como su alma, como su vida; y la vereda, movediza, se extendía ilimitable, como su amarga trayectoria de ayer al presente. "Queda usted cesante", murmuraba con pertinacia de borracho, y recalcando las sílabas.

¡Qué! Y al exclamar de este modo, la imagen del jefe avanzaba resuelta para decirle: "Señor Laurí; todo ha terminado." - "Ah, mi Dios, yo tengo mi opinión y usted se niega a oírla. Bueno. No importa."

Amenazante, mostró los puños y siguió andando, ahora un poco aprisa. Ya cerca de la casa, apuró más el paso, percatándose recién de que todos lo miraban.

Después, cruzó el zaguán.

De madrugada, incorporóse en la cama y lo primero que hizo fue fijarse en el almanaque, en parte por su escasa memoria y en parte por no romper con una vieja costumbre. A su costado, entreabierta la boca, dormía la Señora Margot. La inmovilidad del rostro, la lividez azulada de los labios, la demarcación de los huesos, los hoyos profundos destacaban su máscara, a la vez trágica y grotesca, tosca y sombría. Daba la impresión de una muerta. Pero aunque débilmente, respiraba, y a continuación abrió los ojos con ese sobresalto de quien desveló durante la noche. Tanto por decir algo dijo:

-¡Qué bien cantan los pajaritos!

El arrullo musical y tierno no eran para sus oídos y no contestó nada.

Se restregó la frente en la creencia de descorrer la nube contenida. ¿Qué había hecho esa noche? Trató de reconstruir la escena con los pormenores.

Tarea vana. Lo único que subsistía en su conciencia era la figura de Madama Margot que se adelantaba para desabrochar su chaleco y la hora del regreso: nueve, enviada por el reloj de la cercana torre en campanadas lentas y familiares. En seguida pensó que lo importante no era eso. ¿Cómo zamparle la definitiva resolución? Ella la esperaba, la sabía de antemano. Ya habían conversado varias veces sobre el punto. El se quedaría si encontraba nuevo destino, de lo contrario tomaría al pueblo, junto a sus hijos, que al tanto de los últimos sucesos reclamaban su presencia definitiva. Más aún. Tenía lista la maleta y ella no ignoraba que todo era cuestión de días.

Ambos, fuera del lecho, permanecían tristes e inmóviles. Madama Margot presentía el dramático desenlace de ese hondo y agobiante silencio. No había más que observarlo. Le temblaban las manos, sus ojos lloraban.

Cuando su Laurí fruncía los labios, era señal de tormenta.

-¿Por qué llora?- fue su pregunta.

Incontenible, prorrumpió:

-Todo ha terminado. Hoy parto.

Se acercaron para abrazarse y apretados los cuerpos, mejilla contra mejilla, se dieron al sollozo, que salía de sus pechos como un mugido doliente.

-No lloremos- repetía en su desesperación la pobre vieja.- Váyase con sus hijos; yo me quedo solita, solita, como siempre... ¡Solita!

Laurí, desprendiéndose de sus brazos, hablaba y gemía:

-Mi querida Amelia: Yo he sido malo con usted; usted fue muy buena conmigo. Ahora la dejo y me voy. Esto es una gran injusticia. Me llaman. ¿Pero seré siempre un padre para ellos? Creo que no. Los lazos de familia, de parentesco, de amor, de amistad, existen un tiempo. Luego se rompen. ¿Quién los rompe? La vida, la fatalidad ¡qué sé yo! Ellos son grandes. Me costará acostumbrarme, yo que me acostumbro a todo. ¡Mi dios! Yo también estaré solito. Ya lo ve.

Después, abarcando el conjunto con un flojo ademán, añadió:

-Todo esto es de su propiedad. Únicamente me llevo lágrimas y el corazón roto.

Al anochecer, Laurí tomaba el tren y ella regresó de la estación a enterrar la sombra de su cuerpo en la sombra de su cuarto.

ME VOY

Al sabio médico Pedro I. Paita, mi gratitud.

Acabo de ver la nueva casa, esa casa soñada durante tanto tiempo. Es chica y linda. Su color de añil armoniza con la suave sombra que baja del parral, cuyos claros recortan el esmalte azulino del cielo. El cielo ¡qué grande me parece! Los cuartos son de campo. Amplios, con ventanas, banderolas, techos de ladrillos y vigas. Por una de las ventanas entraba una franja de oro luminoso, que recorría gradualmente la superficie rosa de la pared. Era un poema. Llena mi retina de entonaciones grises, reverberó en ese instante, motivando una sensación de íntimo regocijo. La luz alegre, dulcifica, reanima. La luz se filtra en la sangre, en los poros, en los tejidos. Es otra célula, que nos viene de fuera y nos dice: necesitas de mí. Soy vida. Sí, la luz es vida.

Y yo necesito vida. Llevo cuatro lustros, más dos años, de duro encierro. Este caserón fue para mí, primero, un lugar apacible, propicio a los juegos de saltar y correr. El niño magnifica una piedra, ama el bullicio, decora el barro. Más tarde, a la edad en que apunta el carácter, el eco de afuera sonaba en mis oídos como una música ignota, las conversaciones de los cercanos las repetía en mis adentros con el júbilo de la sorpresa. Adivinaba el sentido de algunas cosas, y eso constituía el encanto de la imaginación. Luego, una crisis ideológica, un vacilar en todo me sumió en melancolía. Pasaba las horas y los días mirando el pedacito de cénit, el esqueleto de la magnolia, el gesto de mis vecinos. Algo había en mí de raro e incomprensible. A la verdad, no comprendía a los otros ni a mí mismo. Pero miraba, sin embargo, como esperando una razón misteriosa que supliera mis precarios alcances. Después vinieron, con dolorosa rapidez, los zarpazos de la desgracia. El dolor innumerable salió a mi encuentro. Entonces, recién entonces, la dramática realidad surgió toda entera. Vivía en un valle. Sufría por mí, por los otros, por todos. Aquí la vida era padecimiento, mal, penuria, muerte. La casa pesaba sobre mis espaldas como una tremenda carga. La existencia de esos hombres, de esas mujeres, de esos niños, tan oscura, tan lastimosa, tan trágica, era motivo de continuas desazones. Ah, en el centro de la ciudad, había una cueva donde seres sin vitales médulas permanecían años y años en las tinieblas, llevando todos a la rastra el fardo de sus vidas. Más que el contraste, me hería la miseria misma. Por eso nunca protesté, al comparar el ruinoso caserón con los flamantes palacios que como una estúpida ofensa se alzaban a un paso. El acomodamiento de los adinerados no excluía otra miseria, la miseria del egoísmo, la miseria del excesivo lujo, la miseria de los sentimientos multiperversos. En todas partes reinaba la miseria. ¡Miseria, miseria! Esta palabra la llevaba fuertemente impresa en el corazón. La vida era miseria. Donde existía aglomeración humana, había miseria. En los

ojos, en la piel flácida, en la traza de los moradores brillaba la miseria. ¿A quién culpar de todo eso? A nadie. A nadie o a todos. No, tampoco. Debía culparse a la propia miseria. Por mi parte, sinceramente, deseaba huir, marchar lejos, ir a esconderme en un rincón cualquiera, aunque obrando así sería un desertor. Y bueno ¿quién no deserta una vez en su vida?

Yo quiero aislarme. Por eso me voy. Necesito luz, descanso, silencio, olvido. Necesito todo esto y mucho más. Por eso me voy. Como los borrachos, siento ganas de repetir: por eso me voy.

Anoche, la última de permanencia, me revolví estérilmente en la cama sin conciliar el sueño. El revoltijo de la pieza, el tic-tac palpitante del reloj, la proximidad de la despedida que cuanto más próxima aumentaba el vértigo, como si se tratara de un largo viaje; la imagen de la casita, siempre presente, que me abría un mundo desconocido, y tantas otras nimiedades acabaron por hacerme desechar el deseo de dormir. Era el primer ensayo de mudanza completa. De la señorial y ruidosa calle Esmeralda iba a la rústica y apartada Sapaleri. Mudarse, quería decir no sólo cambiar de sitio, sino también variar de perspectiva, de atmósfera, de uso, de manera, de tono, de lenguaje, de método, de idea, de epidermis. Salir, equivalía romper con una postura, con una costumbre, con la obligación, a veces enojosa, del trato diario.

Mis gentes, como yo, tenían sus modos, sus costumbres, sea por necesidad, sea por negligencia, sea por naturaleza. Yo soñaba siempre en los viajes. Y nunca salí de mi torre subterránea, salvo raras y breves escapatorias, que en lugar de invitarme al descanso, estimulaban el afán imposible de proseguir la ruta. Forjar planes, medir distancias, posibilidades; saberse hoy en un pueblo, mañana en otro, en continuas andadas, era mi pasión, es decir, una costumbre que yo tenía. En la casa, igualmente, todos obedecían a un hábito. La una ocupaba el día en el lavado ajeno, y no en el propio, como debiera de ser; la otra en la cháchara, y no en los hijos; la otra en mirarse al espejo ¡siendo tan fea la pobrecita!; la otra en reñir porque sí, al marido, a los hijos; la otra en permanecer, como Ida, siempre triste, siempre pensativa, siempre inmóvil junto al vidrio que destacaba su anguloso perfil opaco. Tal hombre acostumbaba echar humo en seguida de comer, a continuación dormirse, luego pleitear con los parroquianos de la bodega. Todos los días, todos los meses, todos los años, con aplastante disciplina, el sastre cosía y su esposa le ayudaba. Ajena a los demás, Margarita sonreía; San José, el anciano pordiosero de fina barba, batía las palmas viernes a viernes, desde hacía incontables semanas, aguardando la segura moneda; y así todos, todos, con pocas variaciones, obraban de un modo semejante.

Ya era el amanecer. El silencio se hizo completo; no sonaba el agrio ruido de los tranvías. ¡Hora magnífica de la ciudad desierta! ¿Por qué no sería siempre así? En mi cuarto, rasgaba el empapelado el andar sigiloso de una cucaracha. Y yo seguía divagando. Me iba. ¡Cuánto tiempo había vivido, sufrido, esperado! Un sentimiento de ternura, de gozo, de expectativa me hacían amar el pasado, el presente, el mañana. Confieso que apenas sostenía trato con el grupo cosmopolita. Era algo esquivo, aunque mantenía simpatía por todos. Pero al pensar en la despedida, en las horas estúpidas

o gratas vividas en común, me embargaba una tierna emoción. ¿Qué se había hecho del fatal Inocencio? El funesto Virgilio ¿sería siempre giboso? La elegante rubia, prefería al cine el espectáculo de sus dos hermosas criaturas. Nina, la Nina pizpireta, era ahora una señorona de pecho vacuno. Seria, vulgar apareció cierto día, orgullosa de andar embarazada. La espiritual Ida residía al fin en la montaña azul de su romántica Suiza. Margarita apoyaba el seno en los brazos de amigos protectores y Asunción dirigía algo así como un gabinete de manicura. En cambio, Palma, la rediviva esfinge, habitaba un mundo nebuloso: respondía sin objeto, se cortaba los cabellos y el vestido. ¡Pobre Palma! Ignoraba la suerte del vecchio . ¿Habría muerto de rabia a estar solo? o ¿andaría de cocina en cocina picoteando la sobra de los platos? El papelerero habría concluido con aquella molesta tos, durmiendo en el seguro lecho de la fosa. Laurí ya no escribía a la paciente Madama Margot. De seguro, descansaría en la ilusión de que sus hijos lo idolatraban. ¡Y los que se fueron para siempre! Aquel viejo, todo dolor, todo misterio, todo corazón, que por espacio de cuatro años sobrellevó cristianamente el peso de su enfermedad. Aquella heroica muchacha, que por atender a una vecina enferma se contagió de tuberculosis y murió, mientras la otra vive dichosa. Don José, don Pedro, don Eustaquio, Marta, Santiago. ¿Y los tantos que se fueron y nunca volvieron? ¿Y los otros tantos que también se fueron y uno no recuerda? Vecinos viejos casi no quedaban; y los nuevos, los actuales carecían de importancia. Eran casi todos ciudadanos de oficio, de tráfico, de acomodo. Más que simpatía, me inspiraban lástima. Yo me iba, como otros a su tiempo. Mañana vendría nueva gente, y así renovándose siempre, hasta que por último del original caserón no quedaría ni el recuerdo de haber existido...

Cuando me invadía el sueño, dieron dos recios golpes de puños contra la puerta. Eran los mozos de cuerda con sus carros.

Hoy, al irme, me pareció que todo reía en torno mío. El sol de la mañana, el aire húmedo y tibio, hasta el vaivén callejero, ¿por qué negarlo? tenían un no sé qué de amable y distinto, de atrayente y enigmático. Cantaba la naturaleza, cantaba mi alma, cantaba el otoño, ese principio de otoño, segunda primavera, de mañanitas brillantes, en que el oro de la luz desgrana una última sonrisa y el hálito de las cosas enciende la mirada; ese naciente otoño que aún no habla de hojas secas, de árboles plateados, de cielos brumosos, de jardines desiertos, de flores marchitas, de caras enjutas, de seres que tosen, de seres que mueren. No, antes bien evocaba el renuevo, el frescor, la plétora de la tierra bienhechora. Mientras avanzaba en mi camino, construía en lontananza la pradera del ensueño, el castillo celeste donde el silencio invita al examen lento y la minúscula ventana recorta un ciclo amplio para descanso de la vista. Allí viviría, gozando un aislamiento voluntario y no el tiránico de quien no quiere apretar filas. Un rincón íntimo me sobraba para pensar, soñar; me sobraba para: vivir. El tiempo se deslizaría sin darme cuenta. Las plantas, las palmeras ponían su eterna nota verde en el pequeño patio y las flores aromaban el aire con sus infinitas fragancias. La primavera sería un espectáculo de alabar día a día, y el tan temible invierno una sombra fugaz que no ofrece peligro.

Hacia la ideal morada iba, de cara al sol. El suburbio. Al internarme en sus calles terrosas, acariciaba más y más los planos de la lejanía, los verdes sembrados, la reverberación de los árboles. Pandillas de chicos jugaban al aire libre. El silbato de una máquina aplacó el fragor cada vez menos perceptible de sus ruedas. Un órgano, de bombo y platillo, hizo serpentear los perezosos acordes de un tango triste. Casi cantando, llegué. Al abrir la puerta, balbucí: gracias. Pero a la tarde, volví al sitio que acababa de dejar. Desde la otra acera, veía el frente del caserón, rígido en su desnudez. Su color blancuzco palidecía en la oscuridad. En ese instante, semejaba el muro de una cárcel. Adentro, las luces, las sombras, los cuerpos de algunos vecinos. Continué inmóvil un buen rato, mirando fija, intensamente lo que ya no distinguían mis ojos. Después me fui. Aunque pensaba volver algunas veces, no pude menos que exclamar, bajito, temblorosos los labios, como en una oración:
-¡Adiós, querida y vieja casa!

1920

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

